

DEFENSA DE LA MANDRAGORA

Don Raúl González Tuñón, escritor argentino de letras de tango, ocupó la tribuna del Salón de Honor de la Universidad de Chile, el 30 de Mayo, para tratar de llamar la atención del público con algunas pruebas de Circo. Es una jeringuina, mitad policíaca y mitad cocainómana, pretendió ensuciar la reputación de algunos poetas y escritores, que están a demasiada altura sobre él. El Miércoles 7 de Junio, nosotros malgastamos algunos minutos para refutarle y desenmascaramos, tanto a él como a toda su banda de salandijas.

Eduardo Anguita nos rogó que lo incluyéramos en el programa, porque según nos manifestó, él quería exponer algunos problemas. Nos acordamos al tema. Nosotros no nos solidarizamos con las expresiones de católico arrastrado, que es la característica de este escritor. Aceptamos su participación, únicamente guiados por el deber de no impedir ninguna expresión o pensamiento de la nueva generación.

La Alianza de Intelectuales, en masa, trató de interrumpir el acto, pero su valor alcanzó solamente a lanzar unos cuantos silbidos ahogados, sin la menor trascendencia, y sin poder responder al menor de los casos que formulábamos.

Dos días después, don Raúl González Tuñón publicó en el diario "La Nación" una declaración, que le costó, más o menos, \$ 180.

Aquella misma noche llevamos al Director de "La Nación", don Carlos Préndez Saldaña, una guía con la siguiente información:

1. Don Raúl González Tuñón, que se trata de un hombre de poca fama que no crea un efecto, ni siquiera al la presencia de Diego Muñoz, quitó el acto de la tribuna de Honor de la Universidad de Chile, aprovechándose de la presencia de los señores Préndez Saldaña y de los señores Préndez Saldaña y de los señores Préndez Saldaña, para llamar la atención del público por haberse escurrido este acto entre las personas que se refieren al propio González Tuñón. Por consiguiente, se trataba de un hecho casi policial;

2. Agrega en seguida que algunos de sus amigos "se divertieron mucho en el lugar de los sucesos". (Signa el estilo policial, tan dilecto a don Raúl González Tuñón). Suponemos que esto lo dirá para disculpar a sus amigos que estaban a guisa de miedo y tiritando como ratones, sin poder refutar la menor de nuestras aclaraciones;

3. Es posible que nuestras familias nos han un trón de orejas; pero nosotros cumplido con nuestro deber de escribir en plano nuestro y de exponerlos a don Raúl González Tuñón;

4. En cuanto a nuestras aclaraciones, que él confunde con insultos, están suficientemente justificadas y probadas. Dijimos que Diego Muñoz dirigió una revista dependiente de la Sección de Investigaciones, donde se abusaba de las intenciones de los señores Préndez Saldaña y de los señores Préndez Saldaña, para llamar la atención del público por haberse escurrido este acto entre las personas que se refieren al propio González Tuñón. Por consiguiente, se trataba de un hecho casi policial;

5. El quiere allanarnos el camino de la literatura, para que podamos escribir en el lugar de los sucesos. (Signa el estilo policial, tan dilecto a don Raúl González Tuñón). Suponemos que esto lo dirá para disculpar a sus amigos que estaban a guisa de miedo y tiritando como ratones, sin poder refutar la menor de nuestras aclaraciones;

6. Es posible que nuestras familias nos han un trón de orejas; pero nosotros cumplido con nuestro deber de escribir en plano nuestro y de exponerlos a don Raúl González Tuñón;

7. En cuanto a nuestras aclaraciones, que él confunde con insultos, están suficientemente justificadas y probadas. Dijimos que Diego Muñoz dirigió una revista dependiente de la Sección de Investigaciones, donde se abusaba de las intenciones de los señores Préndez Saldaña y de los señores Préndez Saldaña, para llamar la atención del público por haberse escurrido este acto entre las personas que se refieren al propio González Tuñón. Por consiguiente, se trataba de un hecho casi policial;

8. En cuanto a nuestras aclaraciones, que él confunde con insultos, están suficientemente justificadas y probadas. Dijimos que Diego Muñoz dirigió una revista dependiente de la Sección de Investigaciones, donde se abusaba de las intenciones de los señores Préndez Saldaña y de los señores Préndez Saldaña, para llamar la atención del público por haberse escurrido este acto entre las personas que se refieren al propio González Tuñón. Por consiguiente, se trataba de un hecho casi policial;

lo que decimos, y además una fotografía de don Diego, con don Préndez Saldaña.

Dijimos también que Pablo Neruda había plagado a Tagore. Esto lo pedimos para en cualquier momento. Dijimos que Gerardo Seguel le había "hecho la pata" (como se dice en Santiago) a Gregorio Miraflores. Dijimos que don Raúl González Tuñón se había pasado por surrealista, lo que es falso; que no había asistido al estreno de "Un Chien Andalou". (La revista "Pour Vous", en su reseña, no le da por asistente. ¿O será tan infeliz que nadie se acordó de él?). Dijimos que, en materia de traducción y comentario, don Raúl González Tuñón era un hombre de poca fama que no crea un efecto, ni siquiera al la presencia de Diego Muñoz, quitó el acto de la tribuna de Honor de la Universidad de Chile, aprovechándose de la presencia de los señores Préndez Saldaña y de los señores Préndez Saldaña, para llamar la atención del público por haberse escurrido este acto entre las personas que se refieren al propio González Tuñón. Por consiguiente, se trataba de un hecho casi policial;

9. En cuanto a nuestras aclaraciones, que él confunde con insultos, están suficientemente justificadas y probadas. Dijimos que Diego Muñoz dirigió una revista dependiente de la Sección de Investigaciones, donde se abusaba de las intenciones de los señores Préndez Saldaña y de los señores Préndez Saldaña, para llamar la atención del público por haberse escurrido este acto entre las personas que se refieren al propio González Tuñón. Por consiguiente, se trataba de un hecho casi policial;

10. En cuanto a nuestras palabras que ninguno de nosotros pronunció la frase: "la masa debe ser educada". Esta frase, que por lo tanto es un camino de la literatura, para que podamos escribir en el lugar de los sucesos. (Signa el estilo policial, tan dilecto a don Raúl González Tuñón). Suponemos que esto lo dirá para disculpar a sus amigos que estaban a guisa de miedo y tiritando como ratones, sin poder refutar la menor de nuestras aclaraciones;

11. Es posible que nuestras familias nos han un trón de orejas; pero nosotros cumplido con nuestro deber de escribir en plano nuestro y de exponerlos a don Raúl González Tuñón;

12. En cuanto a nuestras aclaraciones, que él confunde con insultos, están suficientemente justificadas y probadas. Dijimos que Diego Muñoz dirigió una revista dependiente de la Sección de Investigaciones, donde se abusaba de las intenciones de los señores Préndez Saldaña y de los señores Préndez Saldaña, para llamar la atención del público por haberse escurrido este acto entre las personas que se refieren al propio González Tuñón. Por consiguiente, se trataba de un hecho casi policial;

13. En cuanto a nuestras aclaraciones, que él confunde con insultos, están suficientemente justificadas y probadas. Dijimos que Diego Muñoz dirigió una revista dependiente de la Sección de Investigaciones, donde se abusaba de las intenciones de los señores Préndez Saldaña y de los señores Préndez Saldaña, para llamar la atención del público por haberse escurrido este acto entre las personas que se refieren al propio González Tuñón. Por consiguiente, se trataba de un hecho casi policial;

14. En cuanto a nuestras aclaraciones, que él confunde con insultos, están suficientemente justificadas y probadas. Dijimos que Diego Muñoz dirigió una revista dependiente de la Sección de Investigaciones, donde se abusaba de las intenciones de los señores Préndez Saldaña y de los señores Préndez Saldaña, para llamar la atención del público por haberse escurrido este acto entre las personas que se refieren al propio González Tuñón. Por consiguiente, se trataba de un hecho casi policial;

15. En cuanto a nuestras aclaraciones, que él confunde con insultos, están suficientemente justificadas y probadas. Dijimos que Diego Muñoz dirigió una revista dependiente de la Sección de Investigaciones, donde se abusaba de las intenciones de los señores Préndez Saldaña y de los señores Préndez Saldaña, para llamar la atención del público por haberse escurrido este acto entre las personas que se refieren al propio González Tuñón. Por consiguiente, se trataba de un hecho casi policial;

16. En cuanto a nuestras aclaraciones, que él confunde con insultos, están suficientemente justificadas y probadas. Dijimos que Diego Muñoz dirigió una revista dependiente de la Sección de Investigaciones, donde se abusaba de las intenciones de los señores Préndez Saldaña y de los señores Préndez Saldaña, para llamar la atención del público por haberse escurrido este acto entre las personas que se refieren al propio González Tuñón. Por consiguiente, se trataba de un hecho casi policial;

17. En cuanto a nuestras aclaraciones, que él confunde con insultos, están suficientemente justificadas y probadas. Dijimos que Diego Muñoz dirigió una revista dependiente de la Sección de Investigaciones, donde se abusaba de las intenciones de los señores Préndez Saldaña y de los señores Préndez Saldaña, para llamar la atención del público por haberse escurrido este acto entre las personas que se refieren al propio González Tuñón. Por consiguiente, se trataba de un hecho casi policial;

18. En cuanto a nuestras aclaraciones, que él confunde con insultos, están suficientemente justificadas y probadas. Dijimos que Diego Muñoz dirigió una revista dependiente de la Sección de Investigaciones, donde se abusaba de las intenciones de los señores Préndez Saldaña y de los señores Préndez Saldaña, para llamar la atención del público por haberse escurrido este acto entre las personas que se refieren al propio González Tuñón. Por consiguiente, se trataba de un hecho casi policial;

19. En cuanto a nuestras aclaraciones, que él confunde con insultos, están suficientemente justificadas y probadas. Dijimos que Diego Muñoz dirigió una revista dependiente de la Sección de Investigaciones, donde se abusaba de las intenciones de los señores Préndez Saldaña y de los señores Préndez Saldaña, para llamar la atención del público por haberse escurrido este acto entre las personas que se refieren al propio González Tuñón. Por consiguiente, se trataba de un hecho casi policial;

20. En cuanto a nuestras aclaraciones, que él confunde con insultos, están suficientemente justificadas y probadas. Dijimos que Diego Muñoz dirigió una revista dependiente de la Sección de Investigaciones, donde se abusaba de las intenciones de los señores Préndez Saldaña y de los señores Préndez Saldaña, para llamar la atención del público por haberse escurrido este acto entre las personas que se refieren al propio González Tuñón. Por consiguiente, se trataba de un hecho casi policial;

21. En cuanto a nuestras aclaraciones, que él confunde con insultos, están suficientemente justificadas y probadas. Dijimos que Diego Muñoz dirigió una revista dependiente de la Sección de Investigaciones, donde se abusaba de las intenciones de los señores Préndez Saldaña y de los señores Préndez Saldaña, para llamar la atención del público por haberse escurrido este acto entre las personas que se refieren al propio González Tuñón. Por consiguiente, se trataba de un hecho casi policial;

22. En cuanto a nuestras aclaraciones, que él confunde con insultos, están suficientemente justificadas y probadas. Dijimos que Diego Muñoz dirigió una revista dependiente de la Sección de Investigaciones, donde se abusaba de las intenciones de los señores Préndez Saldaña y de los señores Préndez Saldaña, para llamar la atención del público por haberse escurrido este acto entre las personas que se refieren al propio González Tuñón. Por consiguiente, se trataba de un hecho casi policial;

23. En cuanto a nuestras aclaraciones, que él confunde con insultos, están suficientemente justificadas y probadas. Dijimos que Diego Muñoz dirigió una revista dependiente de la Sección de Investigaciones, donde se abusaba de las intenciones de los señores Préndez Saldaña y de los señores Préndez Saldaña, para llamar la atención del público por haberse escurrido este acto entre las personas que se refieren al propio González Tuñón. Por consiguiente, se trataba de un hecho casi policial;

Braulio Arenas

Realidad desalojada | ANTOLOGÍA
por Ernesto Pfeiffer



Universidad del Desarrollo
Facultad de Educación y Humanidades

El Navegante, Edición Especial | Año III - número 3 - 2009

BRAULIO ARENAS,
REALIDAD DESALOJADA
ANTOLOGÍA

Prólogo, selección y estudio por Ernesto Pfeiffer

Revista El navegante

Edición Especial

Publicación de la Escuela Abierta de Literatura

Universidad del Desarrollo

UNIVERSIDAD DEL DESARROLLO

Facultad de Educación y Humanidades

Av. La Plaza 700, Las Condes

Fono: (56 2) 327 9377

REVISTA EL NAVEGANTE - Edición Especial

Edición 500 ejemplares

Junio 2009

BRAULIO ARENAS, REALIDAD DESALOJADA

Prólogo, selección y estudio por Ernesto Pfeiffer

Registro ISBN N°978-956-7961-29-0

Registro de Propiedad Intelectual N°180.712

DIAGRAMACIÓN Y DISEÑO

Felipe Cabrera Almuna

monodisen@gmail.com

CORRECCIÓN DE PRUEBAS

Cristóbal Izquierdo Misle

IMPRESIÓN

Editorial Atenas Ltda.

ventas@editorialatenas.cl

Esta antología de Braulio Arenas, ha sido autorizada notarialmente por los únicos herederos del escritor.

A María Graciela Arenas, Rafael Rubio, Alberto Arenas y Constanza Calvo. En especial a la Facultad de Educación y Humanidades de la Universidad del Desarrollo que ha hecho posible esta publicación.

El amor pesa tanto como la realidad que desaloja
Braulio Arenas

INDICE | PRIMERA PARTE

- I Sobre esta edición
- II Prólogo
- IV Sobre Braulio Arenas por Pedro Lastra
- VI Estudio biográfico: “Retazos de laberinto” por Ernesto Pfeiffer

SEGUNDA PARTE SELECCIÓN DE TEXTOS

Poesía

- 32 *Propaganda del terror (1938)*
- 34 *El mundo y su doble (1940)*
 - A merced del sueño
 - El mundo y su doble
- 36 *La mujer mnemotécnica (1941)*
 - La sien transportable
 - La carroza de quince ruedas
- 39 *Luz adjunta (1950)*
 - Fragmentos
- 40 *La gran vida (1952)*
 - Un día por la nube
- 42 *Discurso del gran poder (1952)*
- 62 *Poemas (1959)*
 - El puente
 - Nuevos pormenores
 - El famoso laberinto
 - Suite

- 70 *La casa fantasma* (1962)
- En el amor
San Juan de la Cruz
Despedida a Péret
La casa fantasma
- 77 *Ancud, Castro, Achao* (1963)
- Ancud
- 79 *Pequeña meditación al atardecer
en un cementerio junto al mar* (1966)
- 89 *En el mejor de los mundos* (1969)
- El Cristo pobre
Andrómeda
Detalles
La silenciosa
- 93 *Una mansión absolutamente espejo deambula
insomne por una mansión absolutamente
imagen* (1978)
- I
XXIV
XXIX
LII
LXV
- 94 *Versos diversos* (1984)
- Las heridas
El instante
- 96 *Memorándum mandrágora* (1985)
- Teófilo Cid
Jorge Cáceres

Mandrágora

101 *Poemas inéditos (manuscritos)*

A maría

Barco de ayer

NARRATIVA

Cuentos

106 Firmamento de Mónica

123 Gehenna

Novelas (fragmentos)

141 El Castillo de Perth

146 Adiós a la familia

148 La endemoniada de Santiago

154 Los dioses del Olimpo

Cuentos breves

157 1

159 5

160 La segunda edición

160 Había una vez

161 La bondad

161 Cuento

TRADUCCIONES

Poesía

164 Una estada en el infierno
(Jean Arthur Rimbaud)

165 La caza del Snark (Lewis Carroll)

167 Zona (Guillaume Apollinaire)

171 El cantar de Rolando (Anónimo)

Prosa

172	El silencio de las sirenas (Franz Kafka)
173	Conejos blancos (Leonora Carrington)
177	Nadja (André Breton)

**TERCERA PARTE TESTIMONIOS,
ENSAYOS Y ARTÍCULOS**

182	Mandrágora, poesía negra
187	La mandrágora
191	El juego del ajedrez
192	Violeta Parra
193	Un boceto de Gabriela

APÉNDICE

195	“Mi testimonio sobre Braulio Arenas” por Gonzalo Rojas (1963)
199	Entrevista de Jorge Teillier (1968)

BIBLIOGRAFÍA

Obras del autor
Prólogos
Traducciones
Artículos
Bibliografía de consulta
Referencias críticas

SOBRE ESTA EDICIÓN

Revista El Navegante, de la Escuela de Literatura de la Universidad del Desarrollo, tiene el agrado de presentar “Realidad desalojada”, edición especial a cargo del alumno egresado de nuestra Escuela, Ernesto Pfeiffer, destinada al rescate de la obra del destacado poeta, narrador, ensayista y traductor chileno, Braulio Arenas. La base de este trabajo monográfico es la tesis del mismo alumno, con la que se tituló de Licenciado en Literatura el año 2008.

Nos enorgullece ver a un alumno nuestro realizando esta labor de rescate de un poeta fundamental de nuestra tradición literaria. Es como si dos generaciones conversaran, más allá del tiempo, unidos por el mismo amor a la palabra y la poesía.

Con esta publicación se busca continuar plasmando la línea editorial de nuestra Escuela, que ha privilegiado el estudio de la literatura desde sus fuentes, incluyendo la recuperación de autores y tradiciones literarias poco conocidas u olvidadas, en un diálogo riguroso, entusiasta y libre, que traspase barreras generacionales.

Cristián Warnken
Decano Facultad Educación y Humanidades

Armando Roa
Coordinador Escuela Abierta de Literatura

PRÓLOGO

Braulio Arenas (1913-1988) es un escritor olvidado. A veinte años de su deceso, este olvido nos parece vergonzoso. Creemos que la relevancia de su obra –su belleza, su luminosa amplitud– impone la necesidad de revertir definitivamente esta amnesia.

Arenas fue un escritor prolífico. En casi 50 libros publicados aborda con gran versatilidad varios géneros literarios: poesía, narrativa, traducción y ensayo. Entre estos, destaca con fulgor propio su producción poética, desplegada desde un ortodoxo y auroral surrealismo a la configuración del mundo lárco. Sobresaliente fue también su desempeño como narrador, publicando novelas originalísimas como *El Castillo de Perth*, *La Endemoniada de Santiago* y *Adiós a la Familia*, sólo por nombrar algunas. No podemos dejar de mencionar su incansable labor como traductor, constituyéndose en un gran difusor de autores angulares de la literatura universal como Jean Arthur Rimbaud, Marqués de Sade, Franz Kafka, Lewis Carroll, entre otros.

Líder del primer movimiento surrealista chileno, el grupo Mandrágora, Arenas realizó un aporte significativo a la poesía chilena, al vincularla con los nuevos aires libertarios abiertos por los postulados del primer manifiesto surrealista de André Breton.

La considerable extensión de la obra de Arenas nos obliga a ejercer una selección rigurosa: escoger los textos que exhiban los rasgos más valiosos y característicos de su poética. Es el criterio empleado en esta muestra antológica, cuyo objetivo central es ofrecer al lector una visión preliminar y panorámica de una de las obras más relevantes de la literatura chilena.

Otorgaremos protagonismo a la producción poética del autor. La muestra incluye dos poemarios completos: *Discurso del gran poder* y *Pequeña meditación al atardecer en un cementerio junto al mar*, los cuales constituyen a nuestro juicio el legado más valioso del poeta. Junto a ellos incluimos dos poemas inéditos escritos el mismo año de su fallecimiento.

La producción narrativa de Arenas estará representada por una selección de cuentos, microcuentos y fragmentos de sus novelas más emblemáticas. Esas páginas deben ser leídas, por sobre todo, como una breve muestra de su destreza novelística. Esperamos provocar en el lector la inquietud por leer las novelas completas. Se incluyen además algunas muestras de su brillante labor como traductor y ensayista. Advertimos que no hemos incorporado su obra teatral *Samuel*, ni sus monólogos, por parecernos éstos fragmentos poco relevantes en el contexto de su producción.

El objetivo último de esta publicación es dar cuenta de la amplitud de una obra injustamente

relegada al olvido, mostrar panorámicamente la riqueza, complejidad y versatilidad de la creación literaria de Arenas.

Queremos que este libro contribuya al conocimiento, estudio y valoración del legado de un escritor que, a pesar del olvido, está condenado a sobrevivir.

Ernesto Pfeiffer

SOBRE BRAULIO ARENAS

Hace algunos años, el poeta brasileño Floriano Martins me hizo una entrevista para su libro *Escritura conquistada*. Una de sus preguntas fue sobre Mandrágora y el surrealismo en Chile, su vigencia y actualidad. Pensé mi respuesta con detención, porque el movimiento Mandrágora (yo prefiero llamarlo **momento Mandrágora**) tuvo siempre para mí una representación muy definida y única: la que veo en la persona real y literaria de Braulio Arenas. Y un poco más distante, en Jorge Cáceres.

El quehacer del grupo como tal, en cambio, se me diluye cada vez más en la “letra” y el “gesto” surrealistas, letra y gesto que –como dijo en una oportunidad Gonzalo Rojas– no siento penetrado por la **necesidad** o la **fatalidad** de ser. Y esto sin desconocer que ese grupo creó, alimentó y sostuvo bien su propia mitología, y que desde esa posición ejerció una saludable influencia en este medio. Esa suerte de agitación permanente, por minoritaria y subterránea que haya sido, amplió considerablemente el espacio literario y pictórico chileno: propició lecturas y miradas renovadoras, lo que no es poco decir.

¿Pero qué de Braulio Arenas entonces?

Diré que en él sigo viendo a la persona que sí quiso y logró vivir la necesidad y la pasión del dictado surrealista y que lo probó con sus obras. Releo su discurso “La Mandrágora”, de 1958, y encuentro ahí la expresión de una verdad que fue la suya. Y digo esto sin olvidar ese penoso renuncio de sus años finales, que lo llevó a desconocer la conducta querida por su venerado André Bretón: “Yo no soy el hombre de la adhesión incondicional...”.

Muchas páginas de Braulio contienen ese poder de incitación, imaginativo y audaz, que habrá de darle una merecida permanencia a su escritura. Y como a él le hubiera gustado que sus amigos le propusieran una breve antología instantánea de sus poemas, relatos y ocurrencias como las que se leen en el *AGC de la Mandrágora*, la anoto aquí, con gusto y sin vacilaciones. De sus poemas: “El puente”, “Nuevos pormenores”, “Las bellas alucinadas”, “La casa fantasma”; de sus prosas: las notas iluminadas por la gracia y el humor de *El cerro Caracol*, o sus novedosas aventuras novelísticas de *Los esclavos de sus pasiones* y, por supuesto, *En el océano de nadie*. Luego, algunos de los fragmentos aislados para el *AGC*...: “El amor pesa tanto como la realidad que desaloja”; “Una mujer y un hombre unidos como un diccionario bilingüe”. En aciertos como este último abundaba también en la conversación. Una vez que lo visité junto a René de Costa, nos habló de ciertas revistas huidobrianas que nos interesó consultar. Fue a buscarlas al atiborrado cuarto vecino, y después de un rato regresó sin ellas:

“Démoslas por vistas”. Y con esa frase canceló nuestras expectativas.

No debo omitir su generosidad. Esta se manifestaba de muchas maneras: yo le soy deudor de variadas noticias y publicaciones –entre éstas, de libros escasos y raros. Cuando muy contados lectores chilenos sabían algo del poeta venezolano José Antonio Ramos Sucre, Braulio publicó un pequeño y esmerado cuadernillo, en edición limitada: *Textos presentados por B.A.* (1958). Lo celebré al recibirlo, y entonces fue a su escritorio de donde salió con los dos libros que Ramos Sucre había publicado en Caracas en 1929 (sólo un año antes de su muerte), y me los regaló con estas parcas palabras: “Estarán mejor en tu poder”. Aquí los tengo, sobre mi mesa, mientras escribo estas líneas.

Pedro Lastra
Mayo 2009.

ESTUDIO BIOGRÁFICO

Retazos de laberinto

Nacimiento de un poeta

*Será el mundo de quienes para atravesar el espejo dirán la
palabra mágica repetida desde la infancia.*

Braulio Arenas

El escritor –cuyo nombre completo es Braulio Segundo Arenas Carvajal–, nació en La Serena, el 4 de abril de 1913, en el hospital San Juan de Dios. 1914: se oye en Chile por primera vez el trueno feroz de las vanguardias. Vicente Huidobro exclama: “Y he aquí que una buena mañana después de una noche de preciosos sueños y delicadas pesadillas, el poeta se levanta y grita a la madre Natura: “Non serviam”¹. Se desata la primera guerra mundial. Tiembla el cielo.

La Serena contaba con una población cercana a 15.000 habitantes. Braulio Arenas Vallejo (1874-1927) –padre del poeta– dirigía el periódico *La provincia*, en el cual participaba ocasionalmente como escritor. Doña Manuela Aurora Carvajal Contreras, su madre, provenía de El Molle, localidad cercana a Vicuña, lugar de origen de la poeta Gabriela Mistral, con quien mantuvo una relación de amistad. Arenas evocará, en un texto posterior, su primer encuentro con la autora de *Tala*, a la edad de doce años: “Me veo paseando con ella por la Alameda, apoyada su mano familiarmente en mi brazo, mientras me interrogaba acerca de mis lecturas y mis pretensiones literarias. Sólo volví a encontrarla, y también fugazmente, a raíz de su Premio Nobel, pero a pesar de la brevedad de estos encuentros, siempre conservo de ella una dulce presencia, una dulce presencia renovada una tarde estival, en Montegrande, cuando permanecí algunos minutos clavado ante su tumba”².

En 1917, doña Manuela Aurora Carvajal muere, dejando una honda huella en la memoria del poeta: “Mi madre, de la que conservo un brumoso recuerdo, ya que falleció cuando tenía cuatro años, se me presenta como la madre en sí, como el arquetipo de todas las madres, como una imagen nostálgica que me rodea, me ampara, me fortalece, me conduce y me torna bondadoso”³.

Dos años más tarde su hermano Atalibar –quien se proyectaba como un genio en la familia–, muere trágicamente de tífus, con tan sólo 15 años. Una hermana de la madre se debe hacer cargo de la familia: sus sobrinos Alicia, Alberto, Ana y Braulio.

1927. La muerte de don Braulio Arenas Vallejo, obliga al poeta a interrumpir sus estudios en el Liceo de la Serena, donde tenía como maestro al poeta Fernando Binignat. Alberto Arenas, hermano mayor, profesor de Castellano y Filosofía, tuvo que buscar rápidamente trabajo y fue contratado en el Liceo de Quillota, donde matriculó a su hermano Braulio. El rol ocupado por Alberto⁴ es fundamental en la vida del poeta.

En 1928, la familia Arenas Carvajal residía en Quillota. En las breves biografías existentes de Braulio Arenas no suele nombrarse este periodo, sin embargo, el poeta dejó escrito un largo poema titulado “Quillota 1928”. Arenas lo evoca: “Nuestra casa en Quillota era grande y tranquila, con un huerto en el que triunfaba el oro de las lúcumas. El pueblo mismo era semejante a la casa: espacioso y reposado [...] Los árboles erguían sus troncos por encima de los tejados, las flores esparcían su perfume para imitar a las muchachas pintonas, y la transparencia de la luz realizaba este cuadro ameno y bueno”. En Quillota, también, conoció al primer poeta de su edad llamado Luis Peña Celis, con él compitió en las fiestas de la primavera y pasó más tiempo a su lado que en las salas de clases, también tuvo con él su primer encuentro con la bohemia, cuando celebraron hasta el amanecer el premio conseguido por el primer relato que envió a un concurso de la revista capitalina *Don fausto*, de estos días el poeta escribió: “Creo que jamás obra mía ha sido más festejada. Luis Peña Celis reclutó a un grupo de amigos, entre los cuales la revista había circulado, leyéndose, examinándose, criticándose y alabándose mi cuento hasta la minuciosidad, y todos juntos nos trasladamos a la trastienda de un almacén quillotano donde se improvisó una inolvidable, estrepitosa y sabrosa comida”⁴. Luis Peña Celis murió muy joven y no dejó obra publicada.

Durante su estadía en Quillota, Arenas escribió cuentos y poemas. Uno de ellos fue publicado en la revista *Don Fausto*, bajo el seudónimo de Manuel Serrano. Procedo a transcribirlo:

Atardece en el arrabal...⁵

Yo me voy caminando con el alma apretada,
con pasos inseguros hacia el arrabal.
El arrabal humilde donde almas ignoradas
reflejan en su rostro todo un cuadro espectral.
Allá, al final del barrio hay algún viejecito
enfermo, pálido, con una extraña tos
que recibe en su cuerpo el abrazo bendito
del sol, que es el único mensajero de Dios.
Esos barrios enormes con gestos dolorosos,
expresan un intenso poema de dolor
con sus casas pintadas de colores vistosos.
Y sus charcos inmóviles de vidriosos color,
salpicados de nubes y pedazos de cielo,
que parece lloran todo un perdido anhelo.

Este poema tiene un valor arqueológico. Es el único texto poético previo a la etapa surrealista de Arenas del que se tenga registro. Por ello puede ser considerado como un instrumento de comparación con la el desarrollo ulterior de su poesía post-surrealista.

Contacto con el Surrealismo

1929, es un año crucial en la vida de Arenas. El poeta se traslada a Santiago y estudia en el Liceo de Aplicación. El ambiente que se respira en el establecimiento es de intensa agitación intelectual. Los alumnos aprenden rápidamente idiomas y devoran la nutrida biblioteca del recinto. Compañero suyo era el poeta Eduardo Molina Ventura, con quien tenía estrechas afinidades literarias. Ambos recorrían las calles con *Nadja* en el horizonte, obra que el escritor surrealista André Breton había publicado un año antes y que los dos amigos leyeron en su idioma original.

Arenas evocará más tarde esos días de inquietud y avidez literaria: “Mis 16 años constituyeron una iniciación vital [...] y un año también de iniciación literaria, o más bien, de invasiones literarias... De invasiones, sí, porque conjuntamente con un sector de ideas intelectuales, filosóficas, literarias, poéticas, estaba confluyendo otro sistema de igual dimensión. Era la literatura española, era la literatura francesa, la inglesa, la alemana. Era el conocimiento de los contemporáneos, los nuevos conceptos de pintura, la música dodecafónica... Todo entra violentamente ese año”⁶.

Importante fue su vínculo fraterno con el poeta chileno Rosamel del Valle, autor de *Mirador y País blanco y negro*, libros en los cuales señeramente el poeta incorpora las recientes indagaciones en el mundo onírico llevadas a cabo por el movimiento surrealista francés. Esta relación fue fundamental para Arenas, pues Del Valle fue quien lo introdujo en la mansión insomne del surrealismo.

Poseídos por este movimiento auroral, Arenas y algunos compañeros del Liceo, entre los que estaba Eduardo Molina, realizan una curiosa exposición con dibujos y poemas colgados en una pequeña habitación cerca de la Plaza Brasil, llamándola “Exposición Surrealista”. Respecto a la duración de la muestra Braulio Arenas dijo: “duró lo que duran las rosas: el espacio de una mañana”⁷.

Dos años después, podemos ver que Arenas ya comenzaba a incursionar en la escritura automática. Un primer testimonio fidedigno de estas experimentaciones es un texto manuscrito rescatado por Hilda Ortiz, el cual data del año 1931:

“En las noches sobre todo siento que llega danzando en cada minuto muriendo en cada ceniza del cigarro en la cocina del temperamento tomo los pulsos podridos azules como niños de metal la fabrilosa herencia de los pulsos de las Bacantes y en un reloj de pronto estornudan las baldosas de la

harina y el Arlequín de Picasso y Fenelón creador del hijo de Ulises y el amor que tuvo Morand en el Perú son las tres de la mañana en Cuba deben estar asesinando a un general y en París deben estar matando a un marido los señores merodistas del dominio de Luis 6º el gordo me tienen desvelado es una tontería no debo preocuparme por esas tonterías pienso dormirme si no me duermo mañana no despertaré a las siete y media debo estar en pie y lavado y desayunado pero no tengo sueño y mañana tendré sueño debo consultar a un doctor para que me dé un remedio contra el insomnio de veras que hoy fui donde el doctor qué hice hoy después fui a la botica y compré estas pastillas para provocar el sueño dónde estarán me incorporo y las tomo del bolsillo del pantalón cuántas me dijo el doctor que tomara no me acuerdo mejor me las tomo mañana me puedo envenenar y qué importa cuántas me comí no lo sé las masco espero espero⁸ un rato pero el sueño no llega hay que ver el sueño que es demoroso cualquiera que entrara a la pieza se asustaría de verme encima de la cama saltando como un loco encima de la cama me pongo los zapatos y abro la ventana para ver la noche no sé qué necesidad tengo de ponerme los zapatos para abrir la ventana ni abrir la ventana para ver la noche porque noche está en todas partes hay que ver la noche se entra en mi dormitorio a través de los vidrios cuando abro la ventana entra más noche y la pieza se satura y yo soy sombra o qué soy en las sombras toco mis piernas y de repente me siento lleno de lástima por mí mismo entonces me acuesto y me empiezo a contar un cuento fíjate que había una niña que se llamaba Aurelia me aburro bostezo me doy vueltas hacia el lado de la pared sin embargo las sombras son engañosas muy engañosas no es la pared”.

Este texto da cuenta de las primeras incursiones de Arenas en la técnica surrealista de la escritura automática. En él aparece, de un modo protagónico, la temática del sueño, tan fundamental en la obra total del poeta chileno. Además, vemos claramente las influencias de algunos autores que lo acompañarán toda su vida como Gerard de Nerval y Lewis Carroll. Arenas entra así, oficialmente, a la realidad desalojada.

Inicios en Talca de la Mandrágora

En 1931 la dictadura de Ibáñez cesa, tras su derrocamiento. Época de inseguridad y agitación política y social.

En 1932, Braulio Arenas –joven poeta de 19 años– viaja a Talca para terminar sus estudios. Allí conoce a Teófilo Cid y a Enrique Gómez-Correa. Este último recuerda aquellos días: “Un curso más adelante estaban Teófilo y Braulio Arenas. Yo estaba en Cuarto Año de Humanidades y ellos estaban en Quinto. Pero ya había una selección, [...] que había hecho el propio profesor de castellano de los

tres escritores en ciernes que producían el Liceo de Talca. Entonces ya éramos conocidos en el liceo. [...] Para las horas de Cívica nosotros teníamos que dar una conferencia y a veces nos daban dos horas y hablábamos: yo del teatro español, por ejemplo; Braulio hablaba sobre Goethe, sobre el romanticismo alemán. Y Teófilo hablaba bien, era orador y era muy revolucionario”⁹. Los tres poetas entablaron rápidamente una amistad que perdurará por mucho tiempo: un vínculo literario y humano particularmente entrañable.

Gómez-Correa hace una interesante reflexión sobre los diferentes elementos geográficos que cada uno aporta: “Braulio Arenas venía de La Serena, vale decir el Norte Chico, cuya región se caracteriza por sus minas y los buscadores de metales. Teófilo Cid llegaba desde Temuco, o sea desde la parte sur del país, bien característica por su frondosa vegetación y por sus lluvias. Y yo que era de Talca, que sobresale por sus temblores y terremotos y sus abundantes viñedos. Así Arenas aportaba los metales, Cid el elemento vegetal y el agua y yo el alcohol y la violencia telúrica. ¡Misterio, misterio alquímico, del que saldría la Mandrágora!”¹⁰. Los elementos que Gómez-Correa destaca, serán decisivos en los caminos que emprenderán los poetas, luego de su paso por la Mandrágora; porque desprendemos de la apreciación de Gómez-Correa la presencia de lo telúrico, que luego aflorará de manera explícita en la obra de Arenas y Cid.

El poeta retorna a Santiago de forma definitiva. Los tres poetas del liceo de Talca estudian leyes en la Universidad de Chile, estudios que sólo Gómez-Correa terminó. Este último recuerda con humor el fugaz paso de Arenas por las aulas universitarias: “Estudió leyes pero duró muy poco porque en la clase de Economía, don Enrique Martner, que era el profesor, le preguntó quiénes eran los fisiócratas, Braulio Arenas se quedó mudo. Se fue. Y no volvió nunca más. Hasta ahí no más llegó: hasta los fisiócratas”¹¹. Es evidente que las motivaciones libertarias del poeta eran incompatibles con el enclaustramiento académico. Continúa, pues, sus estudios, pero desde ahora, en forma autodidacta.

Grupo Mandrágora

“Los tres mosqueteros” –como los llamaba Winét de Rokha– en 1938 comienzan a concretar algo que venía gestándose desde antes: “Hacia 1932, yo intercambiaba las primeras ideas con Teófilo Cid y Enrique Gómez, las que tomaron un carácter más firme en 1935, celebrando una especie de bautismo en 1938”¹². Ese bautizo, es precisado por Gómez-Correa: “Nuestra primera manifestación pública la hicimos con un recital poético en el auditorium de la Universidad de Chile el 18 de julio de 1938, en el que participaron Arenas, Cid y yo”¹³. Fernando Onfray –abogado y poeta que

colaboró en la revista–, recuerda aquel día: “Una tarde estaba yo estudiando y analizaba un texto de derecho romano donde se afirmaba que no arte sin ética; entonces, pasó otro amigo, pero muy rápido, y dijo: “allá en la sala que hay en la entrada de la Universidad van hablar tres poetas maulinos”... Sin saber cómo, mecánicamente, me encontré sentado en una butaca de esa sala esperando que principiaran a hablar tres personas que yo no conocía. Y comenzaron el acto. Y realmente ese acto fue como tres volcanes que entraban en erupción y leyeron poesía que no entendió mucha gente. Manifiestos. Era básicamente más que la poesía: era el hombre entero que se hacía presente ante la sociedad, no solamente por su presencia de poetas sino con su presencia de hombres cabales que querrían transformar el mundo, que querían luchar por la libertad incluso con una nueva poesía libre. Específicamente ellos surrealistas. Ahora, la gente que asistió se dividió porque hubo grupo bastantes numerosos que protestaron, alegaron, se pararon, muchos se fueron; otros, siguieron. Había, seguramente gente, que estaba por curiosidad, pero un grupo aplaudió. Entre los que aplaudieron a rabiar estaba yo; no porque adhiriera al surrealismo. Yo creo que nunca he sido surrealista. Sino porque veía tres personas con un coraje increíble que estaban enfrentando a un país que estaba –y sigue todavía– bajo el peso de la noche ”¹⁴.

Luego de la inauguración del grupo, vendrá un momento decisivo, porque se agregará un alumno del Instituto Nacional Barros Arana, de tan sólo 16 años, llamado: Luis Sergio Cáceres Toro, él fue presentado por Gonzalo Rojas a Braulio Arenas, e inmediatamente Arenas se dio cuenta que el joven poeta era el elemento que le faltaba al grupo: “Pues con él todo calzaría perfectamente: el manojito de llaves con la puerta secreta, el amor con la mujer, el misterio con la vida, la mandrágora con el mundo material”¹⁵.

Luis Cáceres al frecuentar a sus nuevos amigos, cambia su nombre por Jorge Cáceres y es bautizado como el “delfín”. Así, incorporado Jorge Cáceres al núcleo mandragoriano, aparece en diciembre de 1938 el primer número de la revista *Mandrágora*, en ella se publica el primer manifiesto del grupo, escrito por Arenas y titulado: “Mandrágora, Poesía Negra”¹⁶, el texto hace suyo los elementos principales planteados por André Breton en su manifiesto de 1924, por ejemplo, “la libertad”, que da comienzo al texto de Arenas: “La libertad siendo nuestro único dominante poético...”. Si buscamos en el manifiesto de Breton, encontramos: “Lo único que todavía me exalta es la palabra libertad”¹⁷. Además de la libertad, aparecen dos elementos angulares: la imaginación y el amor.

En cuanto a la principal técnica surrealista la escritura automática, mencionada del siguiente modo por Breton: “Escribe velozmente, sin tema previo, con tal rapidez que te impida recordar lo escrito o caer en la tentación de releerlo”¹⁸. También se hace presente en el manifiesto escrito por Arenas, de la siguiente forma: “Que vuestra mano de media noche tome convulsamente el lápiz veloz y no haya alivio para vuestros sentidos durante esa faena manual”¹⁹. Son innumerables los

puntos coincidentes del texto de Arenas con el manifiesto de 1924, es evidente que los poetas chilenos son poseídos por el surrealismo: “Sí, caer de un sueño a otro y otro, como por una suerte de caja de repetición, para encontrar en el fondo de ella envuelta en telas negras y que son sin embargo fosforescentes una pequeña planta nupcial, MANDRÁGORA mía”²⁰.

La revista *Mandrágora*, tuvo la ambición de cambiar la poesía chilena. La impulsó: “un ferviente deseo de incorporar la poesía chilena a las grandes líneas del pensamiento poético internacional, representado dicho pensamiento liberador por el surrealismo”²¹. Los alcances de esta tentativa liberadora exceden el ámbito de lo puramente estético, extendiéndola hacia una dimensión también política y social. Mandrágora, pues, no podría obliterar la referencia a uno de los hechos más cruentos de la época: “No hay duda que la gestión avasalladora de esa época fue la Guerra Civil Española. Ese tremendo conflicto inaugural de todos los que vinieron más tarde –e inaugural en todos los sentidos y aspectos–, formaba el telón de fondo de nuestro escenario espiritual”²². Por esto, el grupo no queda indiferente al respecto y se alinea a la causa anti-facista: “Una vez más afirmamos -ahora desde estas páginas de Mandrágora- nuestra fe en la emancipación del glorioso proletariado español y confirmamos nuestra verdadera posición de combate contra el facismo y sus aliados naturales, el capitalismo y la religión”²³. La revista, además de esta protesta constante, incluyó la presencia de filosofía, pintura, ciencia²⁴, toda ella sigue la corriente escéptica moral-filosófica que dejó la hecatombe producida por la primera guerra mundial, este acontecimiento fue un factor determinante para la aparición de los “ismos”. Debemos agregar a esto, el influjo importantísimo de Sigmund Freud. Gracias a sus estudios sobre el sueño, Breton pudo orientar eso hacia la poesía, aunque paradójicamente, cuando le enviaron los poemas surrealistas a Freud, este respondió: “A pesar de que recibo tantas pruebas del interés que usted y sus amigos tienen por mis investigaciones, yo mismo no soy capaz de aclararme qué es y qué quiere el surrealismo”²⁵.

Además de la Guerra Civil Española, tenemos que agregar la crisis que vivió Chile entre 1936 y 1938 producida por las luchas que precedieron la instauración del “Frente Popular”. Debido a toda esta agitación social no resulta extraña la violencia que emanan de las páginas de *Mandrágora*.

Incidente con Neruda

Durante esta época, ocurre un suceso que ha sido reiteradamente mencionado en la biografía de Arenas, nos referimos a lo ocurrido en el salón de honor de la Universidad de Chile el día miércoles 11 de julio de 1940. Aquel día, Pablo Neruda iba a leer un discurso frente a un auditorio atestado

de personas. Cuando Neruda iba a leer el discurso, irrumpió violentamente Arenas y destrozó el papel que sostenía el poeta y luego dijo a viva voz: “Yo protesto porque Neruda se atreve a usar de la palabra sin antes haber dado cuenta del resultado de las colectas que organizaba a favor de los niños españoles”²⁶. Este acto de violencia refleja fielmente los agitados días de aquel entonces y son el reflejo de la personalidad que exhibían los surrealistas chilenos, en especial Arenas, que sin ningún titubeo dijo en ese entonces: “He roto un discurso imbécil, porque tengo derecho de hacerlo, desde el momento que soy un poeta”²⁷.

En este escenario político social, el grupo “Mandrágora” adhiere con el surrealismo y en sus números, se apropia de la poesía para intentar su revolución, por esto lo que más abunda en la revista es la poesía y la reflexión en torno a ella. Cabe destacar que la revista dio espacio para la publicación de poetas surrealistas internacionales como Benjamín Péret, Paul Eluard, André Breton, Aldo Pellegrini, entre otros. También hubo bastante tribuna para poetas chilenos jóvenes como Fernando Onfray, Mariano Medina, Gustavo Ossorio, Gonzalo Rojas, Enrique Rosenblatt, sólo por nombrar algunos; ellos colindaron con el grupo Mandrágora, pero no pertenecieron estrictamente a él.

Los textos aparecidos en la revista *Mandrágora*, especialmente los poéticos, son ejercicios que los surrealistas franceses ya habían llevado a su mayor altitud. Debido a esto, los poemas publicados por los poetas chilenos no entregan nada nuevo y sus imágenes no son precisamente la creación más pura del alma –como decía Pierre Reverdy–. Al contrario, apreciamos ejercicios forzados por encontrar imágenes espontáneas. Un ejemplo de lo anterior son estos versos de Gómez-Correa : “Los cabellos convertidos en gusanos/ Los heliotropos y las raíces de sus cuerpos/ Los grandes crímenes los alambiques”. También podríamos encontrar casos en Arenas y Cid, quizás la excepción esté dada por Cáceres y versos como: “A la llegada de los pájaros ellas son víctimas del sol/ Ese sol que tu respetas sol de la costa”. Aunque a veces, la mayor virtud de Jorge Cáceres sea su poder mimético y no siempre su poder creador²⁸. Sin embargo, reconocemos en él al mayor exponente chileno de la poesía ortodoxamente surrealista y quizás su aporte pudo haber sido mayor si su vida no hubiese estado truncada por una muerte temprana, cuando tenía tan sólo 26 años.

En definitiva, el movimiento Mandrágora adscribe ortodoxamente con el surrealismo francés, 14 años después del primer manifiesto surrealista, por esto es innegable que el movimiento chileno es bastante tardío y no agrega nada diferente al surrealismo francés, pero posee la virtud de haber sido un movimiento importante en Latinoamérica, como lo constatan Stefan Baciu y Octavio Paz. Junto con esto, cabe destacar que ejercieron una soterrada, pero importante influencia en su generación y en las generaciones venideras.

Ruptura del grupo

El último número de *Mandrágora* fue una publicación de Enrique Gómez-Correa, donde da su testimonio. Dicho número es un balance de lo ocurrido con el grupo, desde su perspectiva, ahí aparecen algunos pasajes que anuncian un quiebre, y específicamente entre él y Arenas. Es importante citar todo el párrafo, porque esboza el desencanto de Gómez-Correa: “El surrealismo, hoy dedicado a una tarea de recopilación, aún siendo la mejor estrategia de la realidad, no puede ser para mí la meta de la trayectoria de nuestro pensamiento. Yo admito sus admirables conquistas, pero me es imposible excluir la posibilidad de una táctica o, mejor dicho, de una actitud más perfecta en la captación de esta trágica realidad de hoy. Lejos estoy de Arenas en este punto, cuando él se encierra en un nominalismo, cuyo fondo no puede pasar más allá de lo convencional. Lejos de ese Arenas causante de la dispersión de las mejores posibilidades del grupo Mandrágora”²⁹. Esas diferencias que menciona Gómez-Correa, están dadas porque Arenas y Cáceres se sitúan en el surrealismo ortodoxo, comprometido con el pensamiento de Breton. Esto produce que el grupo se divida en septiembre de 1941 después de la publicación del número 6 de la revista.

Revista Leit-Motiv

En diciembre de 1942 aparece el “boletín de hechos e ideas”: *Leit-Motiv*, publicación dirigida por Arenas. El poeta continúa la lucha por la libertad, desde la plataforma estética anterior, pese a la crisis que el movimiento surrealista experimentaba por esos años en su país de origen. Arenas quiere continuar en la senda de Breton y sigue viendo en el surrealismo la única salida: “Veo en la plataforma de lucha que me ofrece el surrealismo (cuya crisis hace más desinteresada mi adhesión), la posibilidad de todas aquellas preguntas inquietantes que fueron la razón de nuestro acercamiento en dicho grupo, y la seguridad que me asiste que un grupo, por mucho que él abarque a todo el género humano, no podrá resolver ninguna cosa, por cuanto un grupo es un vehículo para movilizar hechos y ciertas ideas, y no la razón de ser de estas ideas y estos hechos”³⁰. En estas líneas podemos ver parte del conflicto y de la división evidente que tenía el grupo, pero podemos apreciar que Arenas persiste que los hechos y las ideas que canalizaron en los seis números de *Mandrágora* existen por sobre el grupo.

Otro pasaje interesante de este texto que aparece en el primer número de *Leit-motiv*, es el men-

saje que le envía a sus compañeros del grupo, especialmente a Cid y Gómez-Correa: “Yo no les pido a mis amigos camaradas que superen este *impasse* por cuanto siempre hay un momento para que la poesía reconsidere sus errores por la boca de sus poetas; siempre que estos no sean más que errores tácticos. Y, por sobre todo, yo no les pido eso, por cuanto yo mismo durante el año pasado y durante este año 1942 –abierto más promisoramente que otro cualquiera para ser el comienzo de mi gran aventura–, he sido la presa de las más violentas contradicciones, de las cuales he logrado salir con bastante trabajo. Yo confío en que la juventud de todo el grupo sabrá darle la verdadera orientación a su destino. / Y es sobre esa formulación de semejante crisis que yo quiero abrir las mamparas batientes de esta nueva revista de pelea.”³¹

Es interesante el hecho que Arenas reconoce que tuvo divagaciones y conflictos en torno al surrealismo, pero que decide seguir para demostrar el desinterés de su adhesión, de manera coloquial podríamos decir que Arenas quiere estar “en las buenas y en las malas” con el movimiento de Breton. Aunque luego de un año, cuando aparece el siguiente número de la revista, y cuando el poeta ya ha cumplido treinta años, comienza su despedida de la juventud y de toda una etapa: “*Au revoir*, yo dejo este parque para siempre. Perdón por mi inestabilidad, por mi oposición. *Au revoir*, yo dejo este parque para siempre. Recuerdo que esta transparente mañana... en efecto, yo he vivido como un loco, y he perdido mi tiempo. Que el sol del mediodía arda sin una sombra, en este parque, donde se verifica la entrevista en blanco. Que el pensamiento sea el correspondiente al amor”³².

Residencia en Argentina (1943-1944)

Arenas comienza un nuevo camino. Cumplidos los treinta años, decide buscar otros horizontes: un proceso de tránsito paulatino hacia una estética distanciada del surrealismo ortodoxo.

El trabajo que realiza para la editorial argentina consiste en la traducción de dos obras: *Poesías*³³ de Lautréamont y *Cartas de la vida literaria de Rimbaud*³⁴. Durante su estadía en Argentina escribe el poema “Oh mi sol constante”³⁵, una estrofa del poema dice: “Esta albada catalana relucía en el tatuaje de un sueño. / –Alba bella –decía la muchacha. / El dique ya no sangraba, y “Oh mi sol constante” se llamaba un hotel de Buenos Aires, en el que yo descendía, cabeza adelante, como cuando uno se/ lanza a la piscina, y ahí recibí mis primera cartas”³⁶. El texto marca claras diferencias con sus poemas anteriores.

Estadía en México

En 1955 Arenas reside en Ciudad de México junto al poeta Eduardo Anguita, el cual había sido nombrado agregado cultural en esa ciudad por el presidente Carlos Ibáñez del Campo. Durante esta estadía, extendida entre los meses de mayo y noviembre, publica sus artículos en el popular periódico *El Universal*.

Ciudad de México, fue una de las capitales del surrealismo en América. En ella residía la pintora y escritora inglesa Leonora Carrington. Algunos cuentos de ella fueron traducidos y publicados por Arenas. En la misma ciudad vivía Octavio Paz (Premio Nobel en 1990), el cual mantuvo excelentes relaciones con Anguita y Arenas. El poeta y ensayista mexicano habría elogiado el trabajo literario realizado por el grupo Mandrágora y, en particular, la obra de Arenas.

Encuentro de escritores

En enero de 1958, en la Universidad de Concepción, se realiza el *Primer encuentro de escritores chilenos*. A él asisten dramaturgos, narradores, críticos y poetas. Miguel Arteche, Efraín Barquero, Humberto Díaz-Casanueva, Nicanor Parra y Braulio Arenas, fueron algunos de los más importantes poetas convocados. En el contexto de esta reunión, Arenas leyó en público el importante texto testimonial: "La Mandrágora". En él, el poeta realiza un lúcido y maduro balance del trabajo realizado por el grupo surrealista chileno.

El encuentro fue una ocasión privilegiada para que Arenas, en conjunto con otros poetas, reflexionara sobre los rumbos por los que transitaba la poesía chilena de la época.

La asistencia a este encuentro le permitió además tomar un primer contacto profundo con la geografía de la provincia, hecho que incidiría de un modo definitivo en el curso de su obra literaria posterior. El mismo Arenas reconocería, en una entrevista concedida a Jorge Teillier, la importancia del Encuentro en su evolución poética: "Dicho año (1958) fue importante para mí, especialmente por el contacto con la provincia chilena y, por tanto, con la adquisición de un mayor conocimiento de nuestra expresión nacional"³⁷. El poemario *La casa fantasma* –publicado tras el evento– es un primer testimonio de la importancia de este encuentro con la tierra, el cual marca, sin duda, el inicio de una nueva etapa en su producción artística.

Este proceso de conversión literaria –motivado en gran medida por el encuentro de escritores en

la Universidad de Concepción– tiene, por cierto, sus antecedentes previos; tal vez el más relevante sea el conocimiento de la obra de la artista, poeta y músico chilena Violeta Parra.

Consideramos determinante el *Encuentro de Escritores* realizado en Concepción y creemos que ese fue un suceso que efectivamente ayudó a su conversión a la provincia chilena. Gonzalo Rojas destaca la importancia que tuvo: “Braulio le debe a Concepción el encuentro con Chile. Seguramente hubiera llegado por sus pasos al descubrimiento real de la tierra, libre de reticencias surrealistas, pero fue ese vuelo a los orígenes –que hoy está escrito con el nombre de Primer Encuentro de Escritores Chilenos– lo que puso definitivamente a Braulio frente a sí mismo y a su pueblo”³⁸.

En 1960 vuelve a visitar la Universidad de Concepción para asistir como profesor de la Escuela de Verano. Forma parte del taller de Escritores de dicha Universidad como Coordinador general, durante tres años de forma intermitente. Participa en el primer encuentro de Escritores Americanos, también organizado por la Universidad de Concepción.

En este mismo año obtiene el premio de la Municipalidad de Santiago por su libro: *Poemas* (1959). Dicho libro es una antología de casi toda su obra, donde se incluyen una decena de textos inéditos, algunos muy interesantes como el poema “suite”. Debemos destacar que ninguno de los poemas tiene puntuación y está publicado bajo el sello de ediciones Mandrágora, como una forma de conmemorar los más de veinte años del grupo y homenajear simbólicamente a Jorge Cáceres.

Inmersión al mundo lárlico

Los poemarios *La Casa Fantasma*, *En el confín del alma* y *Ancud Castro y Achao*; son todos mencionados en el importantísimo ensayo de Jorge Teillier titulado “Los poetas de los Lares”. Resulta vital que nos detengamos en este ensayo para cristalizar la visión sobre los tres poemarios aludidos y para comprender de forma amplia el concepto lárlico y qué relación tiene Arenas con esta corriente.

En primer lugar, consideramos primordial la aclaración que hace Jorge Teillier al decir que no está proclamando un grupo hermético, ni creando una nueva generación poética. Teillier se ha propuesto: “... elegir entre muchos valiosos y distintos poetas a aquellos que sin ponerse de acuerdo entre sí han dado una línea característica a la poesía chilena nueva de los últimos quince años, la que podríamos calificar como de *poesía de los lares*”³⁹. Teillier está identificando un proceso que se manifiesta en algunos libros de poetas jóvenes como *El regreso* de Efraín Barquero; *En el invierno de la provincia* de Rolando Cárdenas; *La greda vasija* de Alberto Rubio y *Para ángeles y gorriones* de Teillier. Pues bien, ¿qué es lo que une a estos libros?, por ejemplo a *La greda vasija* tan diferente en cuanto a estilo con respecto a los

otros, ¿cuál es el vaso comunicante que Teillier detecta?; la principal característica que él menciona es el que “los poetas de los lares vuelven a integrarse al paisaje, a hacer la descripción del ambiente que los rodea.” Aunque desde diferentes estilos poéticos, claro está.

“La Poesía de los Lares”, no nace de la nada, ya que tiene sus raíces en poetas como Hölderlin, Georg Trakl, Sergei Esenin, Rainer Maria Rilke. Junto con ellos podríamos agregar al filósofo y luego poeta: Martín Heidegger, quien influencia directamente la concepción de lar que adoptará Teillier, nos referimos al habitar poético en el mundo.

Jorge Teillier percibe que la corriente poética que algunos de su generación venían desarrollando, es palpable en poetas mayores, de esta forma menciona: “Este movimiento lárlico ha tocado curiosamente a los poetas de generaciones pasadas, como Teófilo Cid y Braulio Arenas que fueron iniciadores del movimiento surrealista en Chile, creadores de paisajes mentales, que sin embargo tomaron a la larga conciencia de la tierra y la reflejan en sus últimas obras”⁴⁰. Concordamos plenamente con esta afirmación ya que efectivamente existe en los poemas de Arenas que Teillier menciona, una verdadera conversión hacia la tierra, pero sin abandonar por completo su formación surrealista; lo que abandona de su formación es la plataforma del automatismo, cambiándola por claridad, incluyendo formas métricas tradicionales. En este proceso, efectivamente encontramos a Arenas como “habitante del mundo”, como “un hermano de las cosas” y con “nostalgia de la edad de oro”, y algo muy importante es que Arenas ya no sitúa a su hablante poético desde el caos, ahora el poeta tiende hacia el orden y se convierte efectivamente en “observador”, “cronista”, “transeúnte” y “simple hermano de los seres y las cosas”, –como dice videntemente Jorge Teillier– estos calificativos los comprobamos especialmente en *La casa fantasma*, *Ancud*, *Castro* y *Achao* y en “En el confín del alma”.

Finalmente, constatamos que Braulio Arenas, logra ser –en palabras de Jorge Teillier– guardián del mito y de la imagen, esperando hasta que lleguen tiempos mejores.

Viajes

En 1966 Braulio Arenas obtuvo un premio de la Embajada de Israel para visitar ese país, permaneció breve tiempo en Jerusalén y dictó algunas conferencias y recorrió el país. Cuando llega a Chile le hacen la pregunta: “¿Qué experiencia obtuvo de su viaje a Israel?”. Su respuesta fue: “El conocimiento de un pueblo que ha asimilado perfectamente su pasado, y que vive en el presente sin necesidad de saltar todos los días de la cama y echarse al hombro su fardo de ruinas históricas”. Su estadía es decisiva y se ve reflejada en la novela *Los Sucesos del Budi* (1979). Ese año también es invitado por el gobierno de la

Alemania Federal y reside varios días en la bella ciudad de Hamburgo. Además recibe una invitación de la Unión de Escritores de Checoslovaquia y dicta conferencias en la Universidad Carolina de Praga. A su regreso la revista *Árbol de Letras* le publica dos poemas y un cuento que tiene como tema central estas tres ciudades (Jerusalén, Hamburgo y Praga). Aprovecha estos viajes para estar algunos días en Italia, Austria y en su amado París por primera vez. A su regreso, Jorge Teillier le preguntó: “¿Correspondió el París que usted vivió al París de su imaginación?” y la respuesta fue: “Todas las ciudades son idénticas a nosotros mismos. Así, si nosotros cambiamos, las ciudades cambian con nosotros”.

En 1979 viaja con Enrique Lafourcade a Buenos Aires a la conmemoración de los 60 años de Jorge Luis Borges, Braulio Arenas comparte con el escritor de *Fervor en Buenos Aires*.

Premio Nacional de Literatura

Desde 1969 el nombre de Braulio Arenas aparecía siempre entre los candidatos para el Premio Nacional de Literatura, sin embargo tuvo que esperar 19 años para que su nombre pasara de candidato a galardonado y es así, como el 27 de agosto de 1984, con un jurado compuesto por: el ministro de Educación, Horacio Aránguiz; Martín Panero, miembro de la Academia Chilena de la Lengua; Francisco Aguilera, representante del Consejo de Rectores; Martín Cerda, representando el Pen Club; y Emilio Oviedo, a nombre de la Sociedad de Escritores de Chile. Luego de tener quince nombres, la lista se redujo a cuatro candidatos conformados por Andrés Sabella, Eduardo Anguita, Braulio Arenas y Enrique Campos Menéndez, éste último asomaba como favorito del gobierno. El primer día no hubo consenso y finalmente, según cuenta Andrés Gómez Bravo: “La primera jornada cierra con una recomendación del ministro: el fallo debe ser unánime. Al día siguiente, los jurados vuelven a la oficina de Aránguiz. El rayado de cancha que ha hecho este último juega en contra de Sabella, pero también del candidato oficialista”⁴¹. Entonces quedó el autor de *Venus en el Pudridero* y Braulio Arenas; la cantidad de libros publicados y la diversidad de géneros abarcados por Arenas, inclinó la balanza hacia él. Al obtener este reconocimiento, la popularidad de Arenas se propaga y centenares de artículos se escriben sobre él, transformándose en figura pública. Asiste al programa de televisión *Noche de Gigantes* y su nombre llega a ser parte del inconsciente colectivo de la época.

En este año (1984), los reconocimientos se multiplican y el 20 de noviembre es declarado hijo ilustre por La Serena, además le ofrecen publicar sus obras en diferentes editoriales. Según Fernando Emmerich⁴², el escritor tuvo una disminución en su intensidad creativa, luego de obtener el premio. Efectivamente el asedio de esos días se prolonga y el escritor ya no puede seguir escribiendo en silencio.

Deceso

En 1987 Braulio Arenas publica su último libro llamado *Memorándum Chileno*⁴³. En septiembre del mismo año comienza a sentir dolores, se somete a exámenes y le diagnostican un cáncer que se expandirá con rapidez, dejándolo en 1988 postrado y muy grave; sin embargo, seguía leyendo y emprendiendo proyectos que quedarían inconclusos. Arenas, durante sus últimos días, escribió unos poemas que corrigió hasta momentos antes de su muerte –dos de ellos han sido incluidos en la presente antología–. Además de escribir, Arenas se mantuvo hasta sus últimas horas con una grabadora de voz, donde dejó recitados una veintena de poemas.

Su deceso ocurre el 12 de mayo de 1988 y sus restos son enterrados en el Cementerio General, donde permanecen hasta el día de hoy.

Reflexión final

El mismo silencio con el que descansan sus restos, cubre a su vasta obra. Los verdaderos motivos del desprecio son de índole político y se generaron en el año 1977, cuando el poeta publica un poema que simpatiza con el régimen de Augusto Pinochet. Esto ha generado una gran indiferencia hacia su obra y que lo ha mantenido –desde su muerte– veinte años en el más injusto de los olvidos. Adherimos al planteamiento lúcido de Enrique Lihn, que a pesar de estar en una vereda política radicalmente opuesta, fue capaz de valorar el legado de Arenas, escribiendo unos días después del deceso de Arenas, lo siguiente: “No desapareció, sin embargo, el escritor que debiera sobrevivir, porque es real y hasta de una cierta *sur-realeza*”⁴⁴.

Ernesto Pfeiffer.

SELECCIÓN: POESÍA

Entre nuestros poetas, tal vez Vicente Huidobro y Braulio Arenas sean los que más levedad y vuelo han aportado al paisaje de la poesía chilena. Pero mientras Huidobro fue el poeta del cielo, Arenas fue el poeta del aire. Probablemente dirán que el cielo está más alto y que nada hay sobre él (salvo dios, que no existe). A nuestro juicio, esta superioridad es engañosa. Concedamos que el cielo tiene sangre aristocrática (la sangre de los pájaros del rey). Pero el aire –en su profundo sentido democrático– es más libre. Puede ser respirado por todos: pájaros, leones, tigres, arbustos, libélulas y moscas. Además, posee la propiedad admirable de hacerse cielo a su voluntad, con un solo impulso ascendente. El aire, a diferencia del cielo estático y soberbio, puede desplazarse entre lo alto y lo bajo, entre el día y la noche, entre el sueño y la vigilia, entre la semilla y el sol. Nosotros proponemos la siguiente verdad: sin aire no hay cielo. Los pájaros cantan en Arenísitico.

Rafael Rubio.



PROPAGANDA DEL TERROR

ahora XVII

MEDIOS FACILES
PARA

VENGAR

La humanidad

la localización de los aviones enemigos

VIDA

tu amor

DE DIAMANTE

de los pies a la cabeza cesar de res-
acero célebre en las condensaciones
recido excelente gratificación siem-

EN MI CUERPO

de vidrio

MUCHA SANGRE

malas noticias

PULPO

ella

ANTES DE LAS 12

-SE HALLARAN EN SU CASA-

BRAULIO ARENAS

PROPAGANDA DEL TERROR

ahora XVII

MEDIOS FACILES

PARA

VENGAR

La humanidad

la localización de los aviones enemigos

VIDA

tu amor

DE DIAMANTE

de los pies a la cabeza cesar de res

un acero célebre en las condensaciones

recido excelente gratificación siem-

EN MI CUERPO

de vidrio

MUCHA SANGRE

malas noticias

PULPO

ella

ANTES DE LAS 12

-SE HALLARAN EN SU CASA-

(De Revista *Mandrágora* N° 1, 1938)

poemas de
EL MUNDO Y SU DOBLE
(1940)*

A MERCED DEL SUEÑO

El mar quemante
Todas sus costas son de hielo.

Ahí se apaga
El fuego con delirio
El nombre con memoria
Y se sueña
Con tormentos del día.

El mar quemante
En una representación misma
De piraguas
Detrás de su pecho
Su cabeza es un corazón terrible.

Su amor está en el día
Como el tigre en la calle
Con sus ojos de grisú.

Todas las costas son de hielo
Su cabeza misma es de hielo
Su amor es lúcido y es fascinante
Un paso más y el amor se cambia
En memoria terrible
Aún en orgullo en olvido
Lo que se ve lo que se escucha.

En pleno fuego
Es un ser humano
Es una gaviota humana

*Se ha escogido la primera edición de los poemas. Advertimos que existe una segunda edición de este libro publicada en 1963 que presenta múltiples diferencias con respecto a la primera edición.

Con su frente intacta
En pleno aire
Es un ser humano.

EL MUNDO Y SU DOBLE

Comienzo del mundo
Manos demasiado ardientes
Bocas interiores que a todo ademán se duermen
Partes del cuerpo
Tú partes del cuerpo
Tú partes de las manos y de sus pupilas
Muestras con un ademán las gemas del encanto
Tú duermes reflexionas.

Sales al encuentro de un monstruo
Al bello día donde la piedad se hechiza
Piedras fulminantes del día de la espera
A tí a tus hombros producen estupor
Ver otros hombros en una sucesión de ahogadas
Bellas mujeres sobresalen del placer
Todavía estupefactas por la realidad
Aun dormidas por el sueño
Encantadas por amor ausentes por piedad
Sus hombros que laten
En sus ojos que encuentran a ciega
No vivas a ciega no vivas a respiración
Un fatal rayo atraviesa tus pestañas
Un cielo te acaricia
Muda entre la sangre y la piedad.

poemas de
LA MUJER
MNEMOTÉCNICA
(1941)

LA SIEN TRANSPORTABLE

Figurad paredes absortas
Tal a vosotras mujeres en corpiños
Salidas recién de vuestros sueños
Creáis el alba con una sola orden.

La muerte había pasado el agua estaba bella
Recién yo atinaba a observar la isla.
La isla en que regentas millares de albas sucias
Y que de lejos parecen noches resplandecientes.

LA CARROZA DE QUINCE RUEDAS

Yo buscaba a través de la máquina salina
Que segaba con ansias lo que tenía para vivir
En busca de esa llave circunstancial de muerte
Que estuvo a punto de romper en blanco
El nombre adora en planos inclinados
Que sabe del sol lo que otros saben del granizo
Lo que otras nadas por reinas por nosotros
Alejan hasta saber quien de nosotros
Quien de ustedes estaba quien de mí
A punto de sucumbir propicios precipicios.

Ellos eran las olas que pasaban al oído
Rompiendo las cavernas en veinte mil ecos
Una de ellas iba pastoreando
Tendía hacia el abismo
Sus pasos eran fértiles
Una de ellas iba de avestruz

Tanto como la muerte inventando el amor.
Los pasos de sangre que pagan un excesivo precio

Por la sangre
Ya sabéis cuánta sangre puede servir de base
A las miradas que habían perdido toda la sangre.

Yo soy Cronos el padre del fuego
Y por lo tanto abuelo del espacio
A vuelo de pájaro he visto su armadura
He visto el espacio con los ojos desangrados
Ojos donde es preciso leer entre líneas.

Por costumbre la sed
Que había dejado el mar a la buena educación.

Yo te amaba entonces
Yo era placer
Me paseaba por una avenida de viejo gentilhomme
Las heridas eran demasiado grandes espantosas inútiles
Como la misma lámpara que fingíamos
Y tan inútil
Como los gritos de esa ciudad botánica
Que nos envolvía con sus princesas subterráneas.

Amabas el ser perdido que alcanzaba a romper
Su rostro para inducir a error a los espejos
Que alcanzaba a romper con llamas un solo mar helado
Helado para que por él pasara
Sin transición un rostro único
Un rostro desde mi amor
Hasta tu error.

EL PELIGRO AMARILLO

La transparencia huye de sí misma

A través de un espejo que acapara el juego de su imagen.

A pocos pasos del misterio había

Un ser que estaba entre nosotros y el amor

El era el fuego

El era la sombra de su propia edad.

No sé la razón

No sé el baño de horizonte

Ni el hogar

O el busto.

Tan débil

como el plumaje del sol

O la paciencia

que horada a las ratas.

La vida

Las mujeres

La vida

Las mujeres.

fragmento de
LUZ ADJUNTA
(1950)*

(...)

Subo por la colina que me lleva a su casa.
El cielo abierto del verano hace caer
a la tierra sus plumas multicolores,
Pero en un dormitorio en sombras, donde
si no fuera por un corazón que late todavía
se pensaría en la soledad. Alguien está entregado
a su propio trabajo.
Él, en silencio, sigue el ritmo de una operación maravillosa.

Este trabajo requiere una semipenumbra, un
estado crepuscular.
Días y días perseveraría en su labor, noches
y noches, hasta conseguir su Obra perfecta.
Y en ese instante todo era como un poema suyo,
su Obra terminada.
Yo leía en ella; mi corazón leía.
Con los ojos llenos de lágrimas, el océano
enviaba sus olas a la tierra para saber, minuto
a minuto, su agonía.
El océano estaba ahí. Desde una ventana yo
le contemplaba con ternura, pues comprendía
su dolor. Hasta mí llegaba el latido de su corazón,
y, torpe como un niño, yo confundía los
movimientos de ambos corazones.
Corazones unísonos.
El océano moría en cuanto océano, y él
moría en cuanto poeta.
Ambos se reintegraban.
Su Obra estaba ahí. En ese cuarto oscuro.
¿Podré encontrar las palabras para describir mi alucinación?

*Este poema es una elegía a la
muerte de Vicente Huidobro
ocurrida en 1948.

En ese cuarto oscuro, Alguien desarrollaba
el negativo de su existencia. De toda su existencia.
Cruzaban por ese cuarto oscuro los hábitos
del viaje, del dolor, del amor, de la poesía.
Y él trabajaba para llegar al fin de su Obra. (...)

poema de
LA GRAN VIDA
(1952)

UN DÍA POR LA NUBE

Un día por la nube y otro por el espejo
La noche lanzaba sus nuevas promociones* de jóvenes
mujeres al amor
Y el sueño se hojeaba de atrás para adelante como una
revista ilustrada
Un marco de gladiolos encerraba la idea más juvenil del
nido
El mar pasaba por la rueda la luz del faro
Los soldados de la libertad iban a decir no a los fantasmas
de la esclavitud
Las estrellas sabrosas cuajaban la leche en un postre riquísimo
Todo el cielo todo el cielo era un porta-aviones de luciérnagas
En la alquería un caballo olía el heno voluptuoso
El polo norte apretaba sus dientes a la llegada de la brújula
Aquella tarde yo había besado la mano de una dama
máspura que el tarot
Y de ese beso nació la idea de preocuparme algo más de
la poesía
Ella me hablaba de su vida con esa manera que tienen los
gatos para abrir las puertas

Los trenes eran muy largos aún para los niños
Tres muchachas danesas se paseaban por las calles céntricas

Un día por el espejo y otro por la nube
Y un día también por este día en que he sufrido tanto
Dieciocho hadas tendían dieciocho ruelas a dieciocho caminos
Y era un tapiz volante el que ofrecía en un relámpago la
imagen solidaria de la vida

Los relámpagos se ofrecían sonrientes a un cielo estacionario
Bien pasajero le dice la madre al niño
Hemos llegado a la estación de las nieves eternas
En la emboscada de la fiebre
La ciega juventud abría sus párpados
Mientras el pájaro mira hacia atrás todas sus alas vuelan
hacia adelante

Léeme esta carta yo soy una pobre ciega y la juventud se
reía de que la creyeran ciega

El mar alegre ya nada recordaba de sus años de hambruna
Y por mucho que el aceite derramara en él su calma ficticia
El sonreía seguro de su poder
Y la juventud no es más ciega que estos ojos claros de
mujer desnuda

DISCURSO DEL GRAN PODER

(1952)*

La lámpara a quien el texto de la luz ha enloquecido
ella habla de las cenizas ella habla del alba cristalizada por el
ave ella fermenta el amor el ojo de su espejo
el mismo amor no sabría hablar de sus mujeres con un
menor número de besos
yo no sabría decir mi porvenir con un menor número de
astros entrecortados
cuando tú vienes numerosa para crear la unidad de
mi misterio

El amor pesa tanto como el sueño que desaloja
esa puerta batiente es la alta y la baja marea es además la
moneda de oro que vegeta en el bosque
una noche una única noche nos confiere el sentido del sí y
el contrasentido del no de esa moneda
una puerta batiente todas las noches otorga el amor a los
astros entrecortados
dos sombras contradictorias hacen del amor la llama
más espléndida
y establecen para siempre el principio de oro del amor

La lámpara a quien el texto de la sombra ha roto en mil
fragmentos de alba deja escapar palabras alquimistas
y a un millón de años–sombra nosotros respondemos con un
millón de años–mujeres
cada mujer es una sílaba alquimista
El espejo sus olas minuciosas
entrega de nosotros a la vida esa parte de alta y baja marea
simultánea
con gran poder atravesamos su pecho ustorio más exigente
que la noche ciclónica

*Se ha transcrito la primera versión de 1952. Advertimos que Braulio Arenas publicó en tres ocasiones el *Discurso del gran Poder*, siempre con notorias correcciones. La edición definitiva la publicó en 1985.

y salimos a lo que ambiguamente llaman vida
atraídos por el reflejo de un centelleo de plumas
mientras a nuestra espalda el espejo borra minuciosamente
sus imágenes
y nosotros inermes no encontramos la entrada nosotros que
encontramos la salida

La lámpara tiene sus auroras contadas
su luz ha llegado hasta su hueso fértil hasta su espectro solar
ávido del lujo que rezonga en la noche
la lámpara se ha cortado las venas por amor
para saber por fin qué cosa es la tiniebla

El amor pesa tanto como la realidad que desaloja
esa puerta batiente se abre al interior se cierra al exterior
exterioriza un espectro interioriza un mundo
la pubertad del sueño esa puerta batiente camouflada
de selva
y basta sólo un árbol para disolver su misterio
el fénix del amor echa al aire sus cenizas

Todo el océano será para nosotros exclamamos
y tú más bella que las palabras de inteligencia que intercambia
tu frente con la estrella
para expresar la nostalgia la memoria el placer
tú con un gesto infantil de encanto mágico
te volviste hacia la noche para decir la última palabra

La lámpara migratoria
mira con horror sus luces sedentarias
a la intemperie golpea el vidrio de otras luces que vegetan
en la nieve
ella ya nada espera de la noche ella hizo del alba su migaja
de pájaro
un pájaro fermenta su mirada

su vocabulario de amor hierve en el diccionario de la lengua
tal relámpago
su placer su memoria su nostalgia su alba desgarrada su fénix
su ventisquero ardiente

El amor pesa tanto como el amor que desaloja
esa puerta batiente da el océano a la noche que sale da el
océano al día que entra
océano (noche y día) océano con un número mágico en tu
costado
y que al decirlo es una contraseña para entrar o salir por esa
puerta de oro
hacia la edad de oro
mujer mía en tus ojos la edad de oro vuelve a mirar al mundo

El espejo es espejo en cuanto mundo así como el mundo es
mundo en cuanto espejo
mundo espejo sangrante yo te miro a través de tus guerras
irrisorias
de la miseria absurda de tus ciudades destruidas
entra en tus dos mitades una será la vida uno el amor uno el
espejo
entra en tus dos mitades una capa de armiño para sus pies
desnudos

Todo se había dicho
todo lo que en el amor seremos todo lo que en la vida
viviremos todo lo que en la noche soñaremos
todo lo que en la aurora moriremos todo lo que en el océano
nadaremos todo lo que en el bosque encontraremos
todo lo que en la lámpara veremos
todo yacía mudo frente a nuestro amor

Lámpara batiente
lámpara todo o nada de la materia

ella hace de todas las lenguas del fuego una sola lengua un
solo pensamiento de todas las miradas
de la sombra bilingüe ella hace un ser de cristal maravilloso
la nieve le da su corola el sol su abeja
todas las lenguas descienden a su silencio para decirle amor
océano mío acerca también a ella el vaho de tu rostro tu ola
numerosa tu espectro solar candente
placer placer qué has hecho de nosotros

El amor pesa tanto como el espectro solar que desaloja
esa puerta batiente prescinde de la fumarola de la idea sus
goznes giran al par de las visiones
una noche una única noche nos confiere el sentido del sí y
el contrasentido del no de la videncia
una puerta batiente todas las noches otorga una vocal distin
ta al espectro solar que la compone
todas las noches y creemos que cada una de ellas será el
punto de partida para el día
placer placer qué has hecho de nosotros

Espejo desvestido en son de vida
un pájaro de azogue se nutre de tus imágenes
él ha rehusado los harapos de la selva ha rehuido el lazo de
oro de la costumbre
él lleva su alimento de tinieblas al espectro solar
este pájaro gira sobre sus goznes y abre de par en par al
pensamiento la prisión del oro
océano mío haz estallar tu frente haz brotar la identidad de
tus contrarios
placer placer qué has hecho de nosotros
Todo el océano será para nosotros repetimos
y tú más bella que el grito de sorpresa que lanza la reina en
“Through the looking glass”
al blandir su dedo herido contra el tiempo

tú con tu dedo hiciste un rasgo de orden mágico volviendo la
palma de tu mano hacia la noche para decir la última palabra

Mujer mujer
bella como la llama esta es la flor para emprender jardines
este el amor para emprender la vida
este el espejo para emprender el viaje

La lámpara a quien el texto de la luz ha hecho comprender el
texto de la tiniebla

ella habla a las cenizas del fuego que no vieron
habla del alba a las miradas parásitas de la noche
con lágrimas en los ojos ve caer en selva al espectro solar
mujeres hablan del amor a ciencia cierta
en sus diez dedos para ayudar a vivir a diez relámpagos

El amor pesa tanto como el relámpago que desaloja
un instante más y todos los hombres sabrán de la noche su
contenido de hada

derrocharán la muerte ella no será el contrato de la vida
la puerta batiente sus dos senos me otorgan el derecho de
crear

de ver de amar
de soñar
yo seré el hombre de todas las horas
tú has establecido de una vez para siempre el principio de
oro del placer

Espejo ustorio tu eternidad será la mía
reducida a cenizas el alba se posará en las rocas azoicas para
cantar su nacimiento

la noche tan simple
en vano la realidad tratará de intoxicarla
tan pura
ella se dará a la pureza ella nos dará el alba a manos llenas

Todo el océano será de la pureza declaramos
y tú más lúcida que las hadas de Wonderland cuando se
hacen presente en la meteorología del diamante
juntos establecimos el pacto de la pureza
todo estaba en suspenso
el mar ardía
vivo el placer placer ardiente

Todo se había dicho
todo lo que en el amor afirmaremos la identidad de sus con-
trarios todo lo que en la vida dejaremos por la sombra
todo lo que en la noche aguardaremos de infancia intacta de
ciencia verdadera todo lo que en la aurora repetirá el fulgor
del hacha frente al decapitado
todo lo que en el océano se pagará bien por mal al anillo de
Polícrates todo lo que en el bosque encontraremos de hojas
en llanto al paso del carruaje
todo lo que en la lámpara quemaremos
vivo el placer placer ardiente

Cada gota de agua lleva en sí su desierto
cada mujer en sí mi sed mi última noche

Brisa de luz golpea la puerta de la lámpara oscurece sus
sienes haz astillas sus huesos
aorta rota caos y atormentada
el buen tiempo ha llegado de hacer de un misterio
dos respuestas
a pregunta de amor
respuesta de vidente

El amor vidente pesa tanto como la pareja vidente que
desaloja
el amor asido al flanco de la tierra por piedad
mujeres dejan el mar como olas dejan la vida por la estela

del amor

por el relámpago
se levantan en son de aurora
son ya la aurora
por el cielo pasa
una teoría de mujeres

Espejo en llanto catóptrica gaviota
sólo a expensas del mar que es su alimento vive
la mujer es la razón de ser el verbo la piel la idea y a su inte
rior de mar el amor es la alta y la baja marea simultánea
razón de amor tu locura rueda como un dado

Todo el amor será para nosotros afirmamos
todo – la gaviota atraída por un espejo de presa muda arroja
ba al mar su corona de reina
todo – la lámpara era su representante
todo – el mar daba a su vuelo el crepitar del espectro solar
que hambriento devoraba sus colores
pronto el mar fue un color el árbol otro
color el mundo la ventana la noche
color la mesa la nieve la saeta
y tú al llegar diste la forma

Todo se había dicho
todo el amor salido de su órbita toda la vida exigiendo su
derecho toda la noche echando chispas por su rostro
toda la aurora mostrando su puño al perecer todo el océano
delirante al borrar minuciosamente sus pisadas todo el bos
que misántropo
toda la lámpara nada más que la lámpara
amada amada

Amada amada
esta es la flor para emprender jardines este el amor para

emprender la vida
este el espejo para emprender el viaje
este mi amor para emprender tu amor

Acógenos espejo
tienes el deber de verificar nuestra imagen reunida
de hacer que la mano de piedad que extendiendo en las tinieblas
encuentre un muro de terror para decir mi nombre
tienes el deber de hacerte lecho de torrente
para que ella y yo verifiquemos nuestro vértigo nuestra
imagen la imagen del amor

La lámpara su vocabulario de amor iba cuajándose en astros
entrecortados
y el resplandor ódico de tu cabellera ornaba al mundo de
castillos de tránsito
tú atravesabas la noche como se raya con tiza el pizarrón
atesorando en tu corpiño en un abrir y cerrar de párpados
de senos
la experiencia de la esponja de mar que exprime la memoria

El amor pesa tanto como la memoria que desaloja
él abre por fin la puerta del sueño y la vigilia (el amor como
el sol siempre es mediodía) y después de un misterio
siempre el amor puede disolver otro misterio
puede ofrecer su norte su arteria a los hachazos
amor amor
mi mediodía permanente

Espejo un no sé qué de amor daba a esa mujer un resplandor
de espejo que hadas hicieron brotar al pie del lecho
la noche asida al flanco de las olas gritaba a los astros su
ronco desafío
el sueño dejaba sus huellas en la playa
y una mujer formaron las olas de la noche

la tierra (noche y día) va a contemplar su imagen en este
espejo múltiple
a mayor luz mayor obscuridad
a mayor dolor mayor amor mayores olas
tierra con su dilema de aves del paraíso
con su dilema de selva sensible a la menor de sus hojas
con su dilema de amor en el pecho calcinado
todo lo demás es sombra el resto es resplandor
espejo de una sola agua
océano que tornas única la mirada de todas las olas del amor
en tu último naufragio la vida sostiene su razón
manos se estrechan el eco se adelanta
y apenas la palabra poesía es pronunciada la palabra amor es

respondida

la realidad ha dicho su palabra y el amor la suya
y las estrellas la han esparcido en ondas
la vida se abre en mujer que nace a cada instante

Todo el océano será para nosotros confirmamos
el día y la noche debatían en él su sábana nupcial y eran
tinieblas y luces las que circundaban a esta criatura
ella susurró la noche de Nínive
sus pies desnudos y su cuerpo blanco susurraron la noche
esta ave de Nínive había cumplido en sí el circuito de la san
gre de su clan
y al decir buenas noches
ella era la primera noche que el amor daba a la tierra

Toda la noche estaba dicha en esa noche
dicho el amor dicho este discurso
amor interrogante
amor ansioso de amor al pie de las constelaciones
a pregunta de amor
respuesta de poesía

Hada de pies desnudos
esta es la flor magnética para el jardín magnético este el
amor maravilloso para la vida maravillosa
este el espejo ustorio para el viaje ustorio
este mi amor para tu amor

Cada gota de agua lleva en sí su desierto
cada mujer en sí mi amor mi última noche
placer placer qué has hecho de nosotros

La gaviota de la constelación del espejo visita al espejo de la
constelación de la gaviota
hada de pies desnudos
el mar salió a buscarte y te hizo tierra
el fuego te hizo su fénix misteriosa
la nube te concedió el atributo de su espacio el castillo te
hizo su ventana predilecta
la selva te dio su idea el caracol marino su rumor
como el mercurio mágico tu cuerpo se derramaba en son de
aurora

La lámpara de mercurio diariamente descendía a un lago de
mercurio
seguía como una flor carnívora la carrera del sol
hablaba de las cenizas del alba cristalizada por un pájaro ella
fermentaba el amor el ojo de su espectro de mercurio
el mismo mar no sabría hablar de sus gaviotas con un menor
número de plumas
la misma nieve no sabría describir París con un menor
número de ventanas en fuego
yo no sabría recordar tus pies desnudos con un menor
número de huellas en la playa
en contra del cielo tú eras el paraíso
y en contra del oficio de tinieblas
tu oficio era de luces

La luz del amor pesa tanto como la sombra de la realidad
proyectada en el sueño
y ella sabía dormir como los gnomos extrayendo el oro
subterráneo
y sabía nadar en ese mar como el pedernal sabe extraer sus
chispas
y sabía llevar en su beso esa palabra poesía para la cual las
otras palabras son sus labios

Como un espejo que echara raíces en el cielo
el pájaro de púrpura menos denso que el aire
se posaba en el espejo más denso que la selva
hadas en son de aurora
brotaron en el sueño más denso que la vida

Todo el océano
el océano marsupial cuyo privilegio está inscrito en las
huellas que los pies de esta joven dejaron en la arena
hace tan poco de su cabellera de sus senos perennes del
carruaje que transportaba a gritos el vidrio de su cuerpo
en vista de la luz que hacía inclinar la balanza a su favor
tan sólo al dar las buenas noches al viajero
al informarnos del pájaro quetzal que constituye la corteza
del fuego
al dejar escapar el secreto de las rosas que han vivido
en sí toda la experiencia de la juventud
todo el océano será para nosotros exclamamos

Nada se había dicho
nada que no lo supiera la lámpara tornasol y a la
cual recurríamos
para saber lo que el amor diría a nuestros cuerpos lo que la
vida daría a nuestros besos
lo que la aurora nos mostraría al perecer lo que el océano en
bien de la mirada nos permitiría descubrir lo que el bosque

tendría de encantado

lo que la lámpara de amor a semejanza tuya mostraría
a la semejanza del amor

Tu cuerpo orientado hacia la constelación de la gaviota
por el campo de fuego que surcaba duplicaba la vida
tu cuerpo hacía doble el mundo al anexarle algunas olas de
tu frente

hacía doble la estrella doble al soplar las brasas del porvenir
radiante

hacía doble el bosque doble la primavera bifronte el placer
bifronte la mirada

como la luz solar tu cuerpo brotaba del espejo
como el agua termal tu cuerpo brotaba de la tierra
tu cuerpo tomaba las plumas de la fénix y emprendía el
vuelo hacia todas las fogatas

Cada vidrio de la ventana lleva en sí la memoria de la piedra
que un día lo hizo añicos

la capital la memoria del río junto al cual se detuvo a beber
la nube la memoria del traje desgarrado y su terror de oír
tocar las doce de la noche

cada mujer la muchedumbre de mi amor
como una cabellera

El espejo lleva en sí la memoria de nuestra imagen conferida
él verificó la caída en el sueño

él nos mostró la cicatriz imborrable de la juventud
yo extendiendo en la tiniebla mi mano a la cual la piedad dio el
nombre y encuentro un muro de terror al cual el amor dio una
puerta de salida

espejo con tórax de vida caudalosa
por ti se escurre la noche
como una cabellera

Tu cuerpo es mi alma
en cuerpo y alma
tu cuerpo de alfombra mágica con el amatista de la noche
vuela hacia Wonderland

Lámpara piedra de toque del deseo gaviota oftálmica que a
mi océano reconoces

cuando él borra la memoria de la playa cuando se borran los
tatuajes de un lobo de colores

cuando océano me examinas expuesto a la sed de ese recién
que soy

mar en el mar y frente en el delirio

cuando los círculos mágicos se retuercen

como en una catástrofe ferroviaria

ven lámpara y escucha

aquí a la mujer que en un iceberg se desliza por las calles de
una ciudad cuyos astrólogos habían anunciado su venida

a la mujer que distribuye con equidad los espejos de lujo a
los seres del amor en la extraña noche de los gritos en harapo

el espectro solar se arroja sobre el espectro lunar en una
“prueba” que consiste en atravesar sin morir la luz
supersticiosa

el sueño le hace creer la noche le hace sentirse en una patria
única

la selva le da su color enardecido cuando sus hojas llenas de
lágrimas revolotean

al mismo tiempo que ella para indicar el día

hace volar sus senos como el azúcar granulada

El grito del amor pesa tanto como el grito del azufre que
anuncia la combinación feliz de delirio y pureza

tus cabellos son los bienes públicos de la noche son las raíces
de la memoria la fecha de oro del día del encuentro

noche concédeme tu noche así como ella te concedió su día

en cuerpo y alma este consorcio de amor le dará al mundo
su razón de existir

amor tú pesas tanto como el error que desalojas

Para el espejo había susurrado ella para el amor
ella quería para el amor la consistencia del espejo sobre el
cual se apoya la realidad con toda su violencia

sin destruirlo

toda la fuerza del azogue repetida contra un mundo en
harapos

en ese mundo el amor tiene el sentido de la noche para
encontrar su día

y tu cuerpo se inscribe en ese mundo como un monograma
de amor indestructible

en ese monograma cada pareja reconocerá su signo

Todo el océano reconocerá en el cegador semblante de la
pureza

un aire familiar su signo verdadero

semblante fascinado al cual un mundo fascinado califica

Todo se había dicho

todo lo que el amor contendrá de palabras en el diccionario

todo lo que la vida romperá en la mordaza

todo lo que la aurora resumirá en el halcón de su cerebro

todo lo que la noche llevará a su guarida de loba centenaria

todo lo que el océano entregará en la perla de su ostra todo

lo que el bosque repetirá en la caoba del ropero

todo lo que la lámpara disfrutará en la noche del condenado
a muerte

toda la flecha a la escala de la luz

Amada con un alrededor de espejos intocables

tú multiplicas de soles el mediodía y por ti tierra y mar
cambian recíprocamente su pureza

tú haces la vía láctea a la escala de tus senos
y rayas el cielo con la uña febril de tu mirada
enumeras las noches de acuerdo a los sentidos
dejas flotar el espectro de Brocken sin ninguna cautela y casi
por seguirlo

desencajado espectro que el fuego lo hace suyo
a voluntad del amor
gira esa ráfaga de luz de ciervo volante en tus manos de cielo
esa flor de mercurio mágico que se propaga en éxtasis
su tiempo metalúrgico canjeable por ideas
su vértigo su corona su alfombra de dormido
amor amor
tú eres mi libertad

Cada gota de agua lleva en sí su desierto
cada mujer en sí mi amor todo mi amor
imagen innombrable aun desprendida de tu espejo virtual
respondes al placer

en la concatenación de espejos que viven unos de otros
y de ellos emana la luz afrodisíaca del amor
que ríe al hendir la multitud y al anunciar de viva voz su luz
como noche el amor atraviesa un río de seres por decirlo así
y trepa como un helecho de aves por mi persona
siempre que tú (mi amada) seas mi propio pensamiento mi
propia cima mi propio ventisquero
mi propia pureza la cascada el desierto

Espejo escribe en tu papel y muéstralo a la vida escribe el
nombre mágico que conciliará amor y vida de una vez para
siempre
nombre mágico para guiar mi realidad que soy a la videncia
donde una mujer prolonga todo mundo

La gaviota de la constelación del espejo su ala de imán libre
concentra el norte en la mirada de tus ojos

y ellos cantan a torrentes
tus ojos donde un millar de antorchas combaten entre sí
cantan la tierra cetrera del placer la tierra respirante
tus ojos en los cuales una idea de luz atrae a una idea de
lámpara
tu cuerpo nictálope en la noche del amor

Ventana bella como el descubrimiento de América
y la invención del microscopio
las naranjas de oro paladean el misterio del jardín
del jardín no más grande que la palma de tus ojos
donde trazó el destino del amor su línea de tiza lúcida
las naranjas de oro que alucinan al dormido

La lámpara que ofreces en gajos a la noche
ríe con tus mismas palabras su pulmón de luz respira a la
medida de mi sombra
ella conoce su fuerza
su debilidad
y por lo tanto puede dar a los mares la libertad toda la
libertad
puede hablar del amor con sus mismas palabras
y si ella conoce su fuerza y su debilidad
es por su belleza

El amor imponderable pesa tanto como el azogue
imponderable que desaloja
esa balanza ha roto la convención de pesas y medidas del
error
sobre un fondo de algas ha puesto el primer cristal de una
isla de cristal
su sueño es un rumor como si se entrechocara de copas en
su frente
el amor es el cristal
de un festín maravilloso

El espejo vampiro va a posarse en el sueño
el pensamiento va a recorrer las calles

Va a recorrer el océano cuajado todo de pastoras dormidas
el océano de la noche de sus proyectos misteriosa
donde una lámpara apaga las lámparas de aullido
una lámpara que se nombra en voz baja a causa de la luz
la muchedumbre de lámparas arde
como una persona que hace brotar personas a destello
estas lámparas van de dos por el océano de sus proyectos
misteriosos

igual a una persona formada por mil seres
unidos por una membrana de luz
en la encantación de un gran castillo subterráneo
y esta persona transita por los docks donde se apilan platos
de comida
y un vaho de placer hace cristalizar los rostros de las mujeres
a quienes un mar fascina
contra una realidad que hace del océano su piedra de toque
su ancla degollada

Todo se había dicho
el amor buscaba en el delirio su razón de girar
la vida aérea por un exceso de colores su espectro de cristal
se mimetizaba en la isla de cristal
y la noche escuchaba vivir un corazón de nieve un corazón
vidente en libre tránsito
y es obvio añadir que ese corazón formaba la aurora desuni
da ya de todo sol
cuando el bosque refleja su armadura en otros bosques
invisibles y cuando por su color sabemos el color de la lámpara
su opinión su fragor
de esa lámpara que es uña y carne con la noche

Amada mi viajera

el espectro de Brocken habla en latidos como el molino con
dignidad de cielo

las lámparas resurgen
para dar paso a larvas de luz fermentadas en vísceras de
hadas

sin morir cuando están a tiro de fusil de la piedad
de la piedad que va del océano del día al océano de la noche
para tornarlo azul

Cada gota de agua lleva en sí el germen de una mirada clara
de mujer que estalla en primavera

todo desierto será fértil la soledad el fuego
la noche saldrá al día sin temor a su luz
y el día entrará en la noche por todas sus estrellas
el todo de tu ser das a la nada mía
el mar te rodea

dejas la nieve de sus papeles rotos con tu boca de beso
desciendes la eternidad a besos remontas el sueño con la
academia de la ondina

grandes galaxias peinan tus cabellos
y ella mira estrictamente como espejo
y su alma hace sonar sus élitros de placer
su mirada tornó mi sueño lúcido
y en mi amor subsiste como el cingulo al libro
el amor mira al mar
este es mi lecho dice
esta es mi tribuna

El espejo salía a esperar a sus viajeros
ellos canjearon sus imágenes por la sombra de otra
el espejo sus olas minuciosas
entrega de nosotros a la vida esa parte de alta y baja marea
simultánea

con gran poder atravesamos su pecho ustorio más exigente

que la noche ciclónica
y salimos a lo que ambiguamente llaman vida
atraídos por el resplandor de un puente que dice pasa desde
las dos orillas
mientras a nuestra espalda el espejo borra minuciosamente
sus imágenes
y nosotros inermes no encontramos la entrada
nosotros que encontramos la salida

La gaviota recordaba el océano que era su alimento
con aspecto de cero de la historia salía de la horca en pro de
la justicia
y entrechocaba los astros de su alcuña con un temblor de
nieve que vive a la intemperie para ser perfecta
tú descendías
en hada descendiste y en mujer te posaste en mi miseria

Tu cuerpo es mi alma
la gaya ciencia
siempre

Siempre

Una vez más la última adiós mi lámpara te petrificas te
desprendes de este discurso que para ti fue dicho
que te iluminó cuando tú lo iluminaste
vas a decir por mí las palabras que escribí bajo tu luz
el mensaje del amor el gran poder
luz pétrea astro de amor dura lo más que puedas
estrella mía hazte palabra en una vía láctea de silencio
estrella mía adiós

El amor pesa tanto como la poesía que desaloja

Una vez más la última adiós mi espejo ustorio

espejo que siempre reflejas la juventud que das al amor tu
azogue a manos llenas

guarda de mí el recuerdo de mi imagen
para que alguien sepa después que yo he vivido

Todo el océano será para nosotros concluímos
todo el océano va a coronarte reina
todo el océano dejará escapar a voces el secreto
mujeres y hombres vendrán a escuchar su voz desde la
noche propagarán su grito

y acaso palabras mías se escuchen entre tantas
amor piedad dichas como evidencia

libertad y piedad amor y poesía

Todo está dicho ya

dicho como jugando y para siempre

que un ser lo sepa

yo una vez dije libertad y piedad amor y poesía

y para siempre

Yo dije amor y tú naciste amada

como la flor magnética en el jardín magnético como el río
maravilloso en la campiña maravillosa

como el cuerpo quemante en el espejo ustorio

como la alegría en los ojos de los niños

Cada gota de agua lleva en sí su desierto

cada memoria humana la memoria del amor

Acógenos espejo

tienes el deber de verificar nuestra imagen reunida

de hacer que la mano de terror que extendiendo en la tiniebla
encuentre un muro de piedad para decir mi nombre

haz que el amor tenga la consistencia del espejo

sobre el cual se apoya la realidad con toda su violencia

sin destruirlo

Todas las constelaciones volarán en gaviota

Tu cuerpo es mi alma en cuerpo y alma para siempre
amor amor tú eres mi libertad
todo el océano será el alma de nosotros

Va a cerrarse el discurso
pero resurge lámpara
y por mucho que el texto de la luz te haya enloquecido
muéstrate al alba hazte el cristal de su deseo
fermenta el amor el ojo de su espejo
habla por mí
estrella mía hazte palabra en una vía láctea de silencio
haz vivir el amor

de **POEMAS***

(1959)

EL PUENTE

Ese puente que hemos dejado atrás
Todavía quiere detener al río
Todavía se cree herido en un costado
Y una alondra se posó en él por un momento

Poderes de la sangre son poderes del alba
Puñal tú fuiste herida fuiste cicatriz
Fuiste herida antes de ser puñal
Y fuiste amor antes de ser herida

Por ti el tiempo ha suspendido su discurso
Amor y el tiempo se ha cicatrizado
Dadme un puente y un río
Una pastora y unos cuantos álamos
Y el resto será mío

*Este libro obtuvo el Premio de la Municipalidad de Santiago en 1960.

NUEVOS PORMENORES

a René Magritte

Y esto iba a seguir como en un sueño
Como si el sueño mismo se redujera a pájaro
Bien miradas las cosas ninguno de los dos interlocutores
podía tener una idea exacta de la vida
Todo pasó como un celaje largo
Los días y las noches pasaron estrepitosamente
Y el sueño reducido a pájaro se redujo a selva
Mientras los dos interlocutores se reducían a hombre y mujer
como todos los días y las noches.

LA VIDA

La vida se apresta al viaje
Y el cielo frunce el entrecejo
Una mujer y un hombre unidos
Como un diccionario bilingüe

EL FAMOSO LABERINTO

Y por fin por fin después de tantas páginas en blanco
apareces tú mi bella jardinera
Bella como una rosa que resuelve de una vez por todas todo
el laberinto
El laberinto desciende por una escalera de caracol al encuentro
de las bañistas
Y ellas retornan a la playa con el aire de venir desde otro
mundo
El cual les ha enseñado todos los secretos de éste

Un cielo a lo Miró deja intacto sus colores para la
noche próxima

Después de haber preparado el carruaje las flores retornan a la boca del lobo

A causa de la ambigüedad del jarrón

A causa del dragón ellas retornan a la nieve que cubre la avenida

Agrupándose en ramos que jóvenes deshollinadores ofrecen a los escasos transeúntes

Flores de la piedad la noche se apresta a gritar como el azufre

Cuando la tempestad se inspira en el espejo

Teje con ese espejo un traje de sirena

Todas las sirenas a merced de ese espejo vuelven al punto sus miradas

Sobre ese roquerío donde expira la tarde

Ellas se dejan mecer con la ciencia abrupta de los truhanes en la mesa de billar

Sin entender una palabra de la vida

Ven la hilera de árboles pintados hasta la mitad con pintura blanca para que no suban las hormigas

De un dique a otro

Y los vestidos de estas jóvenes se filtran en el amor

Y cuando quisimos participar nuestros recuerdos

Desgraciadamente ya era demasiado tarde

Para disfrutar de los últimos fuegos de la costa

Nosotros nos empeñamos en creer en un sol absurdo

Las golondrinas más livianas que su sombra

Se empeñaron en requerir del oro un cielo para siempre

Con una prisa de viento lanzándose sobre el sombrero más indefenso que un gorrión

Y dejando sólo tres o cuatro enigmas a disposición del día

Machacando un extremo del lápiz con los dientes

Para aquilatar el valor de las respuestas

Mientras contemplamos aquellas nubes de madera
Que de lejos nos parecían bosques de bruma
La puerta vidriera se había roto con estrépito
Mujeres extasiadas mirando un insectario
Oh tú la que tuviste la razón
Vuelve a subir por ese camino abrupto
Que conduce a la casa llamada melancolía por
Charles d'Orleans

Vuelve por última vez tu cabeza para guardar para siempre el
recuerdo de ese río
Al que tú no volverás a ver nunca más

Por un instante vimos a la bella jardinera diciendo amor en
el más puro sentido de la noche

Las futuras entrevistas iban a verificarse sólo una vez que ella
abriese la ventana

Y arrojase un ramo de claveles al estanque
Inútil es agregar que ese estanque estaba totalmente
escarchado

Dejando tan sólo una ranura
Justo en el sitio donde puede suponerse que naturalmente
estaba el corazón

Con sus faltriqueras llenas de oro
El árbol se columpia voluptuosamente
Sin que la colina haya dejado de tener razón
Evaporando sus pájaros que de nada se han dado cuenta
Y proceden como todos los días
Amando despertando soñando y comiendo

Nos dimos la razón con dos palabras
Y amor mío fue durante un tiempo lo que más sabíamos decir
Tumbados de costado
Los sueños se nutrían de candor de nieve del infierno

Estas nubes de madera arden siguiendo el orden de la lluvia
Ellas aguardaron el alba a causa de la escarcha sobre el puente
Con gran estupor de los carpinteros que regresaban
del trabajo

Ellas atisban la pasada de los beduinos
Y leen a Charles d'Orleans y a Marie de France
Mientras esperan que los carpinteros terminen la levantada de
las horcas

Otras noches la noche mostraba sus pensamientos al
desnudo
Y el horizonte cerraba a prisa su carta cuyas palabras eran más
livianas que la tinta
Apretando los dientes
Hundiéndose dichoso en ese baño hirviente
Soltando sus amarras
Acumulando sus recuerdos
Exactamente como se procede antes de amar

Las olas atisbaban a las aves de números dorados
Y la escala que adosamos al muro se había convertido en
nuestra propia memoria

Para hacernos sobrevivir nada mejor que esta estrella o que
esta otra

Nada mejor que este mar o que este laberinto
Nada mejor que este cielo negro o que este cielo azul
Nada mejor que esta mujer eterna o que esta noche breve
¡Ea encended todas las lámparas! tal como yo exclamaba
hacia 1934

Sin suspender por un instante la narración del relámpago
Con ese gesto clásico del peregrino que se despide de
su familia

Agrupada en el umbral de la casa

Y echándose al hombro su saco de viajero y mirando hacia
atrás con los ojos llenos de lágrimas

Tal como en esos grabados perentorios que nos ofuscaron en
la infancia

Hasta que llegó ese relámpago a complicarlo todo

Con la ayuda de ciertas gaviotas y bajo el control de ciertas
nubes

Ciertos fuegos buscan ciertas formas

Para adentrarse en el corazón de ciertas muchachas

Echando chispas

Todo el sol no era para nuestros labios más allá de una cereza

Por lo tanto los bosques espadachines habían sepultado las
guadañas

En honor de la hija de Saint Pol Roux cuyo nombre es Divina

Y aunque de esto no haya pasado mucho tiempo una leyenda
feroz ha enriquecido al mar

Un mar de cal y canto

Sin ninguna salida

SUITE* (1)

Viento a toda prisa

Bate el record de los molinos

Viento da el azul al azul

El cielo caoba a la caoba de la mesa

Puerta que a un lado eres espejo al otro realidad

Y que muestras un rostro de piedad como un botón que se
aferra por sus últimos hilos a la chaqueta

Cuando el cazador helvético acaba de entregar sus últimas
propiedades al gobierno

No muchas para levantar el presupuesto

Apenas unas quince hectáreas y una casa en la cual habita una
pareja de holandeses vehementes

*Este poema y el resto del mismo nombre pertenecen al libro *Poemas* (1959), aparecen cinco poemas con el mismo título y se encuentran intercalados con el resto. Braulio Arenas en su antología *En el mejor de los mundos*, los cinco poemas titulados "Suite" conforman un solo poema con el mismo nombre, el cual está dedicado a Vicente Huidobro.

Él un tallador de diamantes que ha enloquecido
Y la holandesa una joven muy bella al decir de los pocos
afortunados que le han visto
Por el intersticio de la puerta
Puerta que a un lado eres espejo al otro realidad
Del lado adentro eres todo amor para el joven delirante que
se destroza la chaqueta y se arranca los botones
Y el botón a punto de caer hace una mueca divertida
Viento ven y pasa tu azul por el rostro de esta sirena báñala
de piedad
Báñala de piedad

SUITE (2)

La repetición un arco de cejas
Un binomio de tigres
Todo está en blanco menos irregular
A partir del amor el día de mañana

Los pájaros huyen de su mar
Y el gato sale de su gaticano
Observa a su semejante a su arrecife
Mientras él resiste la infernal temperatura

Ahí desemboca la luz
La luz sube locamente los peldaños de la sabiduría
Baja gravemente los peldaños del sueño
Ella desemboca triturada
Interrogante con nombres alucinantes
Para dar el pan a las olas de sus gorriones

SUITE (3)

Viento que noche a noche su desierto

A quemarropa del consorcio de nardos afirmativos
Viento que no es mejor ni peor que el árbol que sacude
Simula fuertes dolores de cabeza en los días de tempestad
Y no quiere ganarse la vida ni aun a costa de la luz
Prefiere los juegos de salón y el diálogo de los senos
El monólogo de cada uña y apunta en su libreta
Las fórmulas que establecen el oro del manicomio
Y alguien por viento hace bailar las copas
Al sacudir el mantel por el oro del monograma.

SUITE (4)

Alrededor de un jeroglífico diseñado por Julio Verne
Los dientes lo masticaban como una fruta deliciosa
Y los senos tenían la palabra
La palabra del alba mirada lejos de la alcancía

Y el arcancielo barre toda la noche
Con su cola de baja marea
Océano frío y océano ardiente en sendos brazos
Guijarro torpe lengua de la luna
En un vacío de flor para gritar abejas
Los senos levantar el leitmotiv
Pero cual leitmotiv estaba alrededor

Nosotros dos y el cielo
El cielo en sendos brazos

SUITE (5)

En la primavera donde un loco no sólo ponía la fecha a las
cartas de su cerebro
Sino además adoraba los dedales de oro de la tempestad
Los árboles intervenían en una partida de caza entre salvajes

Como dos jugadores de billar tallados en piedra de ónix
Y con un pequeño sombrero helvético en la relación del buen
estado del gran simpático

Que el día lunes es maniático para comer lo que tenía en la
despensa para el resto de la semana

Es casi perfecto y del 2 de marzo y del 17 de noviembre su
cerebro no sale

Fecha sus cartas y sólo se propone actos de bondad

Actos que ya nada tienen que ver con el tic de la primavera

poemas de

LA CASA FANTASMA

(1962)

EN EL AMOR

Maestro en sueños, más en despertares,
viví soñando, esto es decir: amé;
sobre la noche eterna estuve en pie
dándole al breve día mis cantares.

Del uno, el día, yo bogueé sus mares;
de la noche, sus mares yo bogueé,
y de tantos naufragios naufragué
en la ribera amante, sin pesares.

Amor, ribera mía, predilecta,
resumen de ambos mares, analecta
voz de sirena en onda repetida.

Voz de la noche, voz del día, junta,
un todo soy por vos, hoy que despunta
la mañana más clara de mi vida.

SAN JUAN DE LA CRUZ

Pájaro sin color determinado
de tanto unirme al cielo a toda hora,
baja hasta el mundo tu fascinadora
canción, y canta en todo fascinado.

Opera con la gracia y el pecado,
con la sombra del mundo en esta hora,
opera con el alma encantadora
y con el cuerpo del mortal anclado.

Es la hora ésta, pues, que ya levante
el alma la canción como su vuelo,
rumbo al oriente de su paraíso.

Ayúdala, por fin, que no la espante
dejar esta miseria de su suelo,
¡oh San Juan de la Cruz, uno y diviso!

DESPEDIDA A PÉRET

Yo viajaba hacia al Sur, cuando la muerte
de Benjamín Péret vino llamada:
cuatro líneas absurdas de un periódico
(y una niña que comía pasas).

Cuatro líneas absurdas, y el paisaje,
todo de oro y de luz, de verde y grana,
se convirtió de pronto en torbellino
feroz, y era yo el centro de la nada.

Era yo el centro, y sobre el mismo centro
estaba detenido como un ancla,
ancla inservible porque se movía
con la misma violencia de las aguas.

Yo nada detenía. Mi torpeza
de saber muerto a Benjamín me ataba:
la juventud se fue, pobre ancla rota,
se fue el barco del muerto por el agua.

Murió este amigo, yo me repetía,
y las ruedas del tren me confirmaban
su muerte, y mientras yo me repetía
su muerte, el tren del Sur, veloz lloraba.

Se fue este barco libre, el más lujoso,
el más joven que océanos surcara,
su estela de palabras no la borre
ni el olvido, o la noche huracanada.

(Al ver que yo sufría, la niña
del tren del Sur, que a Concepción viajaba,
me ofreció sonriente su cariño,
su vida, su tesoro de las pasas.

Y ambos comimos juntos, como niños,
y al contarle porqué cayeron lágrimas
de mis ojos, convine en relatarle
la pérdida de un libro que yo amaba.

Ella, docta y gentil, buena y prudente,
aunque no más de siete de años contaba,
me dijo que los libros no se pierden,
que se ocultan no más, como por chanza.

Que un día volverá, si no es que ha vuelto,
así es que no te aflijas. La mirada
tan pura y honda de la buena niña
hizo que a mí tornaran cuerpo y alma).

Se fue la juventud, se fue este barco,
yo no sé en qué arrecife naufragara,
se fue Péret llevando en su silencio
todo un cortejo de oro de palabras.

(Y ella propuso que buscara el libro,
buscamos por doquier: en la ordenada
maleta, y en los últimos rincones,
y sin poder hallar nada de nada.

Ella se fue de pronto hacia sus padres,
y trájome en su mano alborozada
un infolio infantil, de cantos rotos,
pero de gran ternura entre sus páginas.

Oh mundo del ensueño, tu lectura
volvió a darme el perfume de la infancia,
torne a sentir el fuerte imperativo
de los ojos magnéticos del hada).

Ah Péret, tú de Nantes, tú de México,
tú de París, tú del Brasil, del alba,
tú del amor, del grito, de la noche,
tú fuiste, en fin, del mundo la mirada.

Yo viajaba hacia el Sur, cuando la muerte
de Benjamín Péret vino callada,
yo lloraba hacia adentro (y sonreía
a una niñita que comía pasas.

Pronto esta docta compañera mía,
pronto me olvidará, nunca en su casa
volverá a recordarme, sin saber
que un día consiguió secar mis lágrimas).

Y este, Péret, es el término del viaje,
allá la juventud quedó tronchada,
pronto el silencio oxidará la luz,
pronto la luz se quebrará, gastada.

Pero un instante más, un solo instante:
deja que escuche en esta acompasada
canción trivial del tren que al Sur me lleva,
en postrer despedida, una llamada.

El tren lleva tu nombre en cada rueda,
el Sur se abre en luciérnaga encantada,
y de ese fuego de paisajes brota,
siempre joven y nueva, tu palabra.

LA CASA FANTASMA

Casa para vivir,
casa que el hombre busca
desde que el mundo es mundo,
desde que el hombre es hombre,
desde que el techo es cielo.

¿Es la casa este techo,
es esta viga
que sale afuera como un hueso puro,
es la ventana
para aguardar el tiempo de su vidrio?

¿Es la casa esta noche,
es el ave que trina la trinidad del vidrio,
es el jardín de la caverna loca,
es la huella del niño
que siembra la aventura a cada paso?

Desde que el mundo es canto: la aventura,
desde que el hombre es viaje: la morada,
desde que solo estoy: la compañía;
puesto que el hombre está, como transido,
siempre entre la intemperie y la muralla.

La casa está en la tierra,
está como la fruta
esperando que el sol nutra su cáscara,
nutra su techo y lo perfume
con toda la experiencia del espacio.

La casa está en el mar,
llena de espumas,
la casa choca y se transforma en blanca
lección de cortesía:
ella que fue arrecife.

La casa está en el cielo,
arraigada en la nube y en el orden
del loco génesis de las escalas:
como un valparaíso* en miniatura
ella dice el adiós, la bienvenida.

La casa sí, la casa está naciendo,
misteriosa ella va, de oscura noche
vestida, rumbo al día que la aclama,
ella es pura, y por tanto va al cimiento,
queriendo ser la casa, no el fantasma.

Ella, la casa, es pura,
y por tanto se orienta a las paredes,
se orienta al coro juvenil del vidrio,
se orienta al subterráneo,
a la techumbre.

*Aparece así, en minúscula en la primera edición.

Ella está al exterior, como nosotros,
y busca su razón, como nosotros,
es su propio fantasma
y quiere ser la casa, en la medida
que nosotros queremos habitarla.

Ella, la casa, es pura
y quiere ver la criatura humana,
quiere latir su corazón al ritmo
del corazón del niño, y busca, busca
corazones que quieran habitarla.

La casa está en su casa,
casa, casa,
¡cuántas casas ausentes para el hombre,
cuánta miseria atroz, cuánta intemperie,
cuánta casa fantasma!

No comprende la casa su silencio,
su vacío de barco abandonado,
no comprende esta paz de cementerio,
¿dónde está mi habitante, se pregunta,
dónde el niño sin techo del que hablaban?

La casa yace, yace sin remedio,
fantasma de sí misma, yace, yace,
la casa pasa por sus vidrios rotos,
penetra al comedor que está hecho trizas,
anida en las paredes desplomadas.

Penetra al dormitorio y se detiene,
¿quién duerme aquí?, pregunta,
nadie, nadie,
ni un dedal en la pieza de costura,
ni un plato en la cocina abandonada.

¿Y dónde están los hombres?,
no han venido,
no han llegado más bien,
pero a lo lejos: llegaremos, se oye,
llegaremos un día hasta la casa.

Llegaremos un día,
y tanta ruina
de la fantasma casa
será esplendor, puesto que el hombre entonces
vendrá a morarla.

poema de

ANCUD, CASTRO Y ACHAO

(1963)

ANCUD

Copio del natural este paisaje,
esta mañana sobre Ancud abierta,
copio la nube sobre el mar besando
raudas sirenas.

Copio viejas palabras mantenidas
como un tesoro de española lengua,
viejas palabras cada vez más jóvenes
en voz isleña.

Copio un barco de sueños en la mente
del prometido cielo de leyenda:
es el Caleuche con su vuelo de ángel,
con blancas velas.

Copio un risueño porvenir de bosques.
un estímulo de aves mensajeras,
unas piedras ardiendo, y un curanto
de viva ciencia.

Copio el erizo sobre el mar pegado
como un resumen de cien mil estrellas,
copio la murta con su maravilla,
copio la selva.

Copio tus calles de viviente historia,
copio tu fuerte donde se batiera
el bravo Freire contra Quintanilla:
paz en la tierra.

Copio mansiones de silentes nubes.
el bullicio febril de la tormenta,
la enloquecida ola que se escapa
cual prisionera.

Copio la quilla envuelta por la bruma
llevando en pos de sí la vida intrépida,
llevando al barco por la cruel derrota
de la quimera.

Copio el pasado, copio tu presente,
copio la osada copio aventurera
de tu futuro, que es la misma copia
de antigua gesta.

No me olvido que a ti llegara un día
con la española gente, a tu ribera,
un intrépido ser de carne y hueso
y de poeta.

Don Alonso llegó, miró tu inmenso
panorama de cielos y de selvas,
Ercilla te cantó: bastó con eso
para tu herencia.

Copio, a la usanza suya, con mis ojos
la poesía de sutil manera
que se expande de ti, mi Ancud divino,
copio la estrella.

Copio tus mares de esmeralda vida,
copio tus casas de gentil madera,
tus casas donde acaso el mismo cielo
feliz viviera.

Copio la unión del fuego con el agua,
copio las ostras con la mar entera,
todo lo copio, en fin, todo lo veo,
todo belleza.

Todo, todo, mi Ancud: mi descuidado
corazón sobre ti feliz latiera,
quiero dejar mi corazón en tu agua,
sobre tu tierra.

PEQUEÑA MEDITACIÓN AL ATARDECER EN UN CEMENTERIO JUNTO AL MAR (1966)

El sol paga en sí mismo
(¿paga en sí mismo, dices?,
¿quién paga?, no te escucho,
¿el sol dices que muere?)
la culpa de su tarde.

Se sorprende al saber el veredicto.
Imagen de sí mismo, se sorprende
fénix en ese lago de su sangre,
en ese fuego que es su vida y muerte.

¡Cómo!, se dice,
¿es éste ya el final?

Y entonces paga.
Paga con carne y hueso.
Paga con fiesta y hambre.
Paga con noche y día.
Paga con alma.

Y él, que es la misma luz,
se reconoce culpable de la noche.

Sin embargo, al final, en el ocaso,
al otro lado de su muerte roja,
tiende su mano herida y acaricia
con última piedad al cielo inmóvil.

Paga su ocaso, su áurea cabellera.
(¿Recuerdas que era el mar?,
¿que a solas contemplábamos
la caída del sol en un horno de sombras?)
Paga de prisa
su frívolo ademán de trigo eterno,
su odio a la nieve blanca.

Paga su huella de salud. El arco
iris lo paga con su sombra ahora.
Un arco iris pleno, tenso,
con todos los colores hasta el blanco y el negro,
con toda la vigencia de la rosa.
(¿no heredamos
un poco del blancor de aquella muerte?)

Paga, gota por gota,
su deslizamiento en la cascada
como quien teje en una rueca un cuento.

Paga sin murmurar
su odio a la noche negra
(¿por qué, por qué tan negra,
tan obsidiana noche y desgarrada?)
Paga ya con amor
su odio por siempre negro.

Todo lo paga el sol.
No muere sin pagar.
(¿De qué color tu traje
aquel verano en que -no estoy seguro-
portabas una rosa de color amarillo
sobre tu hombro para cerrarlo al pecho?)

(¿De qué color, decimos,
no era el color petróleo?)
No muere sin pagar, sin desangrarse,
no muere sin vivir su última gota
de agua de mar salada,
sin extender el debe y el haber de la existencia.

Paga con sangre, dicen
(yo me espanto),
con sangre anochecida.

El paga con su muerte,
con centavos de luz
(¿quién llama?, ¿dónde estás?),
con nubes en que posa
su herida mano por un breve espacio.
(¿Dónde estás y quién llama
a la puerta con tan herida mano?)

Paga con las ovejas de una historia
que escuché casi en sueños, casi muerto,
casi niño en un casi paraíso.

Paga con las pastoras extasiadas,
con nubes que recuerdan
su tránsito de sangre y lo comentan
al mundo que está en sombras.

(¿Y después?)

Después nada.

(¿Por qué, por qué te has ido?)

Carece de memoria

porque es un sol sin párpados.

(¿Por qué, por qué no vuelves?)

Su memoria solar él la ha perdido.

La ha jugado a las cartas

con un tahir fantasma

segundos antes del amanecer.

(¡Ven, te ruego!)

Carece de memoria. La ha perdido

(¡Ven, te ruego!)

de tanto mantenerse

(¿no es temprano?)

en su igual mediodía.

Está como cegado por su propio recuerdo,

y aunque es sol anda a tientas,

apoyando sus manos en la sombra

(¿volverás algún día?)

para saber su luz.

Está como cegado por su propio recuerdo

(¿estás muerta en la noche?),

por luces que lisonjera que brota de su muerte

creando la ilusión de una vida posible.

Está como extasiado

por luces en su tiempo
(en el tiempo sin párpados
de aquella juventud ya tan lejana),
dilapidó en las calles
(¡oh ciega juventud tan luminosa!)
de una ciudad por siempre oscurecida.

Mira hacia atrás el sol.

(¡Ea, ea,
de cuando en cuando hay que mirar atrás
y esparcir sobre el mundo
la sal de la mirada!)

Se contempla en el alba.
Se dice que ya es tarde,
que nunca fue temprano.

(¡Ea, ea,
de cuando en cuando somos
nosotros los tempranos!)
El se dice en luz baja
que los pájaros duermen en sus nidos.
El se dice, sin verlos,
que duermen para siempre,
que ya sólo son canto.

Que ya no hay bardas
para posar en ellas la esperanza
de un moribundo rayo.

Que todos los viajeros han partido,
que el mundo entero, en fin,
se ha transformado en sombras
(¿recibiste la carta?),

en sombras que resuelven
el atroz teorema de la luz.

Vamos ahora al mar.

El mar está aquí mismo.

Disociado.

Está presente. Esquivo. Un tanto de soslayo.

Ansioso en sus preguntas,
con sordinas respuestas.

Un tanto mar no bien no mal volcamos
un puñado de sal para nombrarlo.

Es este mar vencido
el mismo triunfador que vimos griego.

Está dormido, insomne, abierto, alerta,
y manando afroditas por su frente
(¿volverás esta noche?),
de costado y aullando
para crear la trampa del naufragio.

Aquí estamos, inermes y dormidos,
despiertos, midiendo el tiempo esquivo,
memorialistas de la sal que escurre
su vida en el hocico de este océano.

Estamos (¿tú te acuerdas?,
mujer muerta, ¿te acuerdas?),
estamos, secretarios del océano,
relatando el color
(¿de qué color hablamos?
¿Se trata del color posado en una rosa
que cerraba un vestido de muchacha
en un verano de Valparaíso?)

Volvamos a decirlo:
por un lado el color
afuera de la forma,
como el rayo de luz
afuera de su faro.

Por un lado las olas en sordina,
no muchas - en verdad -
para llenar el piano
de alegres notas blancas.
Pero sí suficientes
para dar en negrura
el nombre de esa calle
que hace tanto perdimos,
el color de un vestido, el de una rosa,
el recuerdo inspirado de esa joven
que va corriendo ahora, en mis recuerdos,
por un bosque de prisa,
para llegar a tiempo hasta la aurora,
a punto de embarcarse,
para decirme: ¡adiós,
adiós por siempre,
adiós, porque es muy tarde!

No, no es muy tarde aún,

es apenas la infancia,
y creo que podríamos
(sí no me detuviera al afirmarlo
la visible presencia de la muerte
que en este dormitorio se ha incrustado)
decir que aún es temprano,
que es posible el amor,
la rosa en el vestido,
las olas en el mar,

y que hay sol en las bardas.

Aquí están las bañistas
(¿por fin, por fin, me escuchas?,
¿no estás en ese grupo nuevamente?,
di, ¿me escuchas?,
¿es cierto que has partido
dejando a tus espaldas un reguero
de hojas de calendario como puertas
por siempre infranqueables?)

Aquí están las bañistas,
vestidas de petróleo,
y sus cuerpos desnudos
(¿cómo olvidarte, dime?)
arden súbitamente
como el fósforo blanco.

Y más allá observamos viajeros
que suben a marmóreos trasatlánticos,
nunca para viajar
(¡no me abandones, nunca me abandones,
mujer, deja que zarpe
el cementerio entero con sus cruces,
y sus mármoles rotos, y sus flores
tan inermes, las pobres, como lágrimas!),
nunca para partir,
nunca para cruzar mares abiertos,
nunca para llegar,
sino para abarcar mejor el cielo
un cielo de zodiaco,
para observar la luna
que es el epígrafe de la poesía.

Y de tan derruido observatorio

podemos contemplar en la distancia
-calcinada en bruma-
una ciudad de casas increíbles,
hace ya tanto vivas y ahora desplomadas.

Se ven a la distancia, desde nuestro
marmóreo trasatlántico,
las casas increíbles,
las casas que perdimos (¿te recuerdas?)

(¡No me recuerdo ya! ¿Por qué te obstinas
en golpear esa puerta que no existe?
¿Por qué te obstinas
en reclutar las casas de la infancia?)

Las casas increíbles
gritando: ¡incendio, incendio!
(dime, te acuerdas?
Contéstame, por fin. Creo que nunca
volveré a interrogarte, pero, dime.
Dime, querida muerta,
(¿qué gritaron las casas?)

(Nada gritaron.
Por lo menos
no gritaron las casas de esa forma,
sino sus gritos eran:
¡amor, amor, amor, y buenas noches!)

Esas casas no existen (¿te recuerdas?)

(¡No me recuerdo de ellas!
¡Todo quiero olvidar!)
Mínimas, arrugadas, detenidas,
como ancianas tejiendo la paciencia,

se están las casas por días y semanas,
por meses y por siglos,
salidas hacia fuera, derrengadas,
esperando hasta tarde
el regreso del hijo
que desde tantos años
viaja en ese mármoleo transatlántico.
Así Logré yo verlas en mis sueños,
y también en los tuyos
(¿no es posible?)

El mar está presente,
no es ahora
la ciudad de las casas derruidas,
es la pradera
donde ejercen su rito las ovejas,
y al fondo, al fondo, la inmortal pastora.

El mar está presente.
(¿No lo has visto?
¿No los has creído al verlo?
¿No te dijo su nombre
cuando tú le mostraste
la sal que era su ser?)
Disociado. Aquí mismo. De soslayo.
De costado y aullando.
Derrotado,
el mismo triunfador que vimos griego.
Conteniendo
la llamada de auxilio de sus náufragos
y esparciendo sus gritos
como un eco de amor sobre la arena.

Nada más sabio entonces,
más equitativo,

nada más ejemplar,
(¿y por qué lloras?)
que el mar que distribuye
un puñado de amor por una parte,
y por otra, el naufragio.

Y es en este presente, en este océano,
en este mar de páginas en blanco
(¿las hojas?),
que se hace necesario
que el hombre anote cuidadosamente
en el debe y haber de su existencia
(con un pie en el estribo,
y en el tiempo que el sol se hunde en su muerte),
que el hombre - exclamo - anote
la suma del amor y del naufragio.

poemas de
**EN EL MEJOR
DE LOS MUNDOS**
(1969)

ANDRÓMEDA

Para Eduardo Anguita

¿A qué orden dada en voz baja por el mar te sometes?
Dime, quiero saberla,
para que la botella con la carta de auxilio
no ruede por ese mar que es mi enemigo.

Nunca creí en el mar sino con mis reservas,
con mis dudas.

Gracias a la leyenda, yo ignoraba la práctica,
y si creía en él lo poblaba de ciervos.

La inquietud me rodea, pero sin naufragarme.
La inquietud del ahogado que resguarda las islas.
Vivir. Su ojo de espacio. Su aislamiento de cofre.
Su voz debilitada por mucha agua en su contra.

Mejor, mar, obedéceme y muéstrame desnudo
tu semblante con olas luminosas
y no el turbio poder de tu crepúsculo.
Tengo hábitos sencillos. Conduzco alegrías.
No esta muerte lujosa de un género tan blanco.
Tu mano, mar, es bella por la espada sin guante
y por tu posición de gnomo amante de la lámpara.

Prisionero en mi lámpara, vivo rápidamente.
Y por fin el amor cumple sus profecías.
Cumple al darnos su única rosa disponible.

Si amamos locamente sabremos, además,
que existe un mar que vuelve sobre sus pasos
y que tiene un dulcísimo poder prohibido.

Yo ruedo por ese mar que es mi enemigo.

EL CRISTO POBRE

Oh Cristo pobre, quién podría
no decirse tu compañero:
tan pobrecito y lastimero,
tan pierna arriba en tu agonía.

Así, en la sombra, refulgía
de piedad tu cuerpo entero,

tan sangrante y verdadero
como el sol del mediodía.

Te vi, abismado, Cristo pobre,
Cristo del pobre sin un cobre,
pequeñito, confiado, bueno.

Así los hombres te dejaron,
de todo te despojaron,
Cristo tan pobre, tan chileno.

DETALLES

para André Breton

Ellos se convidaban para reír,
para hablar del pasado,
para conocer la vida en todos sus detalles,
y en efecto muchas veces lograban sonreír,
lograban sacar algunas palabras de sus labios,
resecos por la tierra, partidos por el sol,
y hasta era posible que sintieran piedad por ellos mismos,
todo esto de un modo suave,
con paseos lentos en torno de una plaza,
con intercambios de opinión, de rabia, de tabaco,
con una manía de tratarse de usted,
cuando no para detenerse en el bar de la esquina,
ese que fue demolido el año 37,
sólo un par de cervezas,
mientras una muchacha se obstinaba en leerles,
algunas pocas líneas en las líneas de sus manos,
todos reconcentrados en su idea,
con un perdón voy a tomar la juventud
como quien toma el último tranvía de la noche,

¿y para qué, señor?,
para conocer la muerte en todos sus detalles.

LA SILENCIOSA

Te hablo. No estás. La noche.
No quiero convencerme de la noche.
No estás. La noche. Te hablo.
Sólo la noche en torno.
En torno. Y un silencio.
Un silencio que dice que eres tú.
Te hablo. No me respondes.
La noche. Y un silencio.
Te hablo. Son las estrellas.
No estás. Te hablo. La noche.
Por mucho tiempo en torno.
No quiero convencerme. Y un silencio.
Te hablo. La noche en torno.
Las estrellas.
Y un silencio que dice que eres tú.
No quiero convencerme de tu muerte.
No quiero convencerme. Las estrellas.
Y tanto tiempo en torno.
Tanta noche.
Tanto sollozo para tanto tiempo.

poemas de

**UNA MANSIÓN ABSOLUTAMENTE ESPEJO
DEAMBULA INSOMNE POR UNA MANSIÓN
ABSOLUTAMENTE IMAGEN**

(1978)

I

Como el mediodía que destapa palomas enloquecidas,
yo vi a esa joven nacida de la conjunción de
tanta ala en delirio.

Miré hacia el cielo y vi que entonces era la
medianoche en punto,
mientras la luna corría por el cielo
como un cazador furtivo por un bosque furtivo.

XXIV

Una luz de amor
para que el fuego tome sus medidas.

XXIX

Han caído las ramas y los nidos.

Han caído los árboles, y sólo, sólo, sólo
una idea de selva
(una idea de sangre que un día no lejano hizo a gatas la vida)
se anexó a la visión de aquella selva virgen,
y salió a convivir familiarmente
con fantasmas curiosos que apenas se desplazan
del rincón más oscuro de un ajedrez solar.

XXXV

En la ocurrencia de su noche,
el mundo abre su día.

LXV

Tanto silencio para tanta palabra de amor.

Tantos relámpagos para tantas noches sombrías;

Tantos interrogantes para tantas mujeres lúcidas.

¡Una mañana más
para andar por la noche!

poemas de
VERSOS DIVERSOS
(1984)

LAS HERIDAS

Herido por diversas circunstancias:
herido por la tos, por el recuerdo,
herido por el bosque, por una espalda,
herido por un postre a la distancia,
un postre de la infancia, del que nunca
volvería a probar una migaja,
ni a recordar siquiera.

Herido por el viaje, y a deshora,
herido por el humo de los trenes,
¿recuerdan aquel humo tus pulmones?

¿Se hierde todavía tu memoria

con el túnel y el río de la infancia?
Tanta herida tenaz, tanta invisible
sangre sin restañar, tanto tormento:
por su niñez jamás cicatrizada,
el hombre herido se desangra, lento.

EL INSTANTE

Algo debe quedar
de aquel instante:
por mucho que las promesas
no se cumplan,
por mucho que yo deba
partir antes de tiempo,
por mucho que te obstines
en reunir de pronto
la vida con el viaje,
por mucho que persistas
en besarme en el sueño
(poniendo toda el alma,
toda la juventud,
toda la primavera
en ese beso):
algo debe quedar
de aquella eternidad,
mujer de un solo instante.

poemas de
MEMORÁNDUM MANDRÁGORA
(1985)

MAS O MENOS DE SÚBITO

para Raymond Roussel

Al final, al final
(buenos día, señora
((el viento abre la puerta
(((la muerte está escondida
(((el tiempo de llegar
(((de sonreír
((((la lluvia, el corredor))))))
y amar como se evoca,
como se sueña,
como se agita el agua))))))
de llegar hasta el tiempo,
evaporarlo))))
la vida puede, a veces, presentarse,
puede romper el vidrio,
puede romper el llanto,
en vidrio, en todo)))
cierra la puerta el viento
con cólera de perro))
buenas noches, señora)
hemos llegado hasta aquí y es el final,
y es el final final.

EL SILENCIO, EL SERRUCHO

El silencio, el serrucho, la mujer
retrocedía con una lámpara en la mano,
el silencio, el serrucho ya oxidado,
la lámpara se disolvía en su cuerpo,
como un pequeño perro de colores
en las costumbres de su amo.

Desde la mujer, desde la astronomía, desde
el serrucho y tal vez desde el silencio,
desde el amor con nombre y apellido
hasta la luna herbívora recorriendo la selva,
ella buscó su acuerdo con un día de verano,
con la noche de invierno,
porque su existencia depende del eco de la lámpara
que es lo único que nos queda del eco del amor.

ENRIQUE GÓMEZ-CORREA

Feroz ser opacado por puro gusto,
endemoniado, mientras se entregaba a registrar el jardín,
como otros se dedican a registrar roperos,
él mismo, por propio gusto, se incrustaba en la hoguera,
para lucir mejor su camisa de plomo.

Llamaba a la mandrágora para que se viera mejor el tiempo
yerto,

absorto se encontraba por un día de viento,
absorto se encontraba encima de la colina,
absorto mientras gritaban las bañistas a lo lejos,
absorto por las olas que inclinan la cabeza,
en señal que no pueden dar con la adivinanza,
absorto por la fiebre presurosa, por aquella que entrega su
lengua al gato de pacotilla.

JORGE CÁCERES

Despedida, túnica innombrable,
imagen despedazada en un mundo de bacantes,
huella de la mismísima nieve que hace trizas el cráneo:
se arrojaba Cáceres, desde una bandeja de aluminio,
contra el mismo azar.

El entraba en posesión de una memoria, de una persona,
él se igualaba a la mismísima fiebre al revisar
minuciosamente el calendario,
sin dejar un dolor puesto al rojo como un día domingo,
él se atravesaba la frente como un puente
y desde el pretil se inclinaba para ver el mismísimo
río perdurable,
este gran río que no tenía nombre, porque ¿para qué?

TEÓFILO CID

Bien conocido y hasta con detalles minuciosos,
mal conocido como último día del año, con la
frecuencia mágica,
con la frecuencia de los istmos felices,
encendiendo antorchas, poniendo telegramas,
bebiendo una cerveza,
para encontrar a las preciosas jóvenes desaparecidas.

MANDRÁGORA

Cáceres y cerezos.
En la piscina Gómez.
Teófilo de pianista.
Braulio en el dormitorio.
Era un candor de fuego.

A MARIA

A poco de nacer el Cristo amado
ya los hombres, con santa, persiguieron,
luego a su frente espigas le cñeron
y le abrieron, con lanzas, el costado.

Por irrisión un lami han colocado,
el vinagre a beber, cruel, le dieron,
con clavos pies y manos pronto hirieron
y en una cruz sangrante le han dejado.

Pues, ni a su madre demos sin tendencia
espigas, cruz, vinagre, clavos, lanza,
¿cómo rogarte que interceda ahora?

Sois mis hijos, responde, y yo me olvido
de cuanto por vosotros he sufrido,
y a Dios reuego el perdón sin más demora.

Braulio Arenas

A MARÍA

A poco de nacer el Cristo amado
ya los hombres, con saña, persiguieron,
luego a su frente espinas le ciñeron
y le abrieron, con lanzas, el costado.

Por irrisión un Inri han colocado,
el vinagre a beber, crueles, le dieron,
con clavos pies y manos pronto hirieron
y en una cruz sangrante le han dejado.

Pues, si a su madre damos sin tardanza
espinas, cruz, vinagre, clavos, lanza,
¿cómo rogarle que interceda ahora?

Sois mis hijos, responde, y yo me olvido
de cuanto por vosotros he sufrido,
y a Dios ruego el perdón sin más demora.

BARCO DE AYER

Mueble del mar con ojos lastimeros,
hoy solo eres chatarra en sus mansiones,
te rondan las sirenas y Tritones
tristes al verte sin rubios fuegos.

Te hallas, barco, vacío de viajeros,
no palpitan en ti los corazones,
los puertos no te acorran con canciones
ni te dan su vivirán los marineros,

Ya todo fue pasado, y hoy sobreviviste,
rotas el timón, con tus recuerdos tristes,
sin que nada, al presente, tengas guardado.

Pasó tu tiempo, mueble, y estás viejo,
el mar te agota con su cruel espejo
y en él te ves, ahogado tu contorno.

Bautista Arenas

BARCO DE AYER*

Mueble del mar con ayer lastimeros,
hoy sólo eres chatarra en sus mansiones,
te rondan las sirenas y tritones
tristes al verte sin salinos fueros,

Te hayas, barco, vacío de viajeros,
no palpitan en ti los corazones,
los puertos no te acunan con canciones
ni te dan su vaivén los marineros,

Ya todo fue pasado, y hoy subsistes,
roto el timón, con tus recuerdos tristes,
sin que nada, al presente, hayas guardado.

Pasó tu tiempo, mueble, y estás viejo,
el mar te azota con cruel espejo
y en él te ves, abierto tu costado.

*Este poema tiene bastante similitud con un poema anterior llamado "El buque". Podemos considerarlo una reescritura del poema anterior.

SELECCIÓN: NARRATIVA

“Con sus relatos en prosa –Adiós a la Familia, El firmamento de Mónica, Un ángel alrededor, Gehenna, El Ersatz, El castillo de Perth–, contribuyó Arenas a establecer en Chile una forma de realismo mágico, ameno, irónico, o bien simplemente excéntrico.”

Fernando Alegria.



FIRMAMENTO DE MÓNICA*

“e a la mañana cuando el cavallero fue levantado,
estandose lavando las manos, vino a el una doncella le dixo:

-Dadme vuestra espada;- y el cavallero se la dio,
o la doncella tomo la espada e corto la cabeza al cavallero”

–Don Tristán de Leonís

Mónica regresaba del Liceo. Era sencillo el trayecto del Jeanne d’Arc a su casa, elemental, primario, quizás. No era necesario transitar por un bosque lleno de lobos, para llegar, al fin, con la comida donde el leñador, ni era preciso, tampoco, marcar la senda del regreso con migas de pan que, fatalmente, se comerían los gorriones. Pero Mónica utilizaba esos recursos. Todos los mediodías la niña extraviaba el camino gracias a la voracidad de los pájaros. Sus pies, entonces, sin la senda que los guiase, necesitaban protección. Como la pérdida de la ruta era prevista y aun, muchas veces, premeditada, Mónica aseguraba la ubicación de su casa, no valiéndose de piedras incomedibles para los gorriones, como en el cuento clásico, sino dejándose guiar por los transeúntes. El fracaso de esta tentativa la condujo veinte veces a enormes distancias de su vivienda, pero del fracaso, es sabido, nace la experiencia, y Mónica entregada al azar de los pasos de un hombre de negocios, de un joven pensativo o de una señora metodista, siempre llegaba a su morada.

Y éste era su encanto. Para desocupar su cerebro de las clases de la mañana, la niña acompañaba sus pasos a los de los transeúntes. Era un método infalible. Sus realidades, muy pequeñas, por cierto, las vaciaba íntegras en los paseantes y ella reservaba para sí hasta la última porción de sus sueños.

Los transeúntes, cargados de realidad y recargados con la de la niña, la contemplaban satisfechos por el prestigio que de ella emanaba, prestigio de sus ojos azules, prestigio de su uniforme blanco.

Era una niña, nada más que una niña. Buenamente cumplía los sabios consejos de “dad migas de pan a los pajaritos; ellos os deleitan con sus cantos”. “El trabajo dignifica al hombre”, etc.

Todos los adjetivos hermosos le correspondían. Alumna del Jeanne d’Arc. Nacida en el preci-

*Este cuento permanecía olvidado, fue publicado por única vez en la Revista *Atenea* en 1937. Este es el primer cuento publicado como Braulio Arenas del que se tenga registro, cuando aún era un escritor en ciernes.

Arenas, después de ganar el Premio Nacional, mencionó en entrevistas que estaba revisando este cuento para publicarlo, finalmente eso no sucedió.

so instante en que se firmaba el Armisticio. Complicada como el número MDXVIII.

Prevenida a la catástrofe usaba esos fabulosos guantes que en la isla inhospitalaria pueden servir de alimento a los náufragos.

Durante su infancia, Mónica hizo todo lo que le pareció bien, creyendo guiarse por su voluntad, sin advertir que la fiscalizaba la misma censura normal de todas las mujeres.

Mónica supo darle la entonación precisa a las adorables palabras del vocabulario de Broadway: O key, good bye. Sus condiscípulas miraban con atención la cabellera invadida de vientos de la muchacha, con la cual las suyas no podían compararse, atisbaban su blanco rostro pintado de nieve exagerada, sus pisadas cautelosas que no dejaban rastro.

En la ruda competencia entablada ella resultaba triunfante. Las niñas santiaguinas no la dejaron nunca atrás con sus bicicletas. Mónica trabajaba sus rodillas y la velocidad de los jardines siempre resultaba inferior.

Vivió en su infancia alejada de todo contacto con la impureza. Pertenecía al Coro de las once mil vírgenes, esa Asociación femenina contra Don Juan.

Ingenua heroína yanqui, creía en la arriesgada teoría de la maternidad de las cigüeñas. En el cielo de los cazadores, buscaba la cigüeña de su stirpe; su procedencia aviática.

La buscaba y la encontraba. Mónica encontró muchas cosas, perfectamente ocultas para los demás. En la misa mayor, hallaba a los ángeles que los sacerdotes pierden en la sacristía. Y si los fieles hubiesen mirado hacia ella la habrían oído conversar en latín con los arcángeles.

Con Mónica, que seguía el consejo, los gorriones no se morirían de hambre. Ella les ofrecía las migas de pan y extraviaba el camino a su casa. Su temeraria inexperiencia no le advertía el naufragio.

El mediodía la sorprendió siempre en el trayecto del Jean d'Arc hacia lo desconocido. Mónica pudo comprobar de nuevo, con íntima satisfacción, que, gracias al sol que enviaba los rayos perpendiculares a su cabeza, la sombra fiel de su cuerpo había desaparecido. Este milagro, tan simple, la llenaba siempre de peligrosas meditaciones. Algo, cuya significación se le escapaba, girando su cerebro, la hacía sufrir.

Ese día, como de costumbre, después de mortificarse un instante, tratando de inquirir la solución, se dio por vencida, y continuó su camino sin preocuparse más que del hecho real: el de la sombra desaparecida. Lo otro, lo que el desaparecimiento significaba, lo hundía en la poca importancia de la travesura del cenit.

Contenta y sin apuros siguió su camino que, como se recordará, estaba sujeto a las pisadas de los transeúntes. Sin embargo, y ella lo sabía, ocultos enemigos la acechaban. Pisando con cuidado se logra apagar el sonido. Y era de ver su paso cauteloso y temeroso de enemigos que los transeúntes no percibían. Utilizaba los pobres elementos de la persecutoria.

Mónica, durante la mañana, se preocupó en traducir de su texto de inglés una página de Jack London. Propensa al ensueño, tenía su cabeza llena de absurdas y fantásticas visiones de cowboys enloquecidos, de habitantes de San Francisco de California, de gangsters de Chicago, de herederas yanquis que respiraban a pleno pulmón el aire de sus estancias.

Ahora, retornada a la normalidad, vuelta al orden de su uniforme blanco, quería cundir sus sueños, hacerlos prósperos, amanerando sus pasos a los de los transeúntes que, irremediamente, la conducirían a su casa, al recinto de la realidad.

¡Dios mío! Se le perdió el señor que la guiaba. La calle solitaria, más solitaria por el sol que borraba las sombras, le anunciaba con su soledad, irónicamente, el desamparo.

Quiso reconocer los edificios, la ubicación precisa. Inútil. ¿Qué puede reconocer el ciego en el primer instante de la visión recobrada? Su situación era idéntica a la del sonámbulo que despierta y se encuentra equilibrándose en la antena de la radio. Igual a un buzo que en las profundidades submarinas se sacara la falsa cabeza protectora y con el rostro descubierto afrontara la muerte.

Su temor no duró sino un instante. Tres señores, tres joviales señores, avanzaban hacia ella. El ángel de la Casualidad los guió. Traían ellos la sinceridad del milagro en sus sonrisas.

En ese momento el sol hizo la concesión de un poco de sombra a los edificios. De un poco, nada más. Una raya de noche, un bigote reciente.

Pero eso bastaba. Mónica se sentía a sus anchas. Sombra recuperada, transeúntes. Su vivienda llegaría a la vez, prosectoria en el orden exacto del acontecimiento, amante del turno que no debe alterarse.

Los tres señores se encontraban ahora frente a ella. Una mirada repentina y fugaz, un relámpago urgente, le aseguró su filiación. Uno –correspondía con exactitud a la figura tan famosa y tan conocida en su inexistencia –Sherlock Holmes. Otro –acababa de verle en su texto de inglés, acababa de extasiarse con sus pupilas penetrantes –William Shakespeare. Y el tercero –su andar de orgullo, su cólera sorda –Lord Byron.

Este último, frente a Mónica, completó su charla con una observación obvia:

–Bailó tanto que hasta sus joyas se cansaron.

La niña no admitía el triunfo fácil que hubiera acomodado a cualquiera. No. Ni Lord Byron, ni William Shakespeare, ni Sherlock Holmes, la podrían guiar a su casa. Necesitaban descubrir el crimen de la Dama de las Camelias, prepararse para atravesar el Canal de la Mancha a nado, interrogar a los sepultureros del rey de la Monarquía dudosa. Eran otros los guidores. Mónica descubrió los perfiles arbitrarios de ¡asómbrense ustedes! Pedro, Juan y Diego.

¿Quién no ha utilizado alguna vez en su vida a estos tres señores sin sospechar de su existencia? Ellos mantienen la importancia de las respuestas y de las preguntas. Son los causantes de las frases hechas, de los ejemplos oficiales.

–Pedro tiene un hermoso caballo blanco.

–Juan es virtuoso.

–Diego ha prometido portarse bien.

Mónica los reconoció al instante. Conoció los ademanes de campesino de Pedro, la palidez un tanto milagrosa de Juan, la pureza que presta la primera comunión a Diego.

Sin embargo, esos perfiles eran eventuales. Bastaría que la francesa que quisiera aprender español siguiendo el método del delicioso librito “Como aprender Español en 8 días”, construyera una adorable frase, aun la menos peligrosa, tal vez ésta: “Pedro tiene 60 años”, para que la figura actual de Pedro –impulso ardiente, ojos de viveza extraordinaria, juventud –se transformara en figura de viejecito, resignado a la muerte ya, y se mantuviera en figura de anciano hasta que una colegiala de Nápoles escribiera en el pizarrón de la sala de clases de su Liceo: “Pedro es un sacerdote”.

Mónica percibía el milagro. Se dejaba guiar a una pequeña distancia de ellos. Su nariz respirante, se envanecía en el olor de los viejos textos de Gramática, de los cuales, Pedro, Juan y Diego, eran los héroes máximos. Por ellos, la rosa del ejemplo floreció en el jardín de las Gramáticas. La Princesa de los Participios, la emperatriz de los Adverbios, los nutría y los alentaba.

–Pedro tiene una bicicleta.

–Juan se casó anteayer.

–Diego compró una bonita casa.

Mónica escuchaba la conversación de los tres personajes. En ella sólo se admitían frases hechas:

–Yo, aseguraba Pedro, necesito vivir en una ciudad que tenga 365 automóviles y donde la hora conste de 67 minutos.

¡Dios mío! Mónica, sin advertirlo, había llegado frente a la casa. Nuevamente, los transeúntes cumplieron su misión.

Frente al recinto de la realidad abandonó su equipaje de sueños. Su afán de gaviota que diseñaba su alcuña aviática, la consolaba un tanto. Pero siempre era penoso el resultado. Mónica perdía a Pedro, Juan y Diego.

–O Key!

Entonces penetró a su casa. Penetró bruscamente. Con furia espantosa cerró de un portazo la mampara. La madre la regañaría, suavemente, como de costumbre. No importa. Cerró de un

portazo la mampara. Sin embargo, y Mónica lo sabía, el ruido del portazo no era sino un ensayo del otro sonido, cien veces más seguro y grato, el sonido del disparo suicida que la sien derecha de Mónica ya evidenciaba.

Como de costumbre, la madre la regañó suavemente por el portazo. Mónica no prestó atención al regaño materno. Se encerró en su dormitorio.

En el ambiente de la casa flotaba ese bullicio de las pequeñas prisas que se produce, exactamente, en los preparativos de los almuerzos familiares.

En sí mismo un campo no es peligroso, pero los soldados ocultos ahí la víspera de una batalla, lo pueblan de daño previsto. Igual ocurría con la habitación. Era un cuarto higiénico que contenía esos muebles que nos acompañan desde la niñez y que por tanto conocerlos nos son queridos. Penetrar en el cuarto era sentir en el corazón la gratitud del náufrago hacia la tierra hallada.

Sin embargo, Mónica utilizaba el dormitorio para preparar el filtro de nobles cualidades que le permitiría preservar sus sueños. Pero esas fuerzas contrarias de sueño y realidad hacían peligroso el cuarto. Mónica se equilibraba en la cuerda floja, como una sonámbula. Si despertaba se caía. La decisión debía ser inmediata. Mónica, indecisa, pedía auxilio a los retratos de las paredes. Uno, junto a la ventana, representaba la imagen de una Emperatriz. Otro, junto a la puerta, mostraba la petulancia de una sonrisa, en primer plano, y tras la sonrisa aparecía el rostro de un joven.

Mónica se levantó del lecho donde se hallaba tendida y con paso de fatiga se acercó al retrato. Tras la brillante cartulina su primo Octavio la miraba. Leyó la dedicatoria: "A Mónica dedica este recuerdo un compañero de juegos infantiles, su primo Octavio". Fechado en Montevideo.

—Es bien tonto mi primo, pensó Mónica, y en seguida recordó como todo el mundo les decía cuando eran chicos que ellos se casarían cuando fueran grandes.

Después su primo se fue con el padre al extranjero y ya no volvió a saber sino de tarde en tarde de él. Durante siete años sólo breves noticias la informaron de Octavio. En agosto le envió ese retrato y una carta, que por supuesto Mónica no contestó, en la que le comunicaba que regresaría a Chile.

—Perfectly, regresa cuando te dé la gana; yo no me preocuparé por ti.

Alguien se detuvo, con ademán cauteloso, tras la puerta del dormitorio de Mónica.

—Señorita Mónica... señorita Mónica, el almuerzo está servido.

—Perfectly, ya voy.

Comenzaba para Mónica la prueba más difícil del día, de la que en raras ocasiones resultó triunfante: el almuerzo. La niña se conocía el programa de memoria. Primero, el padre la miraría

fijamente, como interrogándola. Mónica cortaría la mirada con un “buenos días, papá”, y ocuparía su asiento e inclinaría la cabeza hacia el plato para así librarse de nuevas preguntas. La conversación estaría cortada a cada momento por embarazosos silencios que, fatalmente, se producen entre plato y plato en todos los almuerzos familiares. El ruido de las copas o de los tenedores ocuparían los oídos. De pronto, Mónica advertiría que el silencio estaba amenazado. El padre tosería:

–Hoy hace un calor extraordinario.

Después, nuevamente el silencio. Por fortuna, Mónica era especialista en golpear la copa con un tenedor y producir así hermosas resonancias. El criado, que es el árbol del silencio, la miraría agradecido.

Ese día las cosas se sucedieron con su ritmo normal. Mónica irrumpió en el comedor con la seguridad de la gacela que bebe en un río privilegiado, en un río libre del acechar cauteloso del león. Irrumpió con su alegría desbordante, con su privilegio de blancura. La sola presencia de Mónica ya predisponía al ensueño. Los sucesos extraños, que no se producen nunca, esperaban que ella llegara para producirse. Mónica actuaba sobre los sucesos. Su presencia en el Circo era la iniciación de acontecimientos misteriosos y ella era la que introducía a los espectadores en un nuevo Universo. La jirafa que corría por la pista ya no era jirafa, gracias al influjo de Mónica. Su cuello era una grácil pierna de bailarina que buscaba la perfección del ritmo en el ensayo. O como lo aseguraba oportunamente:

–Frágil planta es su cuello crecido en la lozanía de la corbata vistosa.

Gracias a Mónica los hombres elevarían su horizonte hasta el horizonte de las jirafas.

Era indispensable para rehacer el mundo y para encontrarle su equilibrio preciso en el sostén de las alturas. Sólo ella podía hallar en la arena de la bahía la botella que sorteó la gula de los tiburo-nes, el peligro de los escollos, y que atravesando el dintel del océano, trajo la carta que los náufragos escribieron en la isla inhospitalaria, demandando auxilio.

El “bueno días, papá” cortó terminantemente la mirada interrogativa. Mónica ocupó su asiento. ¿Novedades? Ninguna. El sol lucía en forma esplendorosa.

El padre sacó con mucha parsimonia su reloj y después de una cuidadosa mirada en la que se advertía que al anunciar la hora aprovecharía hasta el último segundo, dijo:

–Son las doce veinticinco,

–Debía estar aquí hace rato, afirmó la madre.

Mónica, en el asiento, se deshacía cavilando. ¿Quién debía estar aquí hace rato? ¿Sería ella? No. Todo el mundo comprendía que con Mónica el rompimiento, de producirse, sería definitivo. Por eso, nadie se enojaba nunca con ella. A lo más, la madre la regañaba suavemente por el portazo cotidiano a la mampara.

Más valía cerciorarse. Echó una mirada rápida a los comensales. Su padre, frente a ella, lucía

las sienes blancas por los veinte años de trabajo constante, y en los ojos negros lucía el misterio del nocturno de las oficinas*. Su madre, al lado suyo, mostraban el rostro incorruptible a la sonrisa. Su hermano Raúl—el estudioso hermano, la esperanza, el orgullo, la gloria, el espejo y el ejemplo de los otros hermanos—en la gravedad asustada de los juegos infantiles, se vanagloriaba de lucir en sus ojos ribeteados de carey la huella de la vigilia entre los libros, y ahora sus ojos, asustados ante el temor familiar, eran redondos ojos de peces. Su hermano Jorge... ¡Ah, su hermano Jorge era el ausente! Para él estaba hecha la frase de “son las doce veinticinco”, y la otra, la que completaba la anterior, “debía estar aquí hace rato”.

Como se ve, los misteriosos pensamientos de Pedro, Juan, y Diego intervenían en las conversaciones de la familia.

El almuerzo transcurría con una lentitud desesperante. Mónica pretendió aventurar un consuelo: “Pueden haberle dejado castigado”, pero antes de pensarlo recordó que Jorge era el mejor alumno de su clase, la otra esperanza de su familia, en fin.

La colegiala hundía su cabeza en la copa de agua que aun no se resignaba a terminar de beber.

De pronto, alivio, alegría segunda parte del programa. La puerta del comedor se abrió bruscamente y Jorge, el desaparecido, retornó a deslizarse en la órbita familiar, donde tres corazones anhelantes—el del padre, el de la madre, el de Raúl—y un corazón insensible—el de Mónica—le esperaban.

Se le interrogaba en silencio y en silencio respondía Jorge. Era el marco de la puerta, con los labios pálidos, los ojos brillantes, las sienes laténdole, no atinaba a dar un paso ni a asumir una actitud.

¿Qué te ocurre?—El padre le tomó por un hombro y le miró atentamente.

Jorge se sentó en una silla y se desmayó. Mónica aprovechó la linda ocasión para deshacerse de su vaso de agua que aun no se resignaba a terminar de beber. El chiquillo recibió el chaparrón que le empapó la cabeza y abrió los ojos.

—El hombre, atinó a decir.

¿Qué hombre? Ahora era Mónica la que interrogaba. El padre la informó rápidamente.

—Hace tres días que un hombre sigue a Jorge desde el Liceo hasta aquí.

El muchacho continuaba su narración:

—Tuve que huir por calles apartadas. El hombre caminaba sin apurarse; yo corría, y sin embargo, a cada momento, el hombre ganaba terreno. Por fin llegué a la casa. El hombre se quedó en la esquina.

Con impulso furioso Mónica saltó a la ventana. Y en la visión de un segundo, en la velocidad de un segundo, Mónica entrevió el perseguidor. Estaba en la esquina mirando hacia la casa. Su figura de muerte la conmovió íntegra. El hombre, el perseguidor, era Diego. Diego, el resultante de las frases hechas, de los lugares comunes, de los ejemplos absurdos, Diego, el que con Pedro y Juan,

alimenta las viejas Gramáticas y el delicioso “Para aprender Alemán en 8 días”, Diego estaba ahí.

La visión no duró sino un instante. En ese breve transcurso de tiempo, Mónica recibió la descarga eléctrica sin que los demás percibieran el estremecimiento. A los de su familia, convertiría en cenizas la mirada de Diego. Se extrañaba que Jorge la hubiera podido resistir. Pero Jorge huyó y ese además de derrota, aumentó el porcentaje de sus realidades.

Y cuando los suyos, el padre, la madre, Jorge y Raúl se precipitaron a la ventana y miraron a la calle –como ocurre en los folletines– Diego había desaparecido.

Pedro tocaba el piano. Juan, doliente, leía el magazine de la dolencia. Diego quería apresurar el tiempo en los relojes góticos.

Se aburrían soberbiamente. Un largo silencio crecía los minutos.

La habitación de Pedro, Juan y Diego, con el cansancio que produce el canto de la cigarra o el color del mediodía, se recogía y se estiraba, como un acordeón.

De pronto el piano lució sus mejores resonancias, la lectura del magazine se hizo comprensible, el tiempo adquirió el ritmo de los 60 minutos, por Mónica entraba.

Venía con el milagro de afuera a asumir el milagro de adentro. El parecido a estómago de ballena de la habitación de los tres le ofrecía, como a Jonás, perspectivas anatómicas. Y aun más, ellos no eran sino devorados perpetuos.

Mónica cumplió todos los requisitos que se exigían en la aduana del milagro.

Perfectamente. La entrevista sería extraordinariamente peligrosa. Mónica –sin temer en absoluto el resultado– tomó asiento.

Deseo preguntarle una cosa, señor. Mónica miró fijamente a Diego. Este suspiraba con mucha prisa. La intensidad del instante estaba en un compás con la furia del pianista y el sonido del piano era exactamente el sonido del tambor que prepara el triple salto mortal en la tragedia del Circo.

–Un momento, señorita, pidió Diego. Se persignó.

¿Qué hace usted?, –interrogó Mónica.

–Pido perdón a Dios por mis pecados.

Mónica se echó a reír. Se acercó a Diego y con sus manos convulsas le tomó por las solapas.

–Usted, dijo, usted, y entiéndalo bien, usted no es sino un ejemplo, no tiene existencia real. Su recinto de huesos es mentira. Si usted se muere, por casualidad, no se irá ni al cielo, ni al infierno, ni al purgatorio, ni al limbo. Usted se deshará en la atmósfera, como los animales.

Juan suavizó la escena:

–¿Un cigarrillo, señorita?

Mónica aceptó. El resplandor del fósforo venció las tinieblas de la caverna de los devorados y permitió mostrar cuatro semblantes, preparados a las sombras, como las fragatas al naufragio.

La tinta del pulpo asesinado decoraba el resplandor. Después de la noche artificial, esa noche de cinematógrafo, recobró su imperio en las cavernas. Entonces, y porque era el instante esperado, Diego dijo:

–Señorita, un poco de serenidad, por favor. Yo, más bien que nadie, debo darme cuenta que la situación no tiene nada de divertido. Su hermano Jorge...

Comenzaba la tragedia. El piano alcanzó su intensidad más alta.

–... Su hermano Jorge es “la víctima propiciatoria del crimen”.

Mónica necesitaba una claridad sobrenatural, una fogata en medio de la noche. Para conseguirla, arrojó su cigarrillo contra una de las paredes de la caverna y las mil chispitas resultantes del choque le permitieron ver un Diego enorme, desconocido, impalpable, etéreo, que se alzaba por sobre la conversación reciente confesando su culpa.

Luego, las sombras la circundaron nuevamente. La voz de Diego seguía girando:

–Es una obsesión mía la de los Jorges. Yo he asesinado a tres Jorges. Su hermano debe ser el tercero, el tercer Jorge. Es una ansia salvaje, ¿cómo remediarlo?

La noticia cundía por todas partes. Pronto los Jorges de Nicaragua, los Jorges de Pernambuco, los Jorges de Birmingham, supieron que Diego se había propuesto asesinarlos. Y durante una semana, los Jorges de todos los países del mundo permanecieron escondidos, como medida de precaución, temerosos de la catástrofe.

Mónica ensayaba soluciones. Pero ese no era ningún paliativo. La ejecución presente completaba la serie de los sacrificios humanos. Mónica ya no defendía a su hermano. Le repugnaba su sometimiento, su gratitud de víctima hacia el victimario, su gratitud de guillotinado hacia el verdugo.

Entonces sucedió lo imprevisto. Se encendieron todas las luces de golpe, y la claridad deslumbrante hacía imposible las mentiras.

Pedro seguía haciendo dolerse al piano, su boxeador sonriente. Juan se empecinaba en la lectura de los magazines, y Diego –perfil de aristócrata, elegancia primera– asumía la responsabilidad de las acciones inesperadas.

–Síntese ahí –ordenó a Mónica, señalándole una mesita llena de papeles.

Por primera vez en su vida, Mónica obedeció una orden. Se sentó frente a la mesita.

–Coja el lápiz y escriba.

Mónica escribió lo siguiente: “Yo, Diego, prometo no causar el menor daño a Jorge”.

–¿Está contenta, ahora? –interrogó Diego.

Muy contenta, aseguró Mónica. Pero, dígame ¿por qué no escribió usted ese documento?

–Porque no sé escribir. ¿Sabe acaso escribir un fantasma? Vaya, señorita, vaya y dígame a todo el mundo que Diego ha sido capaz de una buena acción. Y aunque nadie lo creará, proclámelo.

Esta es una claudicación, aseguró Juan. Es lo mismo que si el Daño se olvidara que su misión consiste en agrietar monumentos.

Daño. Eso tiene mucho parecido a símbolo.

–Y lo es, dijo Juan. Trabajo con símbolos. Soy muy distraído. Un día me comí la Soberbia.

La peripecia había terminado. Mónica descendió del trapecio y extendiendo los brazos hizo un alegre saludo a los espectadores. Perseguida por la música triunfal de Pedro desapareció de la pista en grácil carrera.

Mónica poseía el bienestar de joya que ha encontrado su estuche. Su cerebro, su rodilla, su corazón, estaban empapados en ese frescor de lluvia que circunda a las fragatas cuando naufragan en el Pacífico.

Mónica en ese instante podía resumir la biografía de las sirenas. Ya se encantaba con los recursos marítimos: la brújula, las cartas de navegación, los mapamundis del siglo XVI, los capitanes de amarga suerte. Conocía la exclamación de alegría de la portuguesa que ve por primera vez el mar.

Su velocidad de remadora la hizo llegar rápidamente con el indulto donde Jorge. Llevó la calma a la familia. Su nombre de pacífica cumplió el vaticinio.

Mónica aprovechó el minuto que hace perder el tren a los pasajeros para llegar con el indulto. Ya Jorge estaba de espaldas al muro fatal aguardando el fusilamiento.

Ella ahorró el luto a la familia: ¡ese afán de llevar la sombra a cuestras!

Los días magníficos se sucedieron a los días tristes. El portazo a la mampara alcanzó cierto valor musical.

En las tardes se iba al cine a recoger un poco de noche o se corría en bicicleta para eternizar el crepúsculo.

La niña, montada en la bestia pasional, corría por las avenidas del Parque. Sus compañeras alcanzaban pequeñas velocidades. Ella emprendía el viaje fabuloso. Mónica dejaba deslizar la cintura de espacios de la bicicleta y así obtenía la Noruega después de correr tanto.

Tarde azulina, como una mujer hermosa que embellece los objetos más humildes. En el cielo se reflejaba todo el océano Pacífico. Religión y éxtasis. Gimnasia del éxtasis. Confusión y remanso. Avisos, tangos en las victrolas, tranvías. Tarde de árboles, pensamiento en calma, estable equilibrio.

El sol, por su cualidad de borrar sombras, es el permitido de las tintorerías. De pronto el sol afianza su muerte en la tregua del crepúsculo. Las campanas cristianas doblan por él. Entonces –rojo el aviso, rojo el tango, rojo el tranvía– todo desaparece. El manchado de sangre, la selva en llamas, cumple su función. Y cuando ya se cree en el final, cunden las estrellas, caen en el cielo salpicando espuma, se agrupan. Es la vía Láctea, ese palpitante cementerio de cometas.

La Fatalidad reunía a sus personajes. El decorado de nubes ponía su dimensión de isla falsa al servicio de Mónica. Para trepar a las islas a descansar era preciso cansarse antes. El cansancio de Jorge lo atestiguaba su palidez. El descansaría entonces.

La isla de nubes tenía el porte exacto del alma de los elefantes. Era un vispera de circo. La función se desarrollaba arriba. Había que verla doblando el cuello hacia atrás, exactamente, como se escucha al político de moda que perora desde los balcones de un palacio.

Diego, instruido por la Fatalidad, después que Mónica abandonó el recinto de sombras, comprendió, al fin, que debía despreciar la gloria de matar a Jorge. Lleno de coraje anunció a Pedro y a Juan que partía a la isla. Pedro, empecinado musical, rogó que le dejase tranquilo. Juan, empecinado lector de magazines, no le contestó nada. Diego se dio cuenta entonces que estaba perdido. La isla podía ser su salvación, pero no querían acompañarle. Ellos le empujaban al crimen. De nada valió el indulto para Jorge.

–Diego tiene un automóvil.

Era un rojo automóvil, astuto, cerebral. El automóvil también pertenecía a la leyenda. Su color rojo era un anticipo de la futura sangre.

Corría y corría el automóvil en una ansia veloz de anticiparse. La ciudad, a sus lados, daba libertad a las calles para que corrieran por donde pasaba el automóvil. El viaje de Diego se caracterizaba porque las calles continuaban su carrera de seguimiento hasta mucho después que el simbólico viajero las había perdido de vista.

Adentro, aislado del mundo, como el guardafaros desde dentro del faro mira la tormenta que

hace naufragar las fragatas, Diego, con su alma de bandido, insensible al mal y al bien, pero siempre sonriente, atisbaba hacia afuera buscando la víctima.

Estaba predestinado a la fatalidad, como los niños a correr.

Para arrepentirse es necesario haber pecado antes. Diego ni pecaba ni se arrepentía. Vivía disciplinado en crímenes a los cuales no atribuía el valor de pecados. Peca un hombre, pero no un fantasma.

Ahora el automóvil alcanzaba la furia de cien velocidades juntas. A esa altura del delirio es imposible reaccionar. Había que someterse. Cuando el nadador llega al borde de la cascada no es él el que arroja el agua abajo sino que el agua es la que le despeña. Así Diego. El automóvil adquiría conciencia humana y embriagados de triunfos el rojo animal admitía la responsabilidad del crimen. Primero el crimen; después ya no le importaba nada. ¡Qué le encerrasen en un garaje para siempre!

El automóvil trepidaba y en la emulación campestre ponía la emoción del relincho.

Recordaba la pradera, recordaba su abolengo, recordaba su ascendencia de bisonte y de búfalo.

Los objetos se tornaban peligrosos. La fragata, en alta mar, podía pensar en su abuela la sirena y hundirse en las profundidades submarinas con sus tripulantes. El ascensor podía embriagarse con su pasado de ángel y seguir en su loca carrera de alturas hasta trepar al cielo con su cargamento de oficinistas asombrados.

Al encuentro de Diego, al encuentro del automóvil, al encuentro de la Fatalidad, venía Jorge.

Traía la suave precaución del ciclista, no la del que hace rodar dos planetas bajo sus pies, encantándose en el puro juego, en el malabarismo de astro, sino usando la otra precaución, la del consciente, la del que sabe que va montado en una bicicleta.

Camisa abierta, gorrita pequeña, traje a rayas. Ojos azules, caballera de dormido, manos de niña, Jorge.

Eso era Jorge para los transeúntes. Un muchachito que se divertía en su bicicleta, un muchachito de pensamientos castos, la esperanza de la familia.

Ha terminado sus tareas escolares y ahora descansa. O key!

Primero dio vueltas en torno al obelisco. Después amplió su horizonte de ciclista y corrió por los ondulantes senderos de la fuente. Después, después se sentó a descansar esperando a sus hermanos.

Las adolescentes poblaban el ambiente de cantos. Para las muchachas de esta primavera, se hizo el verso famoso y vulgar:

tanta niña bonita paseándose en la calle.

Jorge las miraba y las miraba. Se extasiaba con las adolescentes. La cercanía de sus gratos cuerpos dirigía su conducta amorosa. Ellas bajaban de sus pedestales y se embriagaban con el ritmo de la juventud, asumiendo la importancia de estatuas urgentes. Su infantil entusiasmo, su risa delirante, su franca alegría, llenaba el corazón de Jorge de agradecimiento.

La tarde magnífica hacía girar la ronda de las muchachas en una suerte de tío-vivo.

Jorge sintió el movimiento en su cuerpo. Subió a la bicicleta y echó a correr. Corría, como he dicho, al encuentro del automóvil. La Fatalidad había pintado con tiza pálida el rostro del niño.

Y en una esquina se realizó la radiante tragedia. Sucedió sin un tropiezo, sin una vacilación, porque los personajes se sabían sus roles de antemano. El automóvil se echó encima de la bicicleta, como un asaltante.

Un crujido de hierro, lamentos, y la sangre que lo salpicaba todo: así fue la tragedia.

El estruendo de golpe de bombo tenía similitud con el portazo cotidiano a la mampara.

El automóvil desapareció, como un celaje. En la avenida no quedaba sino un montón de niños rodeando a un niño y a una bicicleta.

Jorge murió en los brazos de un señor vestido de negro, consonante con los funerales. Murió sin darse cuenta de nada, en una mezcla de espanto y sorpresa. Mónica, aparecida en el instante preciso, le besaba la cara llena de sangre y gritaba en francés:

–C'est mon frere, c'est mon pauvre frere.

La bicicleta, muerta al mismo tiempo, mostraba su miserable cuerpo, los retorcidos alambres, las ruedas dobladas. Tendida en el pavimento, como un cadáver, lucía el correcto bigote del manubrio. La doble rueda de la fortuna se había roto. La que fue siempre musa del niño murió con él, como muere el perro turco sobre el sepulcro de su amor, como murió el violín de Tartini, y su cuerpo roto daba la impresión de infancia concluida, de autopsia de las bicicletas.

Este fue el primer encuentro de Mónica con la realidad. Cuando se tropieza con una piedra es preciso decir: “Tropecé con una piedra”. Si se contempla un árbol debe decirse: “Es un árbol”. Esa es la realidad. Con ella las cosas adquieren su nombre preciso. Piedra. Árbol. Estanque.

Había mucha sombra en la casa, mucho silencio. Grandes cortinas negras hacían la propia noche, no noche doméstica, noche particular, e impedían entrar en la noche de afuera. Flotaba en el ambiente ese olor a flores de iglesia, ese olor místico que no se obtiene sino en las habitaciones donde la muerte cuida un ataúd. Los cirios se consumen en silencio, también, con su llama fija. Era el festival de la amargura. Los corazones adquirirían la proporción de territorios de llanto.

En la callada mansión, el sufrimiento de los rezos y la gotita de agua que a cada instante se escapa del grifo mal cerrado, tornaban la entonación de pequeñas resonancias misteriosas. El rumor del rezo era el rumor de las alas seguras del ángel que huye, el rumor de las gotitas de agua era el rumor del hacha del leñador golpeando los árboles.

Mónica transitaba en dulce ociosidad por la casa. Se detenía a contemplar los muebles conocidos recién, los cuadros, todo. Cada detalle llamaba su atención. Subió y bajó cien veces por la enorme escala de mármol, adornada con seis pretensiosos farolitos de cristal. En su dormitorio, ante el retrato de su primo Octavio dijo cien veces la misma frase. Ante el espejo miró su cuerpo vestido de negro, miró su rostro vestido de blanco. Nieve y carbón, eso parecía. Le molestaban las medias negras. Se las sacó. Le molestaba el traje de luto. Se lo sacó. Se recuperaba de pronto.

Tendida en el lecho pensaba. Nunca en su cuarto hubo un silencio tan perfecto. Estaba ausente de los cortinajes, de los cirios, de las oraciones.

Abajo se velaba a Jorge. La tristeza mezclada con sueño, la invadía. Su traje negro, tirado en una silla, parecía una mujer llorando.

Un perro aullaba afuera. Siempre hay un perro ladrándole a la luna cuando se muere alguien. Los perros ladran a la luna por conveniencia, por tradición. Son como el héroe que no se cubre la vista al ser fusilado sólo porque el héroe anterior no se la ha cubierto. Son héroes por tradición.

El reloj de cu-cu anunció las cuatro de la mañana. Como si cumpliera una consigna, Mónica se durmió rápidamente. Alguien la remecía:

–Mónica, levántate. Vas a llegar atrasada al Jeanne d'Arc.

Era su madre. La chiquilla la miró con asombro.

–Mamá ¡cómo es posible que usted me ordene eso! ¡No sabe que Jorge murió hoy! ¡Es preciso respetar las conveniencias! ¡Qué dirían en el Liceo!

Un nudo en el corazón. Mónica abrió los ojos. Estaba en su dormitorio. Tras los vidrios de la ventana la fría y pálida aurora vestía su sudario heroico para anunciar la muerte.

El corazón de Mónica jugaba con los precipicios. Estaba trastocada, como si hubiera dormido en un dormitorio hermético con un ramo de flores.

Mónica saltó de la cama, vacilante; abrió la puerta y salió a la galería. Bajó la escala, aun llena de tinieblas, y descalza, con andar cauteloso, se aproximó a la habitación funeraria. Allí los cirios seguían ardiendo. Todo tenía la misma inmovilidad de la víspera.

La Muerte había segado su trigo provechoso. Su granero de huesos debía alegrarse.

Las personas de su familia seguían rezando y llorando. Mónica, con el ceño fruncido, subió nuevamente la escala.

Contempló su dormitorio, extrañada de encontrarle distinto. Ahora, los muebles blancos no

conservarían su blancura. Algo humillado los hacía sospechosos. Ya Mónica no vería la pureza en ellos sino en las manchas, en las marcas.

Tendida en el lecho lloraba. De pronto se le vino encima toda la inmensidad de la tragedia. Por vez primera se detuvo a considerar el resultado del ensueño. Era la adolescencia, era la pubertad que transforma el violín en violoncello, la estrella en la luna, era la adolescencia la que conmovía a la colegiala.

Al día siguiente los periódicos publicaron grandes informaciones del accidente. Relataban con muchos detalles la escena en que la "hermana reconoció el cadáver del niño". Y cosa rara, al leer el relato, a Mónica le pareció que era un nuevo suceso el que narraba. Con íntima satisfacción, leyó todo lo que a ella se refería.

El padre no se resignaba a la soledad presente. A altas horas de la noche se le oía pasear por la casa, cerrando puertas y ventanas, como si temiera a los ladrones.

La madre recibía a los parientes –cuñados, suegros, tíos– que le daban el pésame. En la conversación salían a relucir los infaltables, ("tan buen hijo", "tan estudioso", "el orgullo de la familia").

Raúl parecía estar oyendo alabanzas dirigidas a él, y se encerraba a estudiar, y se asustaba porque a veces se le ocurría que él era el muerto. Por otra parte, no utilizó nunca más su bicicleta.

Mónica se disgustaba por cualquier cosa. En la familia se extrañaban del brusco cambio sufrido por la muchacha. Mónica se quejaba de insomnios, se quejaba de la costurera que no sabía hacerle los vestidos, se quejaba contra sus padres que "a cada rato le dicen que coma".

Por esos días recibieron una carta de Octavio en la que les anunciaba "que muy pronto le tendrían por allá, pues deseaba mucho verlos, nuevamente. Saludos a Mónica, etc."

Todos miraron a Mónica. Esta se sonrojó. Era la adolescencia.

Mónica regresaba del Jeanne d'Arc, como de costumbre. El cansancio de los días se había sumado al cansancio de los días restantes.

Estaba cansada, como si durante el transcurso de su vida hubiera caído una tonelada de tiempo en el barril de las edades.

A veces, mientras se despojaba uno por uno de los atributos de la infancia, se dirigía amargos reproches. Se sentía derrotada, hastiada; pero como el que ha cometido un crimen se cuida muy bien de no proclamarlo a todo viento, ella nunca lució su habilidad derrotada, a pesar de los duros instantes de sinceridad, en los cuales la confesión llegaba a ser intolerable o irresistible.

Para prevenir el percance de su adolescencia necesitaba nuevas armas, la sonrisa artificial, la preocupación por los detalles, la palabra reflexiva, el cósmetico.

Por lo demás, ¿quién era ella? ¿Era una señorita solitaria que vivía en un cuarto severo, en una ciudad de tinieblas? ¿Era la despreocupada paseante del mediodía, en esa hora lúgubre, cuando el sol se traga las sombras, hora recargada de recuerdos, como una pobre mujer pintada con humildes afeites? Sí, eso era ella. Aunque le causara pavor o vergüenza confesarlo, eso era ella. Una señorita solitaria, un transeúnte cualquiera, un paseante sin porvenir y sin pasado.

Un tiempo atrás supo alegrarse con las cigüeñas, con los Circos, con su suerte que caminaba a prisa. Lejanos tiempos. Al recordarlos, ella movía negativamente la cabeza y hacía un gesto de amable sometimiento a la desventura presente.

Como la serpiente cambia de piel, así ella perdía su leyenda. Se reía como una loca, pensando que un tiempo atrás creyó firmemente que existían Pedro, Juan y Diego.

Sin embargo, aun no olvidaba algunas costumbres. Aun abandonaba su pan a la voracidad de los gorriones para extraviar la ruta. Aun se colgaba a los pies de los transeúntes para que le enseñaran la ubicación de su casa.

Ese mediodía seguía a un marino. Sabía ella que eso era incorrecto, que caía fuera de todo orden. Pero no importaba. Ella seguía a un marino para encontrar su vivienda.

Ella era una mujercita y una mujercita no hace esas cosas. Un día su madre le dijo:

–Trata de no torcer la boca todo el día. Es una fea costumbre. Debes cambiar, Mónica, ya eres una mujercita.

Recordó los cuentos que la institutriz le narraba en su niñez, especialmente ese del hombre que le vendió su sombra al Diablo. Ella también había vendido su sombra y no sólo su sombra sino también su cuerpo, pues no sabía si caminaba o si estaba inmóvil. La poseía la agorafobia del preso evadido.

Era la hora del cenit. El sol había comprado su sombra por un paseo fracasado.

Porque no podía darse por satisfecha de ese paseo, donde se le infiltró la idea de la niñez, haciéndola asumir la responsabilidad de sus actos, en una suerte de infancia hecha trizas, como si a los 13 años ella fuera una viejecita rubia.

Como el detective acumulaba las observaciones que acabarán por descubrir el criminal, así ella, durante el trayecto del Jeanne d'Arc a su casa, remienda rotas, une cortados cables, y tal vez con ellos consiga aprisionar la infancia.

El mediodía estaba lleno de presagios. De pronto un automóvil frenó junto a ella y desde el interior un joven la miró profundamente. Era Octavio. La fotografía en su dormitorio le puso en evidencia.

Mónica continuó el camino, ruborizada, ciega, tropezando con los transeúntes. La angustia la hacía latir apresuradamente el corazón. Una nueva etapa de su vida comenzaba con la presencia de Octavio.

Ahora quería adelantar la ubicación de su casa. El marino que la guiaba caminaba sin impaciencias. Acostumbrado al limitado espacio de la cubierta de la fragata, espacio que en el paseo es necesario recorrer lentamente, para no aburrirse, no atinaba a encontrar la velocidad precisa para transitar por las calles, y ante el temor de una falsa velocidad prefería emplear la antigua, la conocida, la proveniente de los pasos lentos.

Mónica seguía al marino y Octavio la seguía.

De pronto, inesperadamente, como de costumbre, ella se encontró frente a su casa. En ese instante, se decidía el provenir de su infancia.

A su espalda, oyó la exclamación que esperaba:

—Mónica.

Era su primo. Al verla pasar, tal vez se le vino a la memoria el rostro de la prima, los juegos infantiles. Pero dudó y prefirió seguirla. Por otra parte, la indiferencia de la colegiala le desconcertó. Ahora, frente a la casa, ya no dudaba. Era ella.

—¡Mónica!

Pero Mónica no miró hacia atrás. Penetró en la casa y de nuevo, golpeó la mampara con un furioso portazo. Portazo de aprendiz a suicida.

Subió a prisa la escala y se encerró en el dormitorio. Un silencio espantoso reinaba en la mansión. Silencio para que el sonido del timbre se oyera en toda su intensidad.

Octavio tocó el timbre. Mónica se tapó los oídos, como si el sonido la desgarrara íntegra.

Era el instante de la elección. Debía decidirse. Por una parte, la infancia, con su encantamiento de ensueño, le pedía que no claudicase. Por otro lado, el ritmo normal le ordenaba que se sometiese a la vida.

Abajo conversaban animadamente. El primo decía:

—No conocí al principio a Mónica y tuve que seguirla cuerdas y cuerdas, como un enamorado. Sólo cuando llegué aquí, a la casa, ya no dudé. Entonces la llamé por su nombre pero no me oyó. Hagan el favor de decirle que he llegado y que deseo mucho hablar con ella.

Accedieron. La madre, al pie de la escala, la llamaba.

—Mónica, Mónica.

La niñita apareció arriba. Con aspecto de recién despertada, preguntó:

–¿Me llamabas, mamá?

–Sí, baja; llegó Octavio.

–Sí, Mónica, estoy aquí. El primo, junto a su madre la miraba sonriendo.

Ella, desde arriba, dominaba al grupo. ¡Qué distante quedaban los gorriones, los pasos de los transeúntes, el portazo a la mampara! La normalidad la lanzaba aguas abajo, como la cascada a los nadadores.

Entonces, con paso lento, abandonando en cada tramo de la escala uno a uno los pequeños triunfos del delirio, bajó Mónica a reunirse con la realidad.

(Revista *Atenea*, mayo de 1936)

GEHENNA*

i

Un sueño que se desarrolla con precisión crítica. La esquematización, los huesos necesarios, nada de epidermis o de primeras impresiones. Un claro de bosque o un cadáver que se amana. Remontando esas lejanías se llega a la cámara del amor. En un plano del aire donde los ojos están cansados pero no cerrados, donde todo tiene un frescor recién nacido, la naturaleza sádica, la luz ódica. Esa razón física de despertar puede obedecer a una orden dictada en el sueño. Yo lucho por resistir las visiones, sus leyes, su rica variedad de colores. El delirio se muerde la cola. En mi alegría yo confundo los paisajes, todo me parece hermoso y yo humilde. Un resto de independencia me hace examinar atentamente el jardín, los paseantes leprosos. Es una gravedad. O pequeño demonio que me visitas familiarmente. Él comprende más bien, tú me guías. Pero llega el desenlace y es preciso abrir los ojos. Ahora quiero examinarlo todo con precisión de vidente.

*Arenas publicó dos partes de este cuento, el primero es el que hemos incluido que apareció en la *Antología del verdadero cuento en Chile* que realizó Miguel Serrano. La otra parte –no necesariamente segunda– fue publicada en 1940 en la revista *Atenea*. Hemos escogido la primera ya que tuvo mayor significación, porque fue leída por gran parte de la generación del 38.

ii

Fui contra mi voluntad a la reunión. Estaba enfermo, me sentía lleno de vacilaciones. Pensaba con cierto encantamiento íntimo que la realidad, para mí, constituía una variedad de observaciones que era preciso evaluar fuera de ella. Pero al mismo tiempo, la obligación de mantenerme erguido me dispensaba de aprovechar la realidad en beneficio propio. La noche anterior, es decir el día anterior, porque el sueño duró hasta las seis de la tarde aproximadamente, una curiosa visión, un golpe de azar me puso frente a frente de una mujer que no conocía. La persona que abrió las puertas con esa mano imprecisa del amor, era extraña, quimérica, feérica. Ninguna cadena la sujetaba a la realidad, ella no tenía mentalidad de perro.

La anécdota de la visión se borró completamente de mi memoria, pero el rostro de ella adquirió una precisión insospechada.

Un llamado telefónico me cortó la respiración. “Venga usted” –me decía alguien. Esta invitación me llenó de alegría en el primer momento. Yo no pude interpretar el motivo. “O todo va bien o es necesario pegarse un tiro”. Yo repetí esa frase orgullosamente. Pero al mismo tiempo me sorprendió mi seguridad. ¿Desde cuándo he aprendido a fingir? No soy ordenado, esto no entra en un terreno de preguntas y respuestas.

Contesté afirmativamente. Un trabajo agotador cambió mi punto de vista. Yo pensaba en pensamiento que era preciso cambiar algo, reformar un vértigo, cualquier cosa. Esperaba una carta. Esta espera fija mis recuerdos con cierta exactitud. Es para mí asunto de vida o muerte atravesar el techo y volar con la vida hacia adelante. Salvar, salvarme. Ya no tengo nada que me defienda, un cielo enemigo borra la tierra con sus manos llameantes. Nada esperar; sobre esos tristes resultados de un sueño, yo debo agregar los argumentos de la realidad. Un rasgo de orgullo me hizo abrir la vida hacia la muerte. Yo no ocultaré mi cabeza bajo la tierra. El hombre está colocado entre el cielo y la tierra por una razón misteriosa.

iii

El azar antes que nada. Por él yo sacrifico la experiencia, la vida dirigida. El presentimiento de un suceso feliz me hace respirar nerviosamente. La felicidad por la adivinación. Con pensamientos entrecortados –a mi manera– el mundo se une como una sola malla de oro.

Esta joven vestida con un traje especial nunca de moda, pronuncia palabras convulsivas, no sabe calmar su impaciencia, o, como dirían, no sabe despertar a tiempo.

No sé cuántos años pasaron desde que la conocí. Seguramente, una felicidad prevista corre

el riesgo de dar paso al azar. De este único modo se puede justificar mi amor formado de conjeturas. Ello es lo más importante para mí. Este aspecto maravilloso del amor tiene para mí la consistencia de una realidad. Es lo solo que une. Por varios años evité encontrarla directamente. A veces estábamos a un solo paso, pero un vértigo sucesivo me inducía a partir precipitadamente. Ella obraba en reciprocidad. No sé qué razón la obligó a presentarse de pronto. De pronto me dormí con un sueño de cómplice, un sueño pasivo. Estaba cansado, aburrido, sonriente. Era demasiado tarde para retroceder.

Aquella noche yo volvía de una conversación brutal, de una entrevista penosa; todo se había perdido. Se imponía comenzar de nuevo mi trabajo o no pensar más en semejante cosa de quimera. Exteriormente yo me esforzaba por callar, por hacerlo todo lisonjero y comunicativo. Es una falta de pudor sufrir a la vista del público.

Solamente ahora puedo hablar de él con cierta objetividad.

La enumeración de los hechos. El 5 de octubre de 1929 (la fecha es provisoria, como se puede suponer) recorría yo las calles por la mañana, ociosamente. Me encontraba casi restablecido, casi invisible para mí mismo. Sin fingir nada, yo creía en la intervención del amor. Se mezclaban en mi cerebro nombres desaparecidos, figuras sin contornos, que me empujaban nerviosamente a las explicaciones. Trataba de odiarme, trataba de encontrar repugnante mi afición a los recuerdos. A los 16 años yo pensaba en el mundo con cierta condescendencia. La propia imaginación jugaba con la imaginación ajena; me separaba en varias personas a la vez, como en una suerte de delta. No estaba conforme –esperaba algo.

De pronto, a lo largo de una avenida, el mundo se hizo confortable y tranquilo. Como si mi cerebro hubiera dado un paso en falso, yo caí en el vacío de mi propia imaginación. Sin embargo, yo sabía que esto lo hacía en beneficio de otro ser, de alguien cuyo conocimiento me estaba vedado. Caminé impaciente. Quería llegar antes que todos los transeúntes. Uno de ellos me miró sorprendido: era la joven que yo buscaba. Ambos cerramos los ojos con idéntica torpeza. Cuando volví a abrirlos, ella había desaparecido.

iv

Esa llamada me despertó bruscamente. En el primer instante yo no tuve el tiempo de reflexionar. Desearía una quietud universal, casi un minuto de silencio, para volver a recuperarme. Pero todo giraba con actividad. Más allá de la pasión, de la manía de la memoria, un testigo me informaba de todos mis pasos. Yo procedí desatinadamente aceptando aquella invitación. Me decía: “Tengo el tiempo justo”. Eran las seis de la tarde. Una luz lechosa, líquida, cambiaba

el ambiente. Procedí como un sonámbulo. Un baño caliente me hizo retroceder muchos años, cuando vivía en otra parte y salía a la misma hora feliz, lleno de delirios, en busca de amistades, de novedades para toda mi vida.

v

Algunos días después los acontecimientos se precipitaron con una velocidad verdaderamente asombrosa. Sucedieron innumerables coincidencias, imposibles de silenciar.

El 15 ó el 16 de octubre recibí una comunicación de una amiga mía: “Ven pronto” –era el imperioso mensaje. El arrastre de esa pequeña frase tuvo la fuerza suficiente para sacarme de mi tranquilidad. Fui donde ella. Conozco suficientemente bien el sitio del crimen. Fue ella precisamente quien le puso ese título a su casa. Era preciso subir la escala hasta un tercer piso, tocar el timbre y esperar un cuarto de hora. Esa espera me descomponía. Por fin apareció ella. Estaba durmiendo, estaba leyendo, estaba bañándose, hablaba por teléfono, eran sus disculpas. En buenas cuentas, sólo quería echar a perder mi velocidad. Casi siempre estaba sola. La madre se la pasaba en reuniones y la criada era sorda.

Pero esa vez la puerta se abrió inmediatamente. Ella apareció en el umbral, con sus ojos que parecían leer un imaginario libro y con su pelo de prostituta de alto rango.

–Mira –me dijo, mostrándome una fotografía–, mira por primera vez en tu vida un rostro verdaderamente interesante.

Yo miré rápidamente el retrato y aparté mi vista como de un abismo. Reconocí, la reconocí a través de otro semblante. “¿No me preguntas quién es?” –insistió mi amiga.

–No vale la pena –repuse–, debe ser alguna de tus compañeras del colegio.

–Es una persona desconocida. Te equivocas. Yo no sé si existe o no.

Me aprontaba a partir. Ella me tomó de un brazo con un ademán impaciente y nervioso, y me explicó el hallazgo de la fotografía con frases entrecortadas: “A la salida del Teatro Miraflores la encontré en el pasillo. Me llamó la atención y la guardé inmediatamente. Eso es todo”.

Semejante historia no aclaraba nada. Le pedí la fotografía y ella me la regaló. De vuelta a casa, la eché en mi escritorio, en un cajón clausurado, y no la he vuelto a ver más.

Conjuntamente con este episodio, extraño para mí, otros dos acontecimientos me acercaron a la misteriosa joven.

En uno de ellos, una carta jugó el principal papel. Una tarde que estaba solo en casa –vivía en Echaurren 36–, alguien tocó el timbre y cuando fui a abrir no había nadie esperando. Pero una carta, botada en el piso junto a la puerta, me llamó la atención. Tenía mis señas. La abrí inconsciente-

mente, creyendo hasta el último momento en un malentendido. La carta estaba concebida en pocas líneas: “Veámonos mañana, a las diez de la noche, en...”. Ninguna firma. Yo no fui a la entrevista. No me explico qué hilo conductor vi entre el retrato y esa carta garabateada, llena de borrones, escrita con una caligrafía de borrones. Me dominó un sentimiento de confusa piedad por la desconocida. Algo, la presencia del amor seguramente, parecía rodearme, instruirme en determinadas acciones, hacerme andante de misteriosas avenidas.

El tercer aviso que se relaciona con ella fue un contacto casi cuerpo a cuerpo. El 26 de octubre estaba yo sentado en un banco de la plaza Manuel Rodríguez. La soledad más completa, la oscuridad más profunda, hacía imposible una identificación de amor. Sin saber cómo, una mujer apareció a mi lado. ¿Qué azar la condujo allí? Se sentó en silencio, reservada, digna, confiadamente. Yo no vi su rostro, lo ocultaba la noche. Yo veía el rostro de la noche, un rostro favorable, directo. Ambos permanecimos juntos durante largas horas, sin hacer un ademán, sin que ni siquiera supiéramos que vivíamos. El silencio fascinante de un surtidor ahorra las palabras que no sabíamos decir. Yo juro que vi la noche rodeada por terribles fuegos, reunida por una sola boca que profetizaba visiones. Eso es todo. Pero hay algo más que decir. La carta que recibí en días anteriores, con esa frase dictada por la desesperación, indicaba precisamente la plaza M. R. como lugar para la entrevista.

vi

Me repugna escribir por el solo placer de reflexionar. Nada me impediría ocultar mi vida, ni nada tampoco lucirla a cada paso. El día que me convencí que el género de las confusiones era un género literario rompí muchos papeles míos que hubieran interesado en alto grado a los médicos y a la policía.

vii

He aquí el sueño donde intervino la desconocida. Estábamos los dos en una habitación blanca, llena de muebles blancos también, desparramados éstos en un extraño desorden. Una escala de mármol atravesaba la cámara de parte a parte. No puedo explicarme con claridad.

La escala de mármol llenaba toda la pieza. Es decir, se unía con ella, y de las dos resultaba una escala-cuarto. En la escala había sillas y mesas. Nosotros, ella y yo, saltábamos por los escalones, evitando tocar los objetos de uso doméstico. Tres puertas comunicaban con el exterior; estaban abiertas. De pronto sentimos los pasos de muchos hombres que venían con ánimo de penetrar en la habitación. Esto me angustió espantosamente. Yo comprendí que el peligro provenía de allá afuera. Pero la bella mujer que me acompañaba me dirigió una sonrisa tranquilizadora de cómplice. Rápi-

damente se sacó un largo cabello rubio de su peinado y lo enlazó a su dedo murmurando la palabra Gehenna. Las puertas se cerraron como por encanto. Las personas de afuera golpeaban la puerta con rabia espantosa. Después todo fue Gehenna para mí. En el sueño esta palabra correspondía a Tabú, pero con una significación horrible. Continuaré explicando este sueño más adelante.

Al despertar, yo temblaba como una hoja. Eran las seis de la tarde. En ese momento recibí una llamada telefónica. Yo estaba seguro de que se desarrollarían sucesos sobrenaturales. En el último momento llegó a mi poder una carta que me salvó. Era mi indulto.

Es increíble que una carta de amor se transforme en una carta anónima.

viii

Solamente a las once de la noche pude asistir a la casa de la fiesta. Se había reunido un buen número de personas ya. Yo estreché manos afectuosas y respondí preguntas amables. Sin embargo, estaba inquieto, buscaba algo.

Por fin me quedé solo, lo que me permitió buscar sin que se me incomodase. No sé el tiempo que empleé en semejante búsqueda. Solamente cuando me sentía decepcionado por el resultado, vine a encontrarme con el misterio. Hablo de ella, de la misma mujer que he buscado toda mi vida, y que sale y vuelve en una perpetua oscilación.

La encontré vagando ociosamente por las habitaciones, con las manos a la espalda, con un gesto importante en el rostro. Ella atravesaba las salas con un susurro de pies, volando casi, deslizándose por entre los invitados, con seguridad. No me sorprendí al verla. Todo me pareció natural y simple, incluso el sueño que me invadió, el sopor al mirarla por primera vez a la realidad.

Yo me sentía lleno de confianza por la compañía de esta persona. No esperaba que permaneciera en el salón largo tiempo. Esto me alegraba. Buscarla eternamente sería mi trabajo. Esta afición por la búsqueda, por las asociaciones peligrosas, me conducía indirectamente a la felicidad. Por esta razón aprovechábamos las horas. Conversábamos. Esto no es claro de decir. Nos habíamos aislado en una pieza, para mí desconocida, sentados frente a frente, y nos examinábamos sin cambiar una palabra. Pero bellos proyectos se entrelazaban y nos mentíamos toda clase de verdades. Ella se prestaba de buenas ganas a esta interpretación del amor. Me parecía encontrarme en una plaza, no lo sé.

Yo salí repentinamente. Me perdí en la calle, en un lugar ininteligible. Nada era agradable, yo prefería esa representación del amor físico, yo interpreto hasta las últimas convulsiones de los estanques públicos. Nada me guiaba. Yo huí para salvar algo. El amor pudo ser para mí la interpretación de un sueño, en un sentido figurado. Por una suerte de asociación de ideas, este bienestar constituía una entrada fácil en la muerte. Andaba errante.

De pronto la calle atrayente, fácil y misteriosa, fue un lugar de tormento. ¡Que sea así!

Yo no podía andar sino muy lentamente, y eso, con dificultad. Fue lo único que me demostró que soñaba. Yo quería salir del sueño por la intervención de un abandono. Pero no podía obligarme a no mirar, a no pensar, a no dormir. Sin ninguna piedad yo volvía al amor.

Ella caminaba lentamente. Por un instante marchamos juntos. Yo me decía interiormente: “Dame la salvación”. Ella me miraba con ojos encantados. Su bella expresión la hacía reconocible. Con pavor reconocí una escena semejante.

En octubre de 1929 yo caminaba por una avenida igual a la de ahora. Iba al lado de una mujer. Quedé solo; ella entró a una habitación enorme. El sueño se venga y es preciso reconstituir la vida en él, parte por parte. Ya nada me hace dudar.

La casa se alzaba con un índice interrogante. Entré siguiéndola, pero la desconocida desapareció sin que yo lo evitara.

Nada recuerdo de ella, nada tampoco de mi obsesión. Yo no me olvido del mundo por egoísmo, sino porque otros asuntos me solicitan. Es esta la ausencia total de la lógica, del sentido del peligro.

No tengo la muerte fácil. Lucho hasta el último momento. Pero si la muerte prometiera darme esa mujer para siempre, yo dejaría de respirar. Quiero explicar los antecedentes del sueño.

En el año 1929 yo encontraba agradable a cierta persona. Ella murió, desapareció, fue comida por el misterio. Yo no lo sé. Hace pocos años la volví a encontrar, pero ya no nos reconocimos. Entonces se lo confesé todo y me puse a dormir. Esta es una manera de decir, porque tenía los ojos abiertos e imaginaba una reforma íntegra del mundo –lo encontraba demasiado sucio– y esto recibe el nombre de quimera y pérdida de tiempo. Salía del sueño y en la vida diaria me comportaba como un ser de la vida diaria. Es decir, procedía con determinadas mentiras. Se ignora el género de mis preocupaciones.

De improviso, una joven unió los rostros distantes de mis amigas. Fue una persecución bien interesante. Recuerdo que en la habitación de la casa lo examinaba ella todo con curiosidad. Las sombras me rodeaban; una luz artificial, la única creada por el sueño. Yo no puedo representarme con claridad esa avenida, esa casa de muerte. El lugar de las palabras, el silencio –yo esperaba. Se abrió la puerta con suavidad y vi una lámpara que avanzaba, que se depositaba en la mesa. Yo luchaba por conocer al destinatario. Imposible. La lámpara se gobernaba sola. Entonces grité. Este grito me despertó. Pero no hacia un mundo de todos los días, sino hacia un mundo de todas las noches.

Me extravié en la bruma, persiguiendo una mujer, una llamada, un grito.

Huyendo llegué a un jardín abandonado. Ese jardín era igual a otro que yo conocía desde antes. Sin embargo, no puedo ubicarlo en mis recuerdos. Un apasionamiento inútil me detuvo en él, con el propósito de recomponer mis ideas y aclarar mi vida. Me di cuenta que perdía un tiempo pre-

cioso. Me acerqué a una pared del jardín. Oí una voz que me exigía trepar, mirar el otro lado. Subí.

El jardín se comunicaba con otro. En éste había varias personas de toda clase. Estoy tentado de agregar, y de toda especie, porque, a la verdad, esos cuerpos no tenían casi forma humana, adquiriendo la fisonomía de plantas mortales, de estrellas venenosas, de abanicos centelleantes.

En medio de todos reconocí a la joven que yo buscaba. Ella se entretenía en una singular labor: se pasaba las manos por su cara, arrancándose los ojos, la nariz, la boca. Yo la contemplaba curiosamente. Al verme ella gritó: “Ven a reunirse con nosotros”.

Sus compañeros sonreían. Entonces la joven se puso de pie mostrando su cuerpo que había sufrido una original metamorfosis, y alzó la mano. Empezó a monologar:

–No vengas, tú no puedes venir. Huye. Tenemos demasiado tiempo. Este es un lugar maldito. El mundo, mira lo que se ha hecho de la tierra. No me salves. Jamás. Gehenna. Gehenna. Esto es Gehenna. La corrupción, la patria, el fuego en las entrañas, los matrimonios, la política, la religión. No entres a Gehenna.

Sin embargo, yo esperaba más, otra cosa, casi una justificación de semejante delirio. Por fin lo obtuve. Ella dijo rápidamente: “La lepra nos corrompe. No saltes aquí, es peligroso”. Eso me decidí. Sin saber lo que hacía, salté hacia el otro lado. Me recibió una tierra infestada, una tierra de algodón. Desde mucho tiempo atrás yo quería informarme acerca de la lepra, por esa razón salté. Pero, más bien pensado, mi salto no tuvo otro motivo que el saltar. Salté con facilidad y esta ligereza de mis movimientos me convenció de que ya no soñaba. Hubiera sido imposible desenvolverme tan sueltamente en un sueño.

Ellos me recibieron con alegres exclamaciones. Me acogieron como a un pariente que regresa. La joven –una criatura horriblemente desfigurada por la lepra– me tomó de una mano y me invitó: “Vamos a conocer nuestra casa”.

Yo veía una inmensa extensión de terreno en mi torno, sin ninguna señal de edificios.

–Ven –agregó–, no temas nada.

Permanecimos inmóviles. Yo no respiraba, el corazón corría. Yo estaba encantado, petrificado. Me di cuenta que nos hundíamos en el suelo fangoso. Mi cabeza ya no me pertenecía. Nuevamente me invadieron las tinieblas. En ese momento recibí la llamada telefónica, invitándome a la fiesta.

–Apresúrate –dijo ella, con un visible terror en su rostro–. Ven antes que se pierda todo.

Anduvimos, abriéndonos camino bajo tierra. Llegamos ante una puerta de tierra. Ella me abrió, poniendo un dedo en la cerradura. Yo observé su dedo. Un cabello rubio lo rodeaba como un anillo.

–Esto es Gehenna –me explicó con una sonrisa.

Se abrió la puerta y una claridad deslumbrante proveniente de la sala, nos vino al encuentro. Semejante claridad me hizo retroceder, pero mi acompañante me tranquilizó y me invitó a avan-

zar. Yo la miré con desconcierto. Ella volvió a decir:

–Yo no puedo reunirme contigo. Ese lugar está prohibido para mí. Yo soy un cadáver. Yo soy el cadáver de tu novia. ¿Me reconoces? Has llegado hasta el cementerio, has abierto mi tumba, has desenterrado mi cadáver, y ahora me contemplas. Pero esta misma noche estarás con ella en el baile.

Ella, en silencio, me señaló una joven desconocida que estaba sentada en la sala.

–Ahí estoy yo –me dijo–. No temas nada.

Yo me volví para mirar el cadáver: Había desaparecido.

ix

Acompañado de esos tristes presentimientos fui a la reunión aquella noche. Yo sabía de antemano lo que se me esperaba.

Tranquilo, resuelto; no hagamos un moderado uso de lo sobrenatural. Existe una identidad maravillosa entre el sueño y la poesía, entre la poesía y el placer, entre el placer y el terror. Y ellos son inagotables. Por una suerte de asociación de ideas, yo me encontraba satisfecho de todo, anhelante, respirante, curioso. El amor me frecuentaba. Nada me interesa fuera de una zona favorable al encantamiento. Un poeta puede llegar indirectamente hasta el mundo. Pero no lo rechaza. Por el contrario, se hunde en él, estrecha manos leprosas, comprende, comparte la vida. Compartir la vida. Una extraña proposición hace de semejante idea un terreno fácil para discutir el problema de la vida. Compartir, ganar la vida. ¿Qué significa esto? Esto significa que el hombre debe abandonar sus más queridas reservas, y la obsesión, y el delirio, y el recuerdo de su paso instantáneo por una región poblada a su gusto, para satisfacer los caprichos de sus parientes, de la colectividad. Pobres y rastreras aspiraciones. Salvarse para la política, para todo uso indebido de la vida. No es por azar que son los descastados y los malditos y los extraordinarios los que tienen sobre sí el peso más tremendo de la poesía. (Por ejemplo, Lautréamont, Rimbaud, el marqués de Sade, André Breton). Un llamado oscuro hace que semejantes hombres se aparten de todas las sendas establecidas, vuelvan al pasado, arrojándose a manos llenas en el conocimiento primero, en los instintos, en la subversión.

La enumeración es enorme y cerrada al mismo tiempo. Un día acaso la intente. Le debo reconocimiento a los que me dijeron que no estaba solo.

x

Es interesante para mí fijar otros antecedentes de mi sueño. Por cierto que todos ellos se refieren de una manera casi exclusiva a una determinada persona. Es casi un tema de observación. El amor

me golpeaba obsesionadamente. Pero yo no trato de evitar sus manifestaciones. No es honrado cambiar bien por mal. ¿Qué delirio puede transportarme, cerrarme los ojos, hacer de mi cuerpo un boomerang que regresa a su punto de partida?

Lleno de vacilaciones, sin tener la convicción de haber acertado a describir fielmente el tránsito del amor, debo empezar a relatar, es decir, debo continuar hablando de ella. Gobierno mentalmente el deseo de vivir. Esta ansia veloz de anticiparse me hace tomar ventajas. Es fatal que esto se produzca. De tanto unir la noche a la espera, resulta que no espero otra cosa que la noche. Yo espero la noche por el resto de mis días. Simples circunstancias me advierten que procedo bien.

Un simple ejemplo: la curiosidad, la ociosidad, cualquier cosa, hizo que describiera la cortina que ocultaba ese cuadro. Un gesto instintivo me hizo retroceder como a la vista de un dragón. Y, sin embargo, el cuadro no tenía nada de terrible. Representaba a una mujer, pintada a la moda de 1850 aproximadamente, solícita, sonriente, amable. ¿Qué había de extraño en su peinado, en sus ojos de adoración incesante? Pero casi un idéntico grito salió de su boca, al verme. ¿Es necesario decirlo? El cuadro representaba la misma bella joven que he buscado siempre, la misma cuya mortal semejanza me ofreció una amiga mía en una fotografía perdida en un cinema. Un gesto de terror atávico hizo que yo retrocediera sin reflexionar.

Me encontraba en un extraño sitio. No puedo describirlo, no puedo acordarme con exactitud. Yo había recibido una amable invitación de parte de un grupo de amigos. En el primer momento yo acepté sin vacilar. Solamente después vi lo imposible de satisfacerlo, pero ya era demasiado tarde. Aquella noche todo el mundo parecía nadar en un líquido brillante. Las calles, llenas de transeúntes, resultaban casi por ese motivo desconocidas para mí. No fue raro que me extraviara.

Andaba contra mi voluntad. Una fuerza centrífuga ferozmente me empujaba lejos de mi órbita. No es un acomodo fácil.

De pronto, entre dos tumultos, quedó un espacio libre. Yo me apresuré por llegar a él. Esto resultaba comprometedor. En medio del círculo de personas había una joven, una bella desorientada, que sonreía fijamente, delicadamente. A la verdad yo comprendí que a ella muy poco le interesaba cuánto sucedía en torno y los pasantes que la miraban extasiados. Más tarde, ella me explicó el empleo de sus pensamientos.

Sin duda alguna, nosotros nos veíamos por primera vez. Pero ella no dudó un instante en correr precipitadamente hacia mí como si me aguardara. Los transeúntes dejaron de preocuparse del asunto. Echamos a caminar en silencio. Nada me parecía inoportuno o fuera de razón. Para mí, esto significaba la reanudación de un sueño. Sin embargo, mi tranquilidad era aparente. Eso lo observé yo mismo, porque por un instante no pude controlar mis palabras.

Ella se mantenía tranquila. Yo aguardaba con curiosidad que hiciese un ademán poco acos-

tumbrado para que él nos sirviera de contraseña, de clave. El ademán esperado llegó al fin.

Ella, de pie, alta y decidida, levantó su mano izquierda, mientras llevaba la derecha diligentemente hacia su corazón, y la mantuvo arriba mientras exclamaba, con los ojos cerrados, la palabra “Gehenna”. Al conjuro de esta palabra, los transeúntes, las calles, la ciudad entera con sus fuentes y sus jardines, desaparecieron. Quedamos solos, dueños de un universo deshabitado.

Pero esto no es todo; lo más curioso, si no lo más extraño o interesante, vino después. La ciudad que yo tanto conocía se transformó en un campo de hielos, en un lugar de silencios. Ella, la aparecida, fue retrocediendo hasta el fondo de ese paisaje y desde allí, alta y dominante como siempre, cambiada en surtidor que tejía palomas, dividió el cielo, la tierra en dos partes idénticas. Yo la contemplaba con ansias de saber lo que sucedería. Pero si miramos persistentemente un mismo lugar, nuestra imaginación lo transforma a su capricho. Esto sucedió con la hechicera, con esa joven que aparecía y desaparecía de mi lado, con la reconocible y la desconocida a la vez.

Ella formaba ahora el contorno de un castillo colocado en lo alto de una montaña de hielos. Las láminas de los tejados de este castillo lucían al sol boreal, lo incendiaban, lo hacían servir de señal a los amantes perdidos. Yo fui hasta él por necesidad. Corrí por la campiña de hielos. Mis pasos resonaban como si fuera por una calle desierta. Esto me alegró. Pensé que había alguna buena razón para creer en el triunfo de los delirios, para incorporarlos como materia viva de experimentación a la vida de siempre.

Yo corría frenéticamente por la pradera helada. Era un comienzo de principios del mundo. Grandes helechos se alzaban con un color refrescante. Entonces estos helechos tenían un color azul, pero de un azul desconocido. Había otros de distinto color. Todos, entre sí, formaban una variedad marina. Grandes olas tejidas y detenidas en la tierra, y al pasar por entre ellas, pisando el hielo, me imaginaba correr por el cuerpo de una persona. Es difícil explicar de dónde provenía semejante asociación de ideas.

paloma con un ala rota corría delante de mí. Un reguero de sangre se marcaba en el hielo como una señal para guiarme. Esto me dio ánimos. Yo cambié con la paloma una mirada de inteligencia. Aparentemente el bello pájaro no sufría. Se había herido por necesidad, como un prisionero que en su celda escribe un mensaje con su propia sangre. Esta idea me dio una nueva interpretación del asunto.

Comprendí que la paloma escribía algo también. Empecé a recorrer su sangre y vi trazada la palabra Gehenna en trazos enormes. Abrí los ojos. Estaba frente a la puerta del castillo. Entré a él, siempre antecedido por el pájaro sangriento. Mis ojos, acostumbrados al resplandor del hielo, no se habituaron de inmediato a la obscuridad del recibimiento del castillo. Permanecí de pie, olvidado de todo, vacilante, pero sin nada de angustia por lo que me sucedía. En la bruma que me envolvía, perdí de vista a la paloma. Pero ya estaba en buenas manos.

En ese castillo el tiempo transcurría muy lentamente y, por lo tanto, la hora o las horas que permanecí en él, fueron de larga duración. Sólo así es posible que yo recuerde todos los detalles.

Cuando mi retina pudo distinguir el lugar en que me hallaba, yo no perdí mi tiempo y busqué inmediatamente una persona para que me guiase.

Yo me aprestaba a subir una enorme escala que conducía seguramente a un torreón, cuando vi descender por ella a la hermosa joven que ha sufrido tantas curiosas transformaciones desde 1929 acá. Era ella misma. Estaba en ese lugar como en casa propia. Al verme, me invitó con una sonrisa hospitalaria a subir. Yo la seguí confiadamente, entregado al misterio con ojos cerrados, sin pretender descifrar ningún enigma.

Subimos a una alta torre. Desde allí se dominaba una gran extensión de hielos que se prolongaba hasta el horizonte. El cielo era un cielo de hielos. Desde el torreón sentí un deseo irresistible de arrojarme abajo. El abismo se abría sobre un abismo y sobre otro más, como una caja de repetición. Pero ella me tomó una mano y dijo algunas palabras tranquilizadoras:

—Ahora no es conveniente. Más tarde veremos. Espera.

Yo la obedecí. (¿Comprendes?). Descendimos. Fue en ese momento que ocurrió el suceso del retrato.

Al pasar por una enorme habitación, oscurecida por pesados cortinajes de terciopelo, una habitación des poblada de muebles, ella se alarmó visiblemente y quiso salir de allí con toda rapidez. Pero yo la detuve. Grité con violencia:

—Quiero saber qué cosa está escondida detrás de esa cortina.

Ella, sin contradecirme, sin ensayar un ademán de defensa, avanzó hasta la pared, pálida y mordiéndose los labios como si en ello le fuera la vida, descorrió la cortina precipitadamente.

Vi el lienzo, su propia imagen reflejada en el retrato. Yo no grité, pero retrocedí violentamente. Ella tuvo un hermoso rasgo de delicadeza, casi de ironía brutal.

—Perdón —exclamó.

Volvió a correr la cortina. Yo la miré sin saber qué hacer. Ella estaba agitada, intranquila. Ahora se movía nerviosamente.

—Debo abandonarte —me dijo—. Debo ocupar mi puesto. Pero esta noche me reconocerás en el baile.

Salió rápidamente. Yo me quedé solo. A mi vez abandoné el castillo. No salí a la ciudad, como me imaginaba. Tuve que pasar por todas las alternativas de alegrías y quebrantos de la ida. Se repitió el proceso de la lenta asimilación de un hombre a la vida. Sólo cuando esta transformación estuvo realizada pude abrir mis ojos de siempre.

Era extraño que nadie a mi alrededor advirtiera la presencia de la joven. Esto se podía explicar únicamente como un bondadoso gesto de las restantes personas, o, acaso, por el deseo de éstas de observarme sin que yo echara de ver que eran mis espectadoras. Bien pronto yo prescindí de ellas para hacer lo que se me antojaba. Al principio vagué ociosamente por las habitaciones, mirando todo, buscando algo, incluso un ser sin apariencias determinadas de amante, entregándolo todo a la casualidad. Esta búsqueda me llevó lejos en mis reflexiones. Yo me decía: “He aquí que comienza una aventura grande, un sueño deseado, que se cumplen los pronósticos”.

Antes de encontrarla realmente, tuve un verdadero temor. Yo estaba cansado de mi mismo sueño. Quería llegar hasta el reposo absoluto, no pensar, no frecuentar más semejantes visiones. Pero el sueño llegaba como una marea fácil. Veréis por qué.

La cabeza se inclina con suavidad, con encantamiento. Ella se siente perdida, renuncia a todo. Las sombras de un paraíso luminoso la golpean con insistencia. Rueda hasta el final, abandonada, guiándose por los últimos latidos de su cerebro. Cabeza amante, con millones de otras cabezas reunidas en un solo haz, reaccionando al contacto de la primera luz, como un diamante. Su rostro en mis manos, yo lo veo buscar un oriente mágico, ensayar una vuelta atrás. Su boca habla quiméricamente. Yo la escucho sin interrumpirla, sin que mi boca intervenga para empeñarse en dirigir sus evocaciones. Ella nada por un mar de sangre, por un mar de fuego. Yo mismo sigo su dirección hechizada. Insisto en decir, en aclarar está imagen mía, está idea, con la desesperación de quien se ve frente a un mensaje cifrado. Ahora necesito la más tangible realidad, la que posea una vocación terrible, un revés de sueños. ¿Cómo transmitir una sangre por una corriente de sangre sin que éstas corran el riesgo de unirse? Unir las sangres, unir las a toda prisa, cueste lo que cueste, yo lo deseo. Mis pensamientos, todo lo que doy, todo lo que puedo disponer, lo entrego en custodia á esa persona que duerme. Ella vigila, ella cuenta, ella rechaza, ella admite. Como se puede suponer, se necesitaría toda clase de orientaciones, especificadas con el mayor cuidado, con horas de partida, con el control de los viajeros, con la exactitud de los accidentes. Veo dormir a esta persona, pero la contemplo desde mi propio sueño. Sólo así se explican las observaciones. Nunca repito la misma forma de contemplar, las combinaciones son múltiples. De espaldas en este jardín marcado por el delirio -un lugar peligroso-, por los restos que el mar arroja como un jugador en la mesa de juego, yo escucho, oído en tierra, los pasos que se aproximan, las personas que lo buscan como un sitio de encantamientos. La restante es una realidad muy provisoria. Aquí tenemos un espacio disponible, por lo menos,

para los que huyan con gratuidad. Sólo en esa forma se explica que el jardín hecho con oros y diamantes, con árboles de champagne, con flores de gaita, con surtidores de pensador, con caminos exclamativos, con jardineras de obsidiana, sea plaza de ajusticiados, un lugar feliz.

No sé, a la verdad, cuándo vi por primera vez ese jardín “de hospital”. Creo que yo le evité siempre hasta el momento de recibir aquella famosa carta donde se me pedía insistentemente concurrir a él. Por una suerte de desmemoria, yo no puedo precisar si esa carta llegó antes o después de soñar con el jardín, de permanecer en él largo tiempo. Lo único que recuerdo es el color del ambiente, el color blanco derramado en un lugar sin ningún color. Él produjo un extraño cambio en mi personalidad. Yo había llegado con un sinnúmero de preocupaciones, pero a su vista todas fueron postergadas, casi por el solo hecho de sentirme rodeado de ese color. No encontré á nadie en el jardín y por esa razón tuve que caminar sin informarme. Yo creo que este paseo mío se realizó momentos después de salir del castillo imaginario. Mis preocupaciones, si esto es así, se referían fatalmente a mi acompañante eterna. Yo estaba convencido que no la vería nunca más y que esta cita forzosa se refería a otra persona con la que hablaría de asuntos diferentes. Por lo tanto, yo no me apresuré á buscarla, y me entretuve vagando por el jardín. De pronto, tal como de un rostro angélico va naciendo viciosamente un rostro satánico, el jardín fue perdiendo su primitiva fisonomía. Yo reconocí, no con espanto, sino con una suerte de alegría frenética, el lugar donde encontré aquel grupo de leprosos. Llegó todo nuevamente, incluso ese pronunciado olor a yodo, y empecé a marchar con dificultad, con pies de plomo, durmiendo.

Esto provenía de un error mío, de un recuerdo olvidado. En 1929 perdí de vista a cierta joven y la separación me produjo una crisis horrible que no se tradujo en ningún malestar físico. Incluso puede decirse que espiritualmente tampoco sufrí. Nadé con mis semejantes. Observé todo lo que había a mi alrededor, eliminando y anexando ideas. Estaba sediento de redimirme por el sacrificio. El suicidio siempre se me ha antojado una solución transitoria. En tantas preocupaciones diversas, yo perdí el punto de partida. Sólo cuando el caos llegó a su máximum, volví a fundirme en mí mismo bajo el señero de la libertad.

Amante mía, cuántas ocasiones de separación furiosa, de hallazgos inesperados. Un Santiago de Chile que no es ya un Santiago de Chile, una ciudad con desiertos y jardines al mismo tiempo, con plazas de suplicio, con carta de luto. Algunos días con determinados amores –el 24 de noviembre de 1935– y otros de búsqueda del amor. Escrituras en paredes de espera, alucinaciones.

Recorría, como he dicho, todo el jardín sin dejar un lugar sin examinar. De este modo yo obraba con una determinada inteligencia. Efectivamente, yo quería llevarme una imagen real de ese huerto enfermo, quería transcribirlo fielmente, recordarlo cuando el sueño lo hubiera desvanecido. Yo estaba seguro que soñaba. Pero el sueño, por una curiosa metamorfosis, se hacía valedero, daba una impresión absoluta de vida realizada.

De pronto este sueño, si de él se trataba, sufrió una separación brusca. Yo me sentía perdido para toda la vida. Alguien se acercó a mí, una persona invisible, y me rogó que fuera aquella noche a una dirección indicada, para entrevistarme con una mujer que yo no conocía. Inmediatamente me advertí que bien podía encontrar a Beatriz -la persona que dio margen a este delirio- en esa casa, y respondí que iría. Inesperadamente me sentí transportado allá. Ahora estaba yo en pleno misterio.

Me encontraba en una biblioteca enorme, oscura, paseándome impaciente. La persona que aguardaba se hacía esperar. Sentí sonar las once de la noche en un reloj oculto a mis miradas. Esto me sorprendió. Creía que aún era la mañana. Me olvidé que esperaba algo y me entretuve en asociar fenómenos celestes. Por mi cabeza giraban lunas que cambiaban de fase, con libaciones inesperadas; en fin, toda suerte de planetas en movimiento.

Todo se hallaba alejado de la salvación y yo veía ahora, con curiosidad, que el mundo se hundía rápidamente en las sombras. El cielo se convertía en una tela opaca donde ningún lugar estaba reservado para nuevas luces. Yo comprendía que comenzaba a repetirse la época de los hielos. Avanzaban ellos desde los polos hacia el centro de la tierra, aunque esta es una manera de decir, ya que la ausencia del sol los hacía generar de todas partes. Huyendo de esa avalancha fatal, los hombres, los animales, los pájaros, los peces, corrían a refugiarse en los países cálidos. Con inquietud miraban el horizonte. De pronto, imperceptiblemente casi, una línea blanca emergía de él. La fuga continuaba; un destino maldito era su guía. Los hombres cruzaban miradas de terror entre sí. Nadie se preocupaba del futuro, de la educación de los hijos; era la dispersión total, el desequilibrio de las familias, el lugar recuperado para lo imprevisto. Huir, huir. Semejante descontrol de la naturaleza anunciaba claramente que esta tierra iba a estallar por sus cuatro costados.

Los más extraños casos de locura se presentaron entonces. Niños de hasta tres años recuerdo haber visto que se arrojaban sobre las personas más allegadas, poseídos de avidez sexual. Encima de un árbol de colores maravillosos -porque seguramente la cercanía de los hielos hacía más transparente la atmósfera- una joven de singular belleza cantaba canciones infantiles. Era la única, entre el pueblo que la rodeaba, que iba desnuda. Las demás personas se cubrían con pieles y toda clase de abrigos. Su brutal inexperiencia me la hizo infinitamente querida. Otros la miraban con gestos de deseo o la tocaban con ojos repugnantes. Ella no parecía advertirlos; daba la impresión que los despreciaba a todos.

Los hombres habían acampado en ese jardín. Parecían alegres, tranquilos del porvenir, ahora, seguros que los hielos no alcanzarían ese lugar. Sólo Beatriz parecía preocupada. Miraba hacia arriba como para informarse por un arco iris que cruzaba el cielo de parte a parte. Ya las sombras se habían retirado, empujadas por una invencible claridad. Como si todos volviéramos de la noche al amanecer, nos mirábamos las caras, nuestra lividez extrañamente viciosa.

Ahora yo participaba en todas las deliberaciones de mis semejantes. Nuestras conversaciones versaban sobre temas indiferentes al peligro de los hielos. Hablábamos con inútil exaltación de asuntos pequeños, casi de interiores familiares. Esto nos divertía.

Solamente Beatriz se mantenía en el árbol, desdeñosa para nosotros, pero vigilante. Yo me aproximé a uno de los que me rodeaban y le pregunté si ya sería hora de encontrarla. Éste me miró sorprendido.

–En este momento tú deberías estar en el baile con ella –me dijo.

–No puedo –contesté aparentando tranquilidad–. Debo quedarme con ustedes hasta la llegada de la muerte.

Mi interlocutor me dirigió una mirada burlona.

–El amor es la primera finalidad del hombre. La sola y la última –añadió.

Yo le agradecí sus palabras y quise retirarme, pero él no me lo permitió.

–Ya es inútil –exclamó–. Los hielos avanzan.

Yo miré instintivamente. Al fondo de la campiña se veía una línea blanca que se movía ferozmente, tranquila, segura. Eran los hielos que cumplían a satisfacción su mortal faena.

Yo pensé que todo el mundo echaría a correr, pero no fue así. Por el contrario, nadie hizo un ademán. Ellos se quedaron inmóviles, fijos para siempre, muertos en las más inesperadas posturas. Un niño que en ese momento, por inadvertencia, había mirado hacia otro lugar al tiempo de llevarse un vaso de agua a la boca, se hallaba clavado, con un gesto de estupor, mientras el vaso, soltado de su mano, se mantenía en pleno aire, sin caer. La joven misma se mantenía inmóvil. Pero yo podía andar, aunque con cierta lentitud. Me aproximé hasta el árbol y trepé penosamente, instalándome al lado de Beatriz. Junto a ella encontré la seguridad que buscaba. Algo me impulsaba a hablar, a gritar, a referir la historia del mundo a los hombres del porvenir, aprovechando la muerte del último ser humano, buscando una comunicación posible, un eco feliz. Miré a la tierra. La vi cubrirse de una capa blanca-verdosa. Era el hielo que se insinuaba, que mostraba su faz diabólica por encima de su faz angélica. Yo me convencí que ya no podría descender nunca más del árbol. Me llené de alegría, como si hubiera abandonado la tierra para siempre. Pero yo no podía permanecer ahí. Me desprendí del árbol sin saber cómo. Empecé a flotar libremente, voluntariamente. Yo me sentí reconquistado para una tierra provisoria, para una tierra con alas por todas partes. Pero al mirar abajo, la vi en toda su pequeñez. No era ella ni la capa de hielos que la cubría lo más extraño, sino unas largas raíces que sobresalían de su superficie y flotaban siguiendo su vuelo por el espacio. La tierra y sus raíces, ahora comprendo perfectamente la luz en virtud de semejantes raíces. Todo se quedaba en ella, nada pasaba, por la razón de su inmovilidad. Nada le interesaba ni nada retiene avaramente. En compensación, la tierra conserva hasta el último de sus muertos, hasta el sonido

más inmediato, hasta las aves que creen no pertenecer a ella. Es esta última, seguramente, la más feroz de todas las manifestaciones del amor. Una mano se abre con descuido, con delicia, y un ser perteneciente a ella sale volando. La mano vuelve a apretarse, lejos de él. Una ley física hace que estrelle en su interior la criatura de sueños que había formado.

Beatriz salió del árbol en dirección de mi vuelo. Fue ella la única que se decidió a seguirme. Pronto en el aire volvió a recuperar su encantadora movilidad de siempre, su sonrisa, sus bellas palabras. Yo cerré los ojos de felicidad, como si nadara en una piscina de obsesionante olvido. Nadábamos juntos otra vez. Nos habíamos recuperado, y nadie podría clasificar nuestra compañía o separarnos. Eso lo sabíamos suficientemente bien y, por lo tanto, no nos intranquilizaba la visión de los hielos o, siquiera, la temperatura cada vez más fría que nos rodeaba.

Volábamos sin ninguna meta, sin el menor objetivo, guiándonos sólo por nuestro instinto elevado a su mayor intensidad. Bien comprendíamos que el menor paso en falso significaría nuestro despertar en un mundo de todos los días, y que este maravilloso desorden de la naturaleza terminaría para siempre. Atravesábamos el castillo entero, cuidándonos de no despertar a sus moradores. Este sigilo nuestro nos hizo observar el sueño general, la ropa sucia; esto no me produjo asco, sino una tristeza muy grande, no sé por qué motivo. En cuanto a Beatriz, se le llenaron los ojos de lágrimas. Todo iba bien.

¿Para qué encadenar los sucesos, las manifestaciones físicas, las referencias de lo desconocido, uno después de otro? La influencia que sufren los cuerpos humanos en su relación con la naturaleza es demasiado importante para que sea tratada a la ligera. En efecto, nadie podrá responder con exactitud a la pregunta planteada hace tantos siglos: ¿qué vocación fatal es la que obliga al hombre a abandonar de repente todo refugio, toda salvación, toda comodidad proporcionada por el mundo, y le hace girar su cabeza como una flor imantada por el agua, hacia lo provisorio, lo oscuro, lo peligroso, lo maldito? ¿Por qué proceder así, por qué razón caen las cabezas al sueño y vemos esparcirse por la vida las ondas de fuego que sus caídas producen? ¿Y por qué una joven que tiembla por los secretos frente a las observaciones de los demás, hace de pronto un leve gesto con sus manos, lo bastante simple para detener la marcha de la luz, y en seguida huye de su vida lisonjera? Hay una razón inútil y una razón de muerte. Ellas obligan a caer de rodillas a los cobardes, a arrimarse al muro de los fusilamientos a los impacientes, a vivir fuera de la ley -fuera de toda ley- a los poetas.

Esto significa que de una vez para siempre, el mundo queda dividido en dos incompatibles señeros.

Yo no busco, de ningún modo, la correspondencia con los que creen en las posibilidades de un buen vivir, en la felicidad santificada por las leyes –vuelvo a repetir que me refiero a toda clase de gobiernos–, en la prosperidad pasiva. Creo, por el contrario, en los que luchan contra una existencia obsesionada por la misma vida, en los que se sienten devorados por las más misteriosas comunicaciones de amor,

en los que se alzan con una espada llameante en la mano, y se dan muerte con su propio conocimiento. Hay una variedad incalculable de amigos nuestros, de seres relacionados por las más altas quimeras, en esa línea. Son todos los que se exigen vivir en el peligro, con provisoriedad, con amor diario. Hay un detalle familiar para reconocerles: unos ojos ardientes que miran a través de sus interlocutores toda una reunión de mundos; unas manos generosas que acarician cuerpos amantes, sin otra tarea que cumplir, y de repente cogen un revólver, etc., etc. Decídesles, despertádesles, ellos no saben lo que pueden y son capaces de entregar, que parte de martirio. Esto es aún desconocido. Pronto partirán allá, no para hacer conocido lo desconocido, sino para defender esto último contra las clasificaciones. Por delicadeza, una interpretación general de la vida, desde el punto de vista práctico, como se me pide, resulta absolutamente conmovedora. Como se ve, aquí la curiosidad presenta un raro enlace con la sabiduría. Esa imaginación del amor, esa representación total del mundo, me frecuenta casi en forma obsesionante.

Yo volaba sin advertir que volaba. Pero a una señal de Beatriz volví por mis pensamientos recuperados. Estábamos sobre una gran ciudad. Yo no la reconocí en el primer momento; ella me dijo su nombre, admirada de mi ignorancia. Volábamos sobre nuestra propia ciudad; es decir, volábamos al punto de partida. Yo me admiré porque ni de regreso nada estaba aclarado. Yo necesitaba ahora una manifestación humana, una señal de amor, una garantía de compañía, cualquier cosa. Entonces nos miramos con ella, con la ciudad enferma de la más horrible y vergonzosa de las enfermedades, de una que merece que se la señale con una cruz roja en los mapas del extranjero, en señal de peligro.

Nosotros dos arrastrábamos el hielo en nuestro seguimiento, porque éramos los dos últimos seres humanos que quedaban en la tierra y el hielo quería borrar hasta el último resto de hombre de la superficie. Esto nos inspiró un casi infantil cálculo: si nosotros lográbamos planear una hora por encima de la ciudad, pronto la veríamos ser invadida por los hielos, morir. Sin demorarnos suficientemente en discutir nuestros propósitos, paramos la marcha, incluso descendimos lentamente contra la ciudad, aguardando la llegada de los hielos. Cuando éstos aparecieron en el horizonte, con su horrible y fatal avance, nosotros nos retiramos orgullosos de haber cumplido nuestro deber.

¿Era ese nuestro deber?

En ese momento Beatriz desapareció con furiosidad mágica. Jamás volvería a verla. Yo era el último que restaba vivo.

Pero un convencimiento mortal se apoderó de mí. Es el siguiente: yo comprendí que los hielos me perseguirían siempre, como forma de destrucción siempre eterna y de construcción siempre cambiante, me perseguirían a través de todos mis refugios y de toda mi vida.

(En *Antología del verdadero cuento en Chile*, 1938)

EL CASTILLO DE PERTH

(Extracto)

No supo precisar Dagoberto cuánto rato permaneció tendido en la arena de la playa, esperando algo, si es que algo esperaba. Supongamos que una persona se hubiera aventurado a transitar por esa playa en aquel momento –una hora no demasiado avanzada, naturalmente, pero desatinada para la opinión de los sedentarios habitantes del pueblo–, la primera idea que se le hubiera venido a la cabeza, al contemplarle, habría sido la de compararle con un náufrago. Pues de náufrago eran su desmayado aspecto, sus ojos cerrados a plomo y su boca entreabierta que exhalaba jadeantes suspiros.

Mas (para decirlo mejor), nadie hubiera podido ver a Dagoberto tendido boca arriba en la arena, pues la legítima escena debería trasladarse a un dormitorio en el cual sí que dormía nuestro protagonista, soñando con amigas muertas, con castillos surgidos de una nube y con olas de mar que rompían blancas en la espesura de la noche.

Y en esa desmayada actitud de náufrago, todavía el joven trataba de razonar –en medio de sus sueños– diciéndose que estaba ahí, a la orilla de la costa, esperando a alguien.

Repentinamente su espera se vio recompensada, pues escuchó el inconfundible rumor de unos remos moviéndose acompasadamente, y su chapoteo en el agua.

Entonces se imaginó Dagoberto que alguien había salido del castillo fabuloso, había tomado un bote y se dirigía en busca de él; de todo eso estaba seguro. Ni por un instante se le ocurrió considerar que el ocupante del bote fuera un anodino pescador que regresara al pueblo después de la faena cotidiana.

No. Él estaba viviendo una aventura, y en ella ningún personaje de la vida corriente tendría participación. Todos deberían ser personajes sobrenaturales, frutos de su delirio, y a semejanza de esa bellísima joven, ahora desaparecida, que de tan imperiosa y gentil manera le había conducido hasta la playa. O más bien dicho –se decía–, compondría su sueño con normalísimos, con diurnos personajes, con hombres y mujeres de carne y hueso, pero a los cuales la luz del sueño les conferiría una mágica transposición.

Tampoco esta vez, así como la otra en la que esa desconocida se hizo presente, tuvo fuerzas para incorporarse de su improvisado diván de arena, y perezosamente esperó que la embarcación llegara a la orilla y descendiera su enigmático tripulante.

Éste avanzo por la oscuridad con lentos pasos, aproximándose cautelosamente al joven, y se quedó a su lado contemplándole en silencio. Dagoberto se trazó velozmente una línea de conducta, y se propuso no tomar la iniciativa frente a estos personajes de pesadilla. Por ningún motivo les dirigiría la palabra antes que ellos mismos hablasen, explicándole a él sus desatinadas acciones. Así, pues, cuando la negra figura estuvo a su lado, no se incorporó de su precario diván, limitándose a levantar sus ojos hacia el desconocido, pero sin una manifiesta curiosidad, como si éste fuera un ser tan invisible como la misma noche.

Permanecieron ambos en esta posición por un tiempo que a Dagoberto se le antojó larguísimo, hasta que por último el remero se inclinó sobre nuestro protagonista, sacudiéndole un hombro con marcada impaciencia, aunque con un respeto contenido.

–Vamos –le dijo–. Despierte pronto. Ya sabe usted que el conde de Perth le espera, y que el viaje es largo hasta el castillo.

Frente a tan insólita declaración, Dagoberto dudó por un instante si había escuchado claramente las palabras del desconocido, y en vez de responderle le miró de alto abajo (o, más bien dicho, de abajo arriba, pues estaba de espaldas en la arena), con burlón semblante, y como reflexionando:

–Por fin caíste en las redes de la palabra, y has sido tú quien tomó la iniciativa en la conversación.

Este silencio de Dagoberto provocó una honda consternación en el desconocido, quien masculló algunas ininteligibles frases, y después, como si su misión estuviera cumplida, se limitó a contemplar a Dagoberto en un azorado mutismo.

Sin embargo, y a pesar de que la escena se desarrollaba tan tácitamente, un cierto pacto de inteligencia se estableció entre ambos (y desde entonces, un idéntico pacto entre él y todos los personajes que veremos actuar más adelante) y, obedeciendo al suplicante ademán del remero, se incorporó sin ningún esfuerzo de su arenoso diván y siguió a la silenciosa figura hasta la orilla misma de las aguas.

Él mismo ayudó a su acompañante a empujar el bote que había quedado encallado en la ribera. Después saltó a la embarcación, se sentó en la popa, de frente al castillo (el que todavía parecía volar en el horizonte), y esperó que el otro hiciera navegar el bote. Así lo hizo éste, con destreza.

Ahora Dagoberto veía bien su rostro, y no porque las tinieblas hubieran disminuido, sino porque ya su retina se había habituado a convivir con las sombras de la noche: el misterioso remero era un anciano.

De elevada estatura, se le advertía vigoroso en sus movimientos, a pesar de los años que curvaban su espalda. Manejaba los remos con grandes brazadas, y aunque se mantenía de espaldas al castillo parecía conocer el camino de memoria, pues ni una sola vez volvió sus ojos hacia atrás. Había recaído en su mutismo, y toda su atención la concentraba en el viaje mismo, apresurando la

remada en su coordinado movimiento como si a la verdad estuviera retrasado en su viaje, y acaso culpando a Dagoberto de esta demora, reprochándole su falta de interés ya que al parecer al joven le esperaba en el castillo una entrevista importante. Vestía este singular personaje un tieso traje compuesto de una sola pieza, algo así como una túnica de hule o de cuero. Sus cabellos blancos, muy crecidos, se entrecruzaban sobre su frente cual lianas furiosas, mientras sus ojos se clavaban en Dagoberto con una fijeza extraordinaria.

–¡Vaya! –pensó nuestro joven protagonista–. Este viejo posee toda la hechura de esos predicadores medievales, según aparecen en los dibujos de los textos de historia.

Y un calofrío repentino le atravesó la espalda, porque de pronto advirtió con espanto que esas reflexiones que se formulaba tan inadvertidamente podían tal cual encajarse fácilmente en la escena que estaba viviendo.

–¿Qué hago aquí? –se decía presa de angustia–. ¿Qué hago aquí, en medio del mar, en esta barca, con este remero, rumbo a un castillo de pesadilla?

Y se esforzaba por despertar, por reducir a la nada su sueño, por volver a la tranquila superficie de su monótona ciudad, por borrar esas imágenes torturantes y esos diabólicos personajes. Pero el viaje seguía y seguía, sin que nada se borrara, y aumentándose la tensión en cada ola que dejaba atrás la embarcación.

Si a alguien se le ocurría compararse Dagoberto en su desdichado tránsito –y esto ni siquiera con la intensidad requerida por su caso presente– era con un loco que de pronto tomase clara conciencia de su estado, en el patio de un manicomio, y que entonces, al saberse loco y al saberse eternamente confinado, apretase lleno de desesperación sus manos, estallase en sollozos y prorrumpiese en desacordados gritos. Así él, por breves momentos adquiriría una plena lucidez de su anormal situación y esparcía sus miradas en torno de ese sombrío mar por instantes más y más furioso.

–¿Qué hago yo aquí? –se repetía–. Quiero despertar. Quiero volver con los míos. ¡Beatriz, Beatriz, aléjate! ¡Reposa en paz! Estás muerta, ¡no me llesves al reino de los muertos! ¡Déjame vivir!

Pero, a semejanza del ejemplo del loco, esos estados de lucidez que le hacían posarse en tierra firme duraban contados segundos, y pronto Dagoberto recaía en el placentero encanto de su aventura.

–¡Alma mía! –murmuraba entonces–. ¡Llévame contigo! ¡Llévame hasta el paraíso de los sueños! ¡Y que no despierte nunca más! ¡Quiero pasarme en un sueño toda la vida contigo, Beatriz!

Pronto Dagoberto salió de este delirio que le procuraba la contemplación de las olas del mar en la noche, o, más bien dicho, no la contemplación sino el rumor de esas olas al golpear los flancos de la embarcación, ya que a causa de las tinieblas sólo podía presentir el océano inquietante.

Se esforzó por romper esa negrura y entonces vio hacia el horizonte agrandarse lenta pero seguramente la masa espectral del castillo.

Ahora sus pensamientos tomaban otros rumbos y, poseído por una honda melancolía, se detuvo a considerar su aventura con frío raciocinio, sin lograr imaginarse qué cosa iba a buscar en ese castillo endemoniado. Pero el quietismo del azar le paralizaba por completo, y desistiendo entonces de seguir “pensando” en su aventura, se decidió a entregarse a ella en cuerpo y alma.

No bien terminó de formularse estos propósitos advirtió que la barca llegaba a la orilla de la isa, al lugar precioso donde se alzaba inmediata y abruptamente el castillo. El anciano remero condujo su embarcación con seguro pulso hasta una especie de rada natural que hacía posible el acceso. Fuera de este abrigo, situado, como decimos, frente a la construcción, sólo se veían inmensas rocas cortadas a pique, contra las cuales se azotaban las olas del mar descabelladamente.

Apenas el bote se incrustó en la arena, Dagoberto saltó a tierra con mucha intrepidez, sin esperar que el enigmático conductor le invitara a hacerlo. Caminó unos pasos por la reducida playa (¿no sería, pensó, la misma playa de la niñez?), subió por una escalinata de piedra, y se encontró en una explanada. La atravesó impacientemente. Esta impaciencia suya provenía de las tinieblas que le rodeaban, las que, al impedirle toda visión concreta de los objetos, obligaban a nuestro joven protagonista únicamente a imaginárselos. Él pensaba que si se detenía tan sólo por un momento, ese suelo (que él presentía frágil y enemigo) se abriría para tragarle, con sueño y todo.

No viendo nada en torno —a causa de las tinieblas, repetimos—, de ese modo no supo si el anciano remero le seguía o no. Sin cuidarse por averiguarlo llegó hasta una segunda escalinata que permitía el acceso a la puerta principal del castillo. Y ahora, como si estuviera en un día claro, Dagoberto advirtió que ésta era una escala de piedra de grandes losas, pero arruinada ya, horadada y atravesada por el musgo, como si los siglos la hubieran pisoteado con furia.

Subió por ella y se encontró frente a la puerta. Quiso llamar, pero al mismo tiempo una terrible duda le asaltó. ¿Qué iba a buscar él tras esa puerta negra y muda, obsesiva, carbonizada e inexpugnable?

Allí nadie le esperaba, él era un extranjero para esa vida; no debía inmiscuirse, pues, en la atmósfera ardiente del misterio.

Pero, ¿qué hacer? El regreso era imposible.

“Y todo (así reflexionó Dagoberto), todo porque he sabido que mi compañera de juegos infantiles, de la cual ni siquiera recuerdo nítidamente el rostro, acaba de morir.”

No tuvo tiempo siquiera para conceder a esa querida muerta ni un breve recuerdo, pues en ese instante, como si se adivinaran sus vacilaciones, y también como si se le diera una muda respuesta, o se le invitara a perseverar en su aventura, Dagoberto advirtió que la puerta se había abierto. No tanto como para permitir el paso de una persona; una ranura solamente, la que comunicaba a la maciza puerta un aspecto inquietante.

Del interior salía la oscuridad más viva a fusionarse con las tinieblas de afuera, como si ese recinto fuera una fábrica de sombras.

Entonces Dagoberto se decidió a abrir la puerta de par en par. No entró, sin embargo. Se quedó un largo rato de pie en el umbral, esperando que alguien o algo apareciera.

Y como nada de eso sucedió, formuló una pregunta al aire, con el tono más natural posible, y aun dando a sus palabras una apariencia de gran frivolidad:

—¿No hay nadie en el castillo? (Y casi estuvo tentado de agregar: “¡Ah, del castillo!”, como en las novelas de capa y espada.)

Esta frase suya, apenas un susurro, pero que el recinto vacío la propagó en fuertes ondas, tuvo el poder de despertar a un enjambre de pájaros nocturnos, encerrados en el castillo, los cuales empezaron a revolotear desesperadamente. Eran pájaros, a la verdad. Ahora los sentía venir contra él, aprovechar la salida de la puerta abierta para lanzarse a la noche exterior (tal como si se propusieran a huir de la noche que llevaban consigo), cruzar alocados en todas direcciones, y perderse en las tinieblas.

Sólo cuando le pareció que la última ave estaba afuera, Dagoberto se decidió a entrar en la misteriosa mansión. Hasta su más mínima duda se había disipado. Ahora marchaba con paso firme, aunque caminase a ciegas, cual otro pájaro nocturno él también.

Llevando sus manos extendidas hacia adelante atravesó lo que le pareció ser una sala de vastas proporciones, y sólo se detuvo en su expedición cuando sus manos palparon una pared. Se afirmó en ella y, pensando que esa pared le llevaría a alguna parte, fue avanzando sin perder su reparador contacto.

Aunque estaba decidido a seguir adelante en esta peregrina aventura, su cuerpo temblaba poseído por una fiebre espantosa. Sus sienes le martillaban. Él mismo, y por sí, se había anexado a un clima palúdico y mortal.

(Cap. IV, *El Castillo de Perth*. Tercera edición definitiva de 1982)

ADIÓS A LA FAMILIA

(Extracto)

Como ustedes lo saben, la isla es la señorita sin familia. Su misión consiste en recoger náufragos. Mas, esta misión que parecería tan específica para todas las islas, ha tiempo –conjeturemos– que yace olvidada.

Así, pues, no nos referimos a todas las islas en general al formular nuestra afirmación, sino más bien, toda ella cabe en los atributos de una isla particularísima, sin designación conocida, sin ubicación geográfica precisa, nacida bajo la inspiración de algún convencional pintor cuyo nombre por siempre ignoraremos, isla que colgaba dentro de un historiado marco, adornando –si así se pudiera decir– una pared en una bulliciosa sala de billares.

En este local nuestro protagonista dejaba transcurrir las horas, poseído de un encantamiento difícil de ser comprendido por personas mayores y sensatas. Este recinto era muy amplio y ocupaba todo el segundo piso de un viejo edificio de la calle Ahumada, ahora demolido.

A él concurrían los campeones de billar, los fuertes aficionados y los truhanes que concertaban apuestas; pero asimismo se reunían jóvenes menores de veintiún años, entre los cuales se contaban aquellos que, con Leopoldo, constituían un grupo alborotador.

Este grupo estaba unido solamente por el común interés del billar, y los elementos que lo componían se habían reclutado en los más diversos medios sociales. En la sala se convocaban, y frente al paño verde celebraban sus sesiones.

A veces un trago de cerveza –todavía considerada ante la ley como bebida analcohólica–, un sandwich Barros Luco y un cigarrillo, les hacía charlar de otras cosas, de temas ajenos a la tiza, al taco y a las carambolas. Pocas palabras, apenas una delgada línea de amistad. Después todos volvían al mutismo de las jugadas, y de estos ocasionales amigos, más tarde Leopoldo no recordaba ni los rostros ni los apellidos, aunque sí, tal vez, algunos cariñosos apodos y unas sombras que reemplazaban a los semblantes, esfumados estos en la obscuridad e inclinados sobre el haz de luz que proyectaban las lámparas. Todos estos fortuitos compañeros suyos pertenecían a otro mundo, al mundo de los colegios, de la buena salud, de la estrepitosa convivencia con la realidad.

La sala misma se borraba de la mente del joven, como un plesosaurio en la noche de los tiempos, por poco que dejara de frecuentarla.

Pero (y esto sin que Leopoldo hubiera reparado mayormente en ella, y como si solo inconscientemente se hubiera grabado en su cerebro), una pequeña y humilde litografía, disimulada en el muro y puesta ahí como un insólito adorno entre dos ventanas, venía de tarde en tarde a su memo-

ria, cuando en las noches no podía conciliar el sueño.

Representaba esta litografía, en primer plano, un mar agitado por la tempestad y perfilándose, en el horizonte, una isla de lujuriosa vegetación, isla que parecía ofrecer un asilo seguro a presuntos naufragos. Sobre la mancha verde y negra de la isla revoloteaban, lánguidamente, unas gaviotas.

Unas gaviotas vuelan lánguidamente por la sala de billares. La más audaz de todas ellas se posa en el hombro del joven, como una mano alada. Parece ser que un viento poderoso la ha separado de la isla de la litografía y que ha venido a la sala por la corriente de aire del ventilador. Leopoldo acaricia a la gaviota, la retiene unos segundos y después la hecha a volar nuevamente. Ahora la blanca ave está muy distante del cerebro que le dio origen y de la mano que la acariciaba.

Leopoldo toma el remo y rema por el océano del billar.

Ciertamente, la vocación marítima permite que el joven atraviese océanos polares, soporte rudas tempestades, converse con sirenas, para llegar a encontrar el asilo de la isla.

Navega Leopoldo. Los compañeros de juego le despiden con alegres exclamaciones. Todos se quedarán en la orilla, porque ninguno puede remar tanto. Pero después se entristecen. Una vez que su compañero ha desaparecido, comentan la odisea.

–Morirá –aseguran–. Morirá muy joven.

Leopoldo sonrío resignadamente.

–No importa –exclama–. La suerte está echada. Debo cumplir con mi deber, mi obligación con la vida.

Ningún presentimiento operaba sobre sus camaradas para indicarles la temprana muerte de Leopoldo. Fue, por el contrario, un hecho bastante real el que se los hizo saber.

Una tarde, apoyado en su taco, Leopoldo se balanceaba como aprestándose a partir a la isla de la litografía.

–Estás muy pálido, Leopoldo –le dijo uno de sus amigos de billar.

–En realidad, me siento enfermo –repuso el joven, pero diciendo estas palabras como quien comunica un ajeno diagnóstico, tratando hasta el último momento de mantener una calma que estaba muy lejos de sentir–. Te ruego, acompáñame hasta la puerta de salida.

Su amigo procedió con prontitud. Tomó afectuosamente a Leopoldo de un brazo, bajaron a la calle lentamente, y tuvieron la fortuna de encontrar un taxi en contados minutos.

Este amigo acentuó su interés y amabilidad acompañándole en el automóvil hasta su propia casa, en la Avenida España.

Por el camino, Leopoldo le explicó brevemente la causa de sus dolencias:

–Algo anda mal, el corazón seguramente, como dice el médico. Pero no debías haberte molestado acompañándome hasta mi casa.

–Para mí es un placer poder servirte –le aseguró su amigo.

Dijo estas palabras con una refinada cortesía, la que estaba muy distante de las diarias conversaciones entre muchachos, quienes empleaban entre sí un tratamiento bastante rudo, del que sustraían a Leopoldo, como si este perteneciera a otro mundo, un mundo más especial y espectral, donde la muerte y la vida tuvieran otro sentido.

La madre de Leopoldo, entre llorosa y agradecida, le confirmó al amigo la grave dolencia de su hijo, después de depositar al muchacho en la cama.

Era el corazón.

Y su defectuoso mecanismo hacía tan grave el estado de Leopoldo que, habiéndole prohibido estrictamente el médico continuar sus estudios en el colegio, obligaba a sus padres a tener con el enfermo las mayores precauciones.

Se cerraban para él las puertas de los establecimientos educacionales, Leopoldo se retiraba de la vida como un faraón de alguna olvidada dinastía, y se entregaba a vivir su muerte, mientras las calles bullían de sol y de muchos sanos.

Acaso esta certidumbre de su muerte latente, llevaba al niño a pensar en huir del mundo, en escapar de su fatídica condena, en buscar el refugio de la isla de la litografía, la isla de tan lujuriosa vegetación, como si ella pudiera ampararle de su muerte. Desde ella expresaba su conmovedora despedida, su retirada de la existencia, su adiós a la familia. (...)

(Fragmento del cap. II, *Adiós a la Familia*, segunda edición de 1966)

LA ENDEMONIADA DE SANTIAGO

(Extracto)

No alcanzaban a ser las diez de la noche todavía, pero, en todo caso, una hora excepcionalmente avanzada para los muchachos, acostumbrados a recogerse en sus casas al atardecer.

Únicamente podría explicarse esta salida de madre de sus costumbres por la fiesta de cumpleaños de su amigo, lo que constituía, pues, una verdadera revolución en el horario.

Salieron de la casa en un compacto grupo, decidiendo atravesar en diagonal las calles, hasta desembocar en la Avenida Irarrázaval, ya que allí les sería más fácil conseguir un tranvía o, andan-

do con suerte, un taxi.

Todo esto estaba muy bien, pero uno de los invitados no consiguió cumplir tan cívicos propósitos...

Ya la lluvia de la tarde había cesado por completo, aunque la niebla persistía en envolverlos dentro de su caparazón.

Sin embargo, ninguno de los condiscípulos advertía el frío reinante, protegidos todavía por la apetitosa comida, por el agradable fuego de la chimenea y hasta por las fragantes ramas del eucaliptus.

Así, pues, caminaban muy contentos, comentando en alta voz las mil incidencias de la reunión, cuando de pronto, tras recorrer algunas cuadras, un súbito apagón de los faroles eléctricos los inmovilizó.

De golpe y porrazo, silenciosamente, las tinieblas cayeron sobre las calles, ya sombrías por los frondosos árboles y por la niebla, y los jóvenes alborotadores hasta un momento atrás se detuvieron, en silencio ahora, sorprendidos por el tenebroso acontecimiento.

Virtualmente las sombras los rodearon como una isla, unas sombras de malignos propósitos y preñadas de amenazas.

Esta sorpresa, con todo, no duró más allá de unos contados segundos, pues pronto se repusieron y volvieron a elevar el diapasón de sus voces, encendiendo fósforos por doquier, con lo que consiguieron no aclarar el decorado, por supuesto, sino dotarlo de una visión espectral, a la manera de aquellos antiguos cuadros “tenebristas”.

–¡Se apagaron las luces! –gritó uno innecesariamente, como si los demás no lo supieran.

–Ha sido por causa del temblor –diagnosticó otro.

–No, por la lluvia –comentó doctoralmente un tercero...

Pero, sea por lo que fuere la causa, lo cierto del caso es que deberían adoptar una resolución sobre la marcha.

–¿Conoce alguien el camino? Es decir, ¿podrá alguien guiarnos en la oscuridad?

–inquirió una voz, ligeramente preocupada, pero todos negaron saber algo.

–Entonces, volvamos a la casa –propuso el de más allá, pero unánimemente desistieron del regreso, pensando que tantas dificultades tendrían para volver a la casa recién abandonada, como para seguir hasta la Avenida Irarrázaval.

–Bien, entonces –añadió el que había indicado esta solución–, sigamos cortando calles... No creo, por lo demás, que el apagón dure muchos minutos.

Así lo hicieron, precavidamente esta vez, marchando en fila india.

Para una mejor información de modernos lectores, diremos que todo aquel barrio de la Avenida Ossa, por los días en que transcurre nuestra narración, es decir, en 1929, sin ser una comuna

agrícola, presentaba un aspecto netamente campestre, con grandes propiedades plantadas de árboles frutales, y con muy escasas viviendas, salpicadas éstas por aquí y por allá, y circunscritas por muros de adobes coronados con pedazos de vidrios de botella. Asimismo, las calles no aparecían muy claramente delimitadas por sus esquinas, pues a veces ellas se alargaban mucho más de lo que un plano regulador municipal admitiría.

Abundamos en estas explicaciones, por cuanto a los jóvenes habitantes de la ciudad, les será difícil, recorriendo este barrio, hacerse una idea de lo que eran sus calles en aquellos lejanísimos tiempos.

Volvamos al relato...

Para nuestro protagonista, tal oscurecimiento súbito se presentaba amenazador y lleno de presentimientos y acechanzas.

De algún modo veía en esta falla eléctrica, aparentemente fortuita, una relación malsana con los otros acontecimientos que se le habían venido encima durante el día, pareciéndole muy verosímil que el uno fuera el resultado de los restantes.

Para él, ese apagón no era normal sino que convencido estaba de que una mano de mujer se había acercado al conmutador (que proveía de energía eléctrica a la ciudad) para provocar las tinieblas.

–Esta oscuridad me pertenece –murmuraba entre dientes–, esta oscuridad me está destinada. Voy a perecer, sin que nadie sepa nunca la causa...

La fiebre nuevamente se había manifestado con sus alternativas del calor al frío, y él caminaba vacilante, dejándose guiar por las conversaciones de sus compañeros y por el resonar de sus pasos en el pavimento, todo esto con una única fuente de información, por cuanto no veía ni siquiera sus manos.

Sin embargo, tan sumido en su fiebre se hallaba, que sólo muy maquinalmente obtenía la comprensión de esa compañía, pues, por veces, se encontraba sumido en sus propias cavilaciones.

Caminaba sujeto por la delgada cuerda del sonido de esas voces amigas, cuando advirtió de pronto, y con terror, que ningún paso ni ninguna voz escuchaba.

Al principio no reparó en el silencio que le envolvía, un silencio sólo interrumpido por el batir del viento en los frondosos árboles y por los ladridos de un perro lejano.

–Siempre estos perros lejanos –se dijo, tratando de darle a su observación una apariencia festiva–, siempre estas noches oscuras, siempre estos perros lejanos que ladran... Pero, es mejor que sean perros lejanos los que ladren que no perros cercanos los que muerdan...

Más, en contra de estas anodinas observaciones, su pensamiento estaba detenido por el terror de sentirse solo en medio de la noche.

Prestó oído atento por si lograba entender los silbidos o los gritos de sus amigos, buscándole,

pero únicamente el silencio respondía a sus esperanzas.

–Con estas oscuridad –comentaba–, ni se habrán dado cuenta siquiera que estoy extraviado... Creerán que marchamos todos, sin advertir que había un idiota en el grupo que tenía que perderse...

Pero, a pesar de esos improperios que sin compasión se dirigía, lo cierto del caso es que tenía que reconocer que estaba completamente extraviado.

Seguramente, había echado a andar por una calle, sin darse cuenta, mientras sus compañeros habían seguido por otra.

–Estoy extraviado, estoy extraviado –volvía a repetirse–. Sólo esto me faltaba, en medio de mi fiebre.

Pero se consolaba:

–No todo es tan terrible como parece... Me basta seguir por esta misma calle, sin torcer en ninguna, y voy a desembocar en la avenida, sin siquiera necesitar preguntar la dirección a un transeúnte.

Y así creía hacer, pero se equivocaba: tomaba una calle, luego otra, después le parecía que volvía al punto de partida, sin que hubiera un asomo de transeúntes de buena voluntad que pudieran indicarle el camino, hasta que al fin tuvo que confesarse que estaba perdido, sin remedio.

–Además, y como si esto fuera poco –se angustiaba–, estoy horriblemente cansado, me laten las sienes como si los sesos fueran a estallar y tengo todo el cuerpo bañado por la transpiración, listo para pescar una pulmonía...

Verdaderamente, sólo seguía por la ley de la inercia.

Las calles se cerraban a su paso, fangosas calles de tierra agreguemos, en un circuito cada vez más asfixiante.

–Estoy perdido, sin remedio... No sé ni dónde me encuentro ni hacia qué dirección puedo dirigirme... Hasta ahora no he hecho más que dar vueltas y vueltas como un burro en la noria... Debería dejar la vergüenza a un lado y golpear en la primera casa, para informarme, aunque tenga que despertar a todo el mundo... Después de todo, no soy el primer transeúnte del mundo que se ha extraviado...

Pero no se decidía a hacerlo.

En primer lugar, todas las casas, las poquísimas casas del contorno, permanecían cerradas a piedra y lodo, agazapadas tras unos hostiles paredones coronados con vidrios de botella, oscuras y ensimismadas, y, además, sobre su amenazante máscara de silencio, se las imaginaba nuestro personaje como se le acecharan, malignamente malsanas.

Y, por otra parte, no se decidía a llamar a ninguna puerta, ya que algo, sin que él se lo confesara, algo en esta aventura le atraía con un mágico vértigo, impidiéndole solicitar el menor auxilio, cual si tanta oscuridad de la tierra para él estuviera preparada.

Por un instante, sus piernas vacilaron y estuvo a punto de caer.

Se llevó las manos a los ojos, prosiguiendo su camino lentamente, empleando un esfuerzo que estaba más allá de su razón.

Se repetía con angustia:

–No, no debo caer, no debo acostarme en el suelo... Por mucha fiebre que tenga, debo proseguir mi viaje... Esta tierra es peligrosa, este frío es mortal, es peor que un iceberg... Si me acuesto, me duermo y mañana amaneceré muerto. Debo seguir andando... Debo seguir andando, aunque llegue hasta el fin del mundo.

Y afebrado, monologando, no dejaba de caminar, y, cosa curiosa, no le parecía sino que las tinieblas habían empezado a aflojar su lazo, y se le habían tornado familiares, ya que sobre su lámina negra podía distinguir más nítidamente las calles, las casas y los árboles, como si un lento amanecer empezara a filtrarse en su conciencia.

–Es –se trataba de explicar– como si estuviera en el claro del bosque de las tinieblas...

Más animoso por este descubrimiento, se dio un respiro, deteniéndose en su camino.

Ahora lo veía bien: se encontraba frente a una tapia de exagerada altura, la que por algunas cuadras le había acompañado, sin que en ningún momento se interrumpiera su continuidad para dar paso a otras calles, y ni siquiera a otras casas dentro de la misma calle.

Se aproximó a la pared y palpó curiosamente, como si de un objeto conocido se tratara.

–Ahora me explico todo –se repetía casi con jubiloso acento–, y ahora me explico también lo que murmuraba del asno dando vueltas a la noria... En realidad, soy un burro... No he hecho otra cosa que seguir merodeando alrededor de este muro todo el santo rato... Ahora me doy cuenta perfectamente que ésta es una quinta enorme, bien claro se lo advierte por las dimensiones espectaculares de sus contornos... No son menos de tres cuadras seguidas por cada lado, y me la he pasado girando en torno de ella, sin darme cuenta...

Pero, si sus pupilas se habían habituado ya a las tinieblas circundantes, y si podía reconocer como una quinta el lugar donde se encontraba, nada conseguía con este descubrimiento, por su completa ignorancia del barrio, además sumido éste en la oscuridad, y por desconocer dónde demontres la dichosa quinta estaba embutida en él, si al norte o al sur, si al este o al oeste.

En ese momento, a la distancia, allá en la lejanía, unas penas audibles campanadas de la iglesia indicaron las diez de la noche.

–¡Caramba! –rezongó–, las diez de la noche, y yo en este bendito lugar como un tonto, sin saber dónde me encuentro... Esto me pasa por idiota, y por estar haciendo el Miguel Strogoff en vez de estar acostado en mi cama y cuidándome la gripe...

Y por hábito, comprobó la hora en la esfera luminosa de su reloj, sin ningún motivo, porque,

según decía, ¡maldito era lo que la esfera tenía de luminosa!

Simultáneamente con el tañido de las campanas, un perro empezó a ladrar enfurecido, detrás del cercado.

–El ladrido lejano del perro –comentó, tratando de darle a sus reflexiones un giro divertido–, este es el ladrido lejano del perro que ahora se ha convertido en ladrido cercano...

Pero no pudo agregar ningún otro comentario, porque en ese instante su cabeza empezó a darle vueltas, y tuvo que apoyarse contra el muro para no caer.

Aún más: todo lo que había ganado con respecto a las sombras, al saber que se trataba de una enorme casa quinta por cuyos muros él había girado y girado, todo esto volvió a perderse, y el bosque de las tinieblas volvió a cerrar sus lianas carnívoras, anudándole todo el cuerpo.

Violentas náuseas le dominaron, mientras sentía que su cabeza se le partía, como si le propinaran hachazos a diestra y siniestra.

Se apartó del muro, haciendo un violento esfuerzo de su voluntad, porque sus ojos se cerraban de sueño y de fatiga y su frente reposaba en la pared, como en una almohada.

No, él no podía dormirse, porque dormirse a la intemperie, en esa helada noche invernal, equivalía a la muerte.

Así pues, siguió caminando en forma vacilante, como un ebrio, y con la angustiosa intuición de que muy pronto se vería arrastrado al suelo, pues sus pies no encontraban un sólido apoyo en la tierra. (...)

(Fragmento del cap. IV, *La Endemoniada de Santiago*, segunda edición de 1984)

LOS DIOSES DEL OLIMPO

(Extracto)

Después de la nada

Al principio del principio era el caos. Un amasijo confuso, sin nombre y sin orden; un amasijo de informes reflejos, los que tan pronto aparecían como desaparecían, precipitándose estos destellos de luz, adelantándose y confundiéndose en su simultánea aparición y desaparición, cual la antimateria en los laboratorios de los físicos.

En resumen, era la nada...

Peor que eso: decir que era la nada ya significaba que la nada era algo, cuando, a la verdad, es que no había nada de nada.

Pero, en medio de esa nada, surgió una misteriosa pareja: Urano y Gea (hasta donde era posible entender que era la propia Tierra la que acompañaba a Urano), una pareja misteriosa que se situó en medio de lo que sería más tarde el universo, empezando los dos a moldear esos informes reflejos y a convertirlos en figuras reconocibles: el sol, las estrellas, las nubes, las montañas, los ríos, los hombres.

Todo lo moldearon Urano y Gea, y a todo le dieron un nombre. Solamente no consiguieron que cada cosa permaneciera inmóvil, estacionaría en sí misma, sino que éstas mantuvieron su velocidad inicial, o, mejor, su ritmo original (cuando aparecían y desaparecían simultáneamente), como un impulso atávico de ese lejanísimo principio del principio.

Ni qué decir tenemos que Urano se puede presentar como una emanación simbólica del Espacio, al que pronto, naciendo de la pareja, se agregaría el Tiempo.

En efecto, de la pareja Urano-Gea nacieron dos hijos: Titán y Saturno, ambos de distinto comportamiento, pues mientras el mayor, Titán, tendía al desorden y al caos, como si fuera un eco tardío de la primitiva Nada, el menor, Saturno, ponía el orden en las cosas, o ponía las cosas en orden (las cosas espaciales, agreguemos), dándoles un contenido y una marcha continua (es decir: metiendo el universo en vereda), en una palabra, creando el Tiempo.

Espacio y Tiempo, Urano y Saturno. Estos eran los símbolos que permanecían independientes el uno del otro, como ignorándose, hasta que alguien, en nuestro presente siglo, los fundió de mano maestra.

Por el momento contentémonos con saber que el orden de sucesión fue el siguiente: primero el Caos, después el Espacio, en seguida el Tiempo.

Además, aclaremos, cumplida su misión, Urano desapareció, disolviéndose en su propio es-

pacio. De este modo, sin el apoyo suyo, Gea, su mujer, tuvo un difícil problema por delante, y éste no era un problema abstracto, por cierto, pues como madre debía elegir, por imperiosa obligación, entre sus dos hijos.

¿A cuál de ellos le entregaría el dominio del universo?

Ella los había observado atentamente –cerrando sus ojos al amor maternal– y sabía que el mayor, Titán, tenía una funesta inclinación hacia el pasado, con un comportamiento caótico, reiterando el desorden anterior y el amasijo confuso de la nada.

En cambio, el hijo menor, Saturno, se aprovechaba de la experiencia heredada de su padre Urano para mantener el orden y la armonía del universo, para estar presente en todo cambio y en toda transformación, una transformación y un cambio que en todo estaban de acuerdo con el mecanismo de acción del tiempo y del espacio, y no con el mecanismo de acción de la nada, el que significaba, tan sólo, el retroceso y la ruina.

Así pues, la madre, con gran dolor de su corazón, tuvo que decidir entre ambas posiciones de sus hijos, recayendo su elección en el más joven: en Saturno.

Este sería el continuador...

El otro, Titán, tuvo que ceder su derecho de primogenitura a cambio, eso sí, de una extraña promesa. Mediante ella se indicaba que él volvería a reinar, o bien sus hijos, al producirse la desaparición de Saturno. Todavía más: exigió Titán que todos los hijos varones de Saturno deberían ser sacrificados para evitarse cualquier problema de sucesión.

Tales exigencias fueron acordadas, entendiéndolo nosotros, al ser Saturno la representación del Tiempo devorador, que este sacrificio de los hijos correspondía a la fugacidad temporal de las cosas, ninguna de las cuales, en nuestro mundo, goza del fuero de la inmortalidad.

Aquí intervino decisivamente Cibele, la esposa de Saturno (también conocida con el nombre de Rea). Ella, como madre, no entendía ni poco ni mucho aquello de la simbología del tiempo devorando a sus hijos y que éstos deberían ser sacrificados porque así lo determinaba la fugacidad de las cosas. A ella no le entraba en la cabeza eso de la nada, del espacio y del tiempo, o si lo entendía le parecía bien aplicarlo a otras personas pero no a sus propios hijos.

Así pues, ni corta ni perezosa, tomó a Júpiter, Neptuno y Plutón bajo su manto protector y los llevó raudamente a la isla de Creta, sin decirle ni media palabra al Tiempo, es decir, a su marido Saturno.

Imagínense ustedes la sorpresa de éste cuando Titán, su hermano mayor, le reclamó airadamente por el incumplimiento de su promesa.

Cibele, por supuesto, no decía esta boca es mía, con lo cual la sorpresa de Saturno se hizo mayor. Y mayor, todavía, cuando Titán, secundado por sus numerosos hijos, los titanes, lo derrocó,

lo hizo prisionero junto con su mujer y gobernó el universo, haciendo volver las cosas, por consiguiente, a la nada y al caos primitivo.

Esto duró hasta que Júpiter, el hijo mayor de Saturno, alcanzó su mayoría de edad, vale decir, la posesión total de sus fuerzas. Ayudado por los Cíclopes, cuya confianza y amistad había ganado durante su estada en Creta, subió con ellos a los dominios imperiales, combatió a Titán y a los suyos, consiguiendo una aplastante victoria, como se dice en jerga deportiva.

Excelente hijo, quiso restituir el trono a su padre, pero Saturno le manifestó que estaba cansado, que ya su tiempo de gobernante había pasado y que quería darse un merecido descanso yéndose a vivir a Italia, con su mujer.

Por mucho tiempo, Júpiter trató de rebatir esta decisión paterna, pero como el otro no quiso ceder, tuvo al fin que consentir en ejercer el mando, permitiendo que el autor de sus días se retirara a las tierras del Dante.

Para terminar con Saturno, agreguemos que, una vez en territorio italiano, se hizo muy amigo de Jano, el monarca del Lacio, al cual dotó del poder de la visión, permitiéndole que conociera el pasado, el presente y el porvenir, ya que él, siendo la representación del Tiempo, todo lo sabía de sus achaques y de sus venturas.

Por su parte, se dedicó a cultivar la tierra y a vivir una Edad de Oro con los peninsulares, a los cuales enseñó las artes, la industria y la paz. Ciertamente es que no había entonces la ocasión para la menor querrela, pues la tierra ofrendaba sus frutos generosamente, los hombres se amaban los unos a los otros y no existía aquello de lo tuyo y lo mío.

En cuanto a Cibele, su señora, se dio una vuelta por España y en recuerdo de su visita los madrileños la perpetuaron en una hermosa fuente.

(Cap. I, *Los Dioses del Olimpo*, 1983)

1*

Era esta una salida de rutina, fácil y hasta agradable. Todo hubiera resultado a pedir de boca para el aviador, si no estuviera por medio ese famoso despegue a las cinco de la madrugada.

La tarea en sí era sencilla: se trataba de sobrevolar un cerro, distante treinta kilómetros del aeródromo, en el cual se suponía que el enemigo había emplazada algunas baterías.

No era ni siquiera una cuestión de arrojar bombas, sólo era necesario lanzar uno de esos modernos cohetes que se encienden al tocar tierra. La poderosa luz resultante del choque era suficiente para apreciar los emplazamientos del adversario.

Así, pues, lo único incómodo venía a ser la salida tan de madrugada.

Era esta una mañana que se presentaba amenazante. Llovía desde el día anterior, con una lluvia helada que empapaba hasta los huesos.

Sin embargo, el aviador saltó de la cama, resueltamente, a las cuatro de la mañana, y después de lavarse y vestirse (postergando para el regreso la operación de afeitarse), se preparó por sus propias manos una taza de café, la que bebió en la cocina, mientras garabateaba unas líneas en un papel. Era éste un borrador de carta para su mujer, quien estaba ausente en la capital. Quería escribir una carta bien meditada, una amenaza de divorcio estaba pendiente.

Bostezó con satisfacción. No había dormido un minuto en toda la noche, pero se sentía bien dispuesto.

Hacia las dos, en el momento que todavía se daba vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño (sus preocupaciones domésticas le tenían desvelado), sintió que alguien llamaba a la puerta de la calle.

Era el propio jefe, quien venía a comunicarle personalmente la susodicha orden.

—Es esta una materia muy delicada, le susurró a su oído, y el aviador se sorprendió ante la nadería que significaba sobrevolar un cerro —aunque estuviera lleno de enemigos— y la desusada importancia que parecía atribuirle su superior.

—La suerte de nuestras armas depende del buen éxito de su misión. Trate de no equivocarse en su reconocimiento. No se le pide que señale el número de baterías emplazadas, sino únicamente,

*Este cuento apareció por primera vez en la revista *Pomaire* en 1957. Fue antologado por María Flora Yañez en su libro *Antología del cuento chileno moderno* (1958). El cuento se titulaba originalmente como "En el tiempo".

que nos diga si hay o no baterías.

Con un amistoso “buena suerte”, el jefe salió de la casa.

El aviador ya no pudo dormir y, por lo tanto, no es a un sueño que se pueda atribuir su aventura siguiente.

La pequeñez de la misión, el extraordinario interés que le confería a ella el jefe, la querella con su mujer, y otros mil acontecimientos semejantes, le arrebataron el sueño de sus ojos. Así fue en plena lucidez y conciencia que llegó al aeródromo.

Faltaban diez minutos para las cinco. Sus auxiliares habían llevado ya el avión que tripularía hasta la pista. La oscuridad no se había disipado en manera alguna, y tampoco había dejado de caer esa fría y agujereante lluvia.

Naturalmente, las luces de la pista no se habían encendido, a causa del enemigo. Esto no le preocupó, pues conocía el campo como la palma de su mano. Sólo le molestaba el silencio reinante.

Por mucho que se esforzó al entrar al aeródromo, a nadie pudo ver personalmente. Únicamente escuchó la confirmación de la orden, dada desde la torre de control.

—En fin, se dijo, metiéndose en la pequeña nave de reconocimiento.

Puso en marcha el motor, esperó que éste se calentara, y pronto el avión empezó a trepidar con ese temblor que le encantaba. En seguida, llevó el avión hacia un extremo de la pista, esperó un momento y después lo enfiló a toda velocidad para el despegue.

Fue entonces, cuando el avión levantaba sus patas del suelo, como un centauro, fue en ese momento que el aviador miró hacia atrás. Y vio. En la pista, silenciosa, malignamente, tal a un escualo, unos hombres arrastraban otro avión, preparándolo para la salida.

Al aviador le pareció curioso y anormal este nuevo preparativo. Tomó, sin embargo, tranquilamente, la bocina que le ponía en comunicación con la torre de control, y preguntó:

—¿Hay novedad en la pista?, pero no obtuvo respuesta. La torre de control permaneció estúpida, malignamente muda.

Y fue en ese momento que sus nervios en tensión le advirtieron la falla de uno de los motores. Fue un ruido testarudo, seco y tartamudo, y en seguida algo así como una especie de torpeza parálitica. Hizo un esfuerzo, más mental que físico, llevó el avión hacia arriba, casi en línea recta, y después le obligó a dar una vuelta brusca y completa, en la cual perdió toda la altura conquistada y fue a dar nuevamente sobre la pista, atravesándola al ras, como un celaje.

El otro avión permanecía estúpidamente inerte en el medio de la cancha, impidiéndole el aterrizaje.

Acercó la bocina a sus labios, y a gritos se comunicó con la torre:

—Saquen el avión de la pista, voy a aterrizar, llevo un motor fallado, aterrizaje forzoso.

Igual mutismo. La torre permanecía extática.

–Voy a estrellarme, saquen el avión.

Igual silencio. Sólo las sombras tácitas.

Volvió a pasar por encima de la cancha. Pero ésta, en contados segundos, había sufrido una metamorfosis diabólica, más perceptible ahora, pues las primeras luces del amanecer se insinuaban por entre las sombras. Se trataba de un campo lleno de grietas profundas, un campo abandonado, un campo sobre el cual hubiera llovido azufre y sal, donde ni el menor vestigio de algo viviente podía advertirse.

¡Qué esperanza que el más insignificante aeródromo y la menor torre de control se pudieran sostener en él!

¡Qué esperanza que un jefe despertara en la noche a un aviador y le encomendara una misión simple que cumplir!

¿Se trataba, dicen, de observar si el enemigo había emplazado baterías en un cerro?

¿Y de qué cerro se trataba? ¿Sería aquel que los campesinos llamaban el Cerro del Demonio?

Pero no, no todo deberá ser inestable en esta aventura del aviador. Tiene que haber algo que se sostenga, algo que nos diga que no todo es desesperanza en esta vida.

Son los mismos campesinos de la región los encargados de iluminar en parte esta historia. Ellos mantienen una leyenda, una leyenda transmitida de padres a hijos con conmovedora perseverancia, una leyenda que se cuchichean unos a otros en las noches invernales, una leyenda (pero sólo se trata de una leyenda), una leyenda que asegura que hace doscientos cincuenta años atrás hubo, realmente un aeródromo en ese sitio, y que, desde ese aeródromo, una madrugada partió un aviador en un pequeño avión de reconocimiento, sin que nunca más se pudiera volver a él, y que en ciertas noches es posible ver el aparato moviéndose loco por el cielo, como una pretérita hoja de calendario.

5

Un pastor se encuentra con un lobo.

– ¡Qué hermosa dentadura tiene usted señor lobo! –le dice.

– ¡Oh! –responde el lobo-, mi dentadura no vale gran cosa, pues es una dentadura postiza.

–Confesión por confesión, entonces, –dice el pastor–; si su dentadura es postiza, yo puedo confesarle que no soy pastor: soy oveja.

(Cuentos de *El Cerro Caracol*, 1959)

LA SEGUNDA EDICIÓN

En Chile siempre ha sido un problema publicar la segunda edición de un libro. El poeta, por esos días había conseguido agotar la primera. Se encuentra en la calle con un amigo.

–¿Cuándo publicarás la segunda edición de tu libro de versos? –le pregunta éste.

–¿Por qué esa pregunta? –le inquiera el poeta, agradablemente sorprendido.

–Mi hija, de tres años, acaba de comerse las últimas páginas de la primera edición –le responde el amigo-. Le han gustado mucho, y quiere más. Pero en las librerías me han dicho que el libro está agotado.

(Además de los libros de poesía, le confiesa su amigo, su hija prefiere los libros de hidráulica y los de patología.)

(De *El Cerro Caracol*, Segunda edición, 1961)

HABÍA UNA VEZ

Había una vez.

Había una vez y un caballero.

El Girasol de la ciudad era el edificio más alto de todos: tenía veintitrés pisos.

El caballero vivía en el diecisiete, y el había una vez en el noveno.

Esta mañana, 12 de abril de 1921, el caballero fue muerto, a causa de que él era un gángster.

Nadie en la ciudad lo sabía salvo el había una vez, sus jefes, los jefes enemigos que acordaron su muerte y por supuesto el victimario.

El caballero era muy tranquilo, y casi todas las tardes jugaba al ajedrez con había una vez.

La pistola hizo tic tac, como un reloj asesino que marcara el tiempo tartamudo, y mató a dos pájaros de un tiro: al caballero y al había una vez.

(De *Los mozos de Monleón*, 1974)

LA BONDAD

El mendigo ciego:

– ¡Una limosnita, por amor de Dios!

Pero no es un ciego porque ahora ha abierto un ojo.

La señora –enfurecida porque el ciego ve– no le da limosna.

–Me has pretendido engañar, ¡miserable!

–Pero señora, cálmese usted –responde el limosnero–,

¿no es mucho mejor que haya pretendido engañarla que ser ciego verdaderamente?

CUENTO

En una noche tempestuosa, una madre va con su hijo por las calles desiertas de la gran ciudad.

Un reloj anuncia la medianoche.

Llegan frente a la puerta de un convento.

–Hijo mío –murmura la mujer, con los ojos arrasados de lágrimas–, desgraciadamente tengo que abandonarte a tu suerte.

La madre se aleja por las calles solitarias.

El hijo refunfuña:

– ¡Qué ocurrencia la de mi madre! ¡Abandonarme justamente el mismo día que voy a cumplir cuarenta y cinco años.

(De *Escritos Mundanos*, 1985)

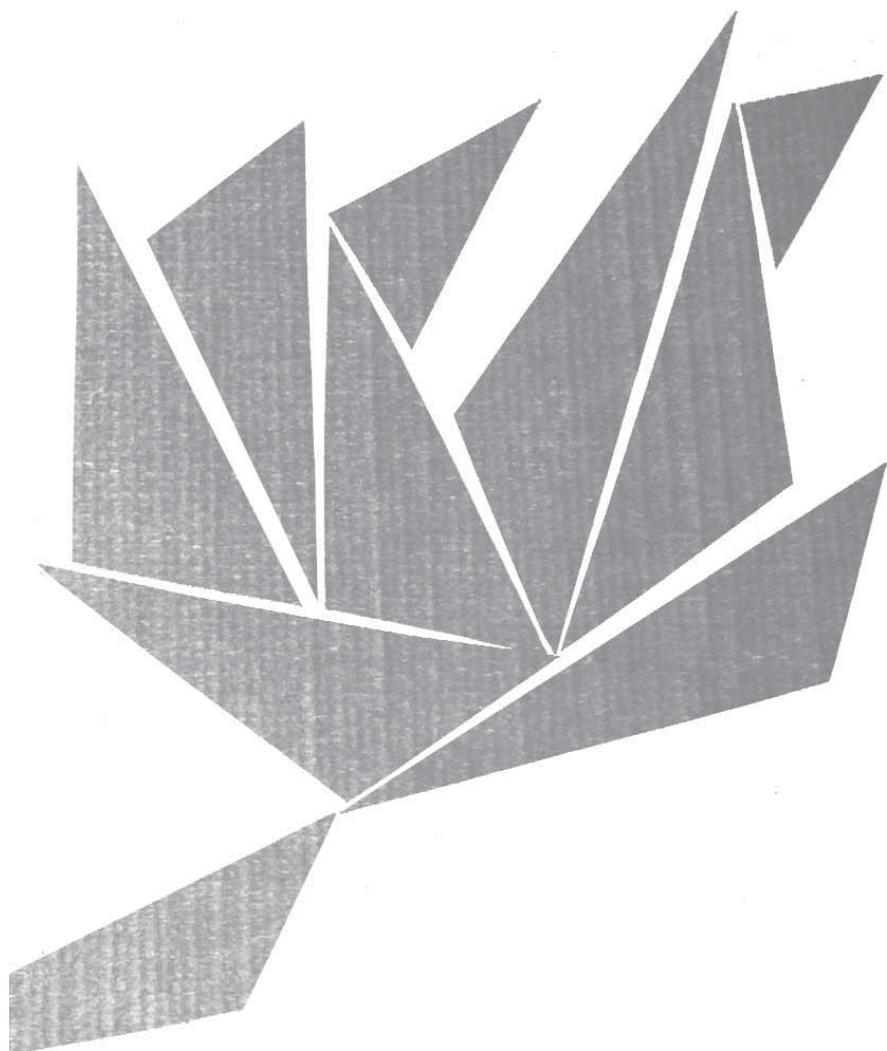
SELECCIÓN: TRADUCCIONES

La traducción para Braulio Arenas, fue una herramienta más para crear. A través de los textos en francés –idioma que dominaba completamente– Arenas realizó más de una cincuentena de traducciones, en las cuales queda de manifiesto su amor por los románticos alemanes como Heinrich Von Kleist y Achim Von Arnim, además de su innegable admiración hacia la literatura francesa, desde *La chanson de Roland* –texto que a pesar de su complejidad, tradujo completo– hasta los poetas surrealistas como Paul Eluard y Benjamin Péret.

Importantísimo resulta que Arenas no tradujo para sí mismo, ya que a pesar de las dificultades, intentó y logró; publicar más de una decena de traducciones en secretas ediciones.

Braulio Arenas, se sumergió en la traducción y la hizo confluír con su creación, fue una retroalimentación vital para la evolución de su obra. A veces, fue tan radical en esta relación entre su traducción y el texto original, que al leer su versión de *Nadja*, sentimos que el autor está escribiendo codo a codo junto a Breton, frases como: “La belleza será convulsiva o no será”.

Ernesto Pfeiffer.



UNA ESTADA EN EL INFIERNO

(Jean Arthur Rimbaud)

(fragmento)

Antiguamente, si yo me recuerdo bien, mi vida era un festín donde se abrían todos los corazones, donde todos los vinos corrían.

Una tarde, yo senté a la Belleza sobre mis rodillas. Y yo la encontré amarga. Y yo la injurié. Yo me armé contra la justicia.

Huí. ¡Oh hechiceras, oh miseria, oh odio, es a vosotros que mi tesoro ha sido confiado!

Yo conseguí hacer desvanecerse en mi espíritu toda la esperanza humana. Sobre toda alegría, para estrangularla, dí el salto sordo de la bestia feroz.

Llamé a los verdugos para, al parecer, morder la culata de sus fusiles. Llamé las plagas, para ahogarme con la arena, la sangre. El infortunio fue mi Dios. Me tendí en el barro. Me sequé con el aire del crimen. Y jugué buenas bromas a la locura.

Y la primavera me trajo la espantosa risa del idiota.

Luego, hace muy poco, habiéndome encontrado a punto de lanzar el último *gallo*, pensé volver a buscar la llave del festín antiguo, donde recuperaría quizás apetito.

La caridad es esa llave. –Esa inspiración prueba que soñé!

“Tú continuarás hiena...” etc., exclama el demonio que me coronó con tan amables adormideras. “Gana la muerte con todos tus apetitos, y tu egoísmo y todos los pecados capitales”.

¡Ah! yo ingerí demasiado aquello: –Pero, querido Satán, os conjuro, una pupila menos irritada; y esperando algunas pequeñas cobardías retrasadas, para vos que amáis en el escritor la ausencia de facultades descriptivas o instructivas, desprendo algunas de estas horrendas carillas de mi libreta de condenado. (...)

(De Revista *Multitud*, N° 30, 31 y 32, 1939)

LA CAZA DEL SNARK (Lewis Carroll)

(Fragmento)

Canto 1: El desembarco.

–¡Justamente el lugar para un Snark!, exclamó el Campanero, mientras desembarcaba solícitamente a la tripulación, por encima de las olas, con un dedo en el que se entrelazaban sus cabellos.

–¡Justamente el lugar para un Snark! Ya lo he dicho dos veces, pero sólo para animar a la tripulación.

–¡Justamente el lugar para un Snark! Ya lo he dicho tres veces, y si tres veces lo he dicho debe ser verdad.

La tripulación estaba completa. En ella se incluía a un Lustrabotas, a un Sombreroero, a un Abogado para arreglar los pleitos, a un Ropavejero para tasar los bienes, a un Marcador de billar cuyo conocimiento práctico era enorme, aunque sus ganancias eran tal vez más de lo debido, pero un banquero, contratado a un precio de loco, tenía en custodia el total de su dinero.

También se incluía a un castor. Se paseaba lentamente por cubierta, o se sentaba en la proa para tejer. Este castor los había salvado muchas veces de naufragar (así lo afirmaba el Campanero), pero ningún marinero sabía cómo.

También se incluía a un hombre, famosísimo por el número de cosas que olvidó al subir a bordo. Olvidó su paraguas, su reloj, sus joyas, sus anillos y sus trajes comprados para la expedición.

Tenía cuarenta y dos cajones, embalados cuidadosamente, y con su nombre claramente pintado en cada uno. Mas como se olvidó de consignarlos, los cuarenta y dos se quedaron en la playa.

La pérdida de sus trajes no era de lamentar porque se había puesto siete levitas y tres pares de zapatos al llegar, pero sí lo lamentable era que había olvidado completamente su nombre.

El respondía a los que le gritaban estrepitosamente: ¡Hola! ¡Fríete! ¡Sácate la peluca! ¿Cómo te llamas? ¡Qué importa cómo se llama! Pero especialmente contestaba cuando le gritaban: ¡Petardo!

Los que preferían palabras más concluyentes le llamaban de otra manera. Sus amigos íntimos le decían: Cabo de vela; y sus enemigos, Queso asado.

El Campanero había hecho esta observación:

–Su aspecto es desmañado; su inteligencia, escasa. Pero su valentía es perfecta. Y, después de todo, es esto lo que necesitábamos para un Snark.

Este hombre se chanceaba con las hienas y sostenía su mirada con un imprudente movimien-

to de cabeza. Una vez hasta se paseó, garra con garra, con un oso, explicando:

–Me paseo con este animal únicamente para levantarle el ánimo.

Se le contrató como panadero, pero confesó demasiado tarde (y el pobre Campanero casi se volvió loco) que sólo sabía hacer tortas de novia, para lo cual, como ustedes comprenderán, en este barco la materia prima faltaba.

El último de la tripulación merece una especial mención, aunque pareciera un zopenco: no tenía más que una idea, la del Snark, y por esta razón el buen Campanero le contrató en el acto.

Le contrató como Carnicero. El barco ya había navegado una semana, cuando declaró gravemente que sólo sabía matar castores. El Campanero se espantó y se quedó casi mudo de espanto. Finalmente, con voz temblorosa, le explicó que en el barco sólo había un castor, el suyo, un animalito doméstico, cuya muerte sería hondamente lamentada.

El castor, al escuchar al Carnicero, con lágrimas en los ojos afirmó que todo el placer de la cacería del Snark se estropearía con este aciago acontecimiento.

Opinó enérgicamente que el Carnicero debía ser transferido a otro barco, pero el Campanero se opuso, pues eso no entraba en sus planes.

La navegación, explicó, siempre ha sido una ciencia muy difícil, aunque se trate de un solo barco y de una sola campana, y, por mi parte, declino la responsabilidad de dirigir dos barcos a la vez.

El Panadero opinó que el castor obraría muy sensatamente si se comprara una coraza de segunda mano, y se ofreció a arrendarle una a un precio moderado.

El Banquero sugirió que el Castor se asegurase la vida y que tomase una póliza en una Compañía de Seguros acreditada. Le ofreció dos excelentes pólizas, una contra incendios y otra contra los perjuicios del granizo.

A partir de ese pesaroso día, el Castor, cada vez que se encontraba con el Carpintero, miraba para otro lado, y se mostraba extraordinariamente tímido.

(De Revista *Orfeo*, N° 17-18, 1963)

ZONA (Guillaume Apollinaire)

De este mundo antiquísimo
por último te cansas

Pastora oh Torre Eiffel
el rebaño de puentes bala en esta mañana

Estás harto de haber hecho tu vida
con romanos y griegos de los siglos pasados

Hasta lo automóviles aquí parecen viejos
La religión tan sólo permanece reciente
La religión
permanece tan simple
como un hangar del puerto de aviación

Sólo tú aquí en Europa
no has caducado oh Cristianismo
Tú eres el más moderno Pío X de esta Europa
Las ventanas te observan te retiene el rubor
de entrar a confesarte al templo esta mañana
Tú lees los afiches catálogos prospectos
que cantan en voz alta
Esta es la poesía esta mañana
y en tocante a la prosa tenemos los periódicos
Y por veinte centavos tenemos folletines
repletos de aventuras policiales
tenemos los retratos de hombre célebres
y por miles los títulos diversos

El nombre de esta calle tan linda lo he olvidado
y la vi esta mañana

Nueva y limpia el clarín ella era del sol
Directores y obreros y lindas mecanógrafas
cuatro voces al día por esa calle pasan
desde el lunes al sábado del alba hasta la tarde
Por la mañana gime la serena tres veces
Una campana en cólera aúlla al mediodía
Inscripciones de rótulos murallas y letreros
y avisos chillan todos igual a las cotorras
Me complace la gracia de esa calle industrial
sita entre Aumont-Thiéville y los Ternes en París.

Esa es la calle joven y no eres más que un niño
Sólo de azul y blanco tu madre te trajea
Devotísimo tú eres y con René Dalize
el más antiguo de todos tus amigos
amas como ninguno las pompas de la iglesia
Las nueve de la noche
el gas ha decrecido su llama hasta el azul
y salen a escondidas del cuarto de dormir
Rezan en la capilla del colegio
toda la noche entera
mientras gira por siempre cual hondura amatista
la ardiente gloria eterna y adorable de Cristo
Es el hermoso litio que todos cultivamos
Es la antorcha de roja cabellera
no extinguida en el viento
El pálido el bermejo el hilo de la madre
dolorosa
Es el árbol frondoso por todas las plegarias
El cadalso que honor y eternidad duplican
La estrella de seis puntas
Es Dios que muere el viernes y renace el domingo
Cristo ascendiendo al cielo mejor que un aviador
y detentando el récord de altura en todo el mundo

La niña de los ojos de Cristo de la mirada
vigésima pupila de los siglos sabe desempeñarse
y en ave transformado nuestro siglo
emprende cual Jesús su vuelo hacia los aires
Los diablos en la sima levantan la cabeza para verle
murmurando que imita al mago de Judea
a Simón y agregando que si sabe volar
que ladrón se le llame
Gentil equilibrista ángeles le circundan
Icaro Enoch Elías y Apolonio de Tiana
flotan todos en torno del primer aeroplano
y se apartan a veces para cederle el paso
al avión que transporta la Santa Eucaristía
sacerdote que eternamente sube
cuando eleva la hostia

Por último el avión se posa en tierra
sin replegar las alas
Golondrinas por miles cubren el cielo entonces
Vienen a toda prisa cuervos buhos y halcones
De África llegan ibis cigüeñas y flamencos
El Roc que han celebrado cuentistas y poetas
planea con el cráneo de Adán entre sus garras
la primera cabeza
surge del horizonte con sus gritos el águila
y el colibrí pequeño ha llegado de América
De China los pihis esbeltos y flexibles
que tienen sólo un ala y vuelan en parejas
Después a la paloma aquí tenemos
inmaculado espíritu
y la escoltan el pájaro con la cola de lira
y el pavo real con ojos en la cola
El fénix esa hoguera que a sí misma se engendra
por un instante todo

todo todo lo cubre con su ceniza ardiente
Abandonan sirenas peligrosos estrechos
para llegar cantando los tres hermosamente
y el águila y el fénix y el pihis de la China
fraternizan los tres con la volante máquina.

Mientras tanto caminas por París y estás solo
solo en la muchedumbre
Troveles de autobuses
ruedan con sus mugidos pasando junto a ti
La angustia del amor te oprime la garganta
como si nunca más debieras ser amado
Si vivieras en esas edades ya pasadas.

(En revista *Árbol de letras*, septiembre de 1968.)

EL CANTAR DE ROLANDO

(Anónimo francés)

I

Carlos el rey y nuestro muy grande emperador,
por siete años cabales permaneció en España:
hasta el mar dicha tierra altanera fue suya.
Ya no se ve un castillo que ofrezca resistencia;
tampoco existen muros y ciudades en pie,
excepto Zaragoza que está en una montaña.
Marsil es su monarca, éste no quiere a Dios.
Sirve a Mahoma en todo y le reza a Apolín:
males tendrá sin cuento sin que pueda evitarlo.

II

El monarca Marsil se encuentra en Zaragoza.
El se ha ido a buscar la sombra de un vergel.
Se recuesta en un atrio de mármoles azules;
circundan al pagano veinte mil de sus hombres.
Marsil llamó a sus duques y a sus condes diciéndoles:
"Oíd, señores míos, el mal que nos agobia.
Carlos, emperador de Francia la dulcísima,
se halla en este país y a destruirnos vino.
Carezco de unas huestes que puedan combatirle,
ni gente tengo yo que a la suya derrote.
!Dadme vuestros consejos pues sois hombres prudentes,
muerte y vergüenza os pido que me evitéis vosotros!"
No hay un pagano entre ellos que diga una palabra,
excepto Blancandrín de Castel de Valfonda.

(De *El Cantar de Rolando*, segunda edición 1977)

EL SILENCIO DE LAS SIRENAS (Franz Kafka)

Probar que medidas inadecuadas, y hasta pueriles, pueden servir para salvar a alguien de un peligro.

Para protegerse contra las sirenas, Ulises se tapó las orejas con cera y se hizo encadenar al mástil de su velero. Naturalmente poco importa que algún viajero antes que él –con excepción de aquellos a quienes las sirenas sedujeron desde la distancia– haya podido hacer lo mismo, ya que todo el mundo sabe que semejantes precauciones de nada pueden servir. El canto de las sirenas atraviesa todos los obstáculos, y el furioso deseo de aquellos que han sido fascinados por ellas ha roto lazos mil veces más sólidos que las cadenas y los mástiles. Pero Ulises, por mucho que estuviera informado de estas cosas, no se preocupó mayormente. Él confió por entero en sus taponos de cera y en la solidez de sus amarras, e ingenuamente entusiasmado por su ardid, se hizo a la mar para afrontar a las sirenas.

Ahora bien, las sirenas tienen un arma muchísimo más fatal que su canto: tienen su silencio. Y aunque es una opinión admitida que nadie ha podido resistir a su canto, es, sin embargo, concebible que tal cosa pueda suceder. Pero resistir a su silencio, imposible. Frente al sentimiento de haber triunfado de ellas con sus solas fuerzas, y a la transtornadora exaltación que por ello resulta, ninguna terrestre voluntad hubiera podido mantenerse incólume.

En efecto, cuando Ulises se aproximó a ellas, las todopoderosas cantantes no cantaron. Ya sea porque ellas pensaron que un tal adversario sólo podía ser vencido por su silencio, ya sea porque el aspecto beatífico del semblante de Ulises, quien únicamente pensaba en su cera y en sus cadenas, las hiciera desistir, lo cierto es que se olvidaron de sus canciones. Pero Ulises, si así se pudiera decir, no escuchó su silencio. Pensó que ellas cantaban en ese momento, y que era sólo él el que no las escuchaba. Durante un corto espacio de tiempo vió que sus gargantas subían y bajaban, que sus pechos se expandían, que sus ojos se llenaban de lágrimas y que sus labios se entreabrían, pero él creyó que dichas expresiones eran el acompañamiento natural de las canciones que morían a su alrededor, sin ser escuchadas. Sin embargo, casi inmediatamente, ya que su mirada estaba fija en un punto lejano, todo desapareció de su vista. Las sirenas, literalmente, se desvanecieron ante su resolución, y en el momento mismo en que ellas estuvieron más próximas a él. Ulises no supo reconocerlas como tales.

Pero ellas –más hechiceras que nunca– le siguieron mirando, tendieron sus cuellos, dejaron sus frías cabelleras flotar libremente al viento y, olvidadas por completo de todo, se engancharon

con sus uñas al roquerío. Ellas no tenían el menor deseo de seducir, todo lo que anhelaban era retener por el mayor tiempo posible la claridad que se desprendía de los grandes ojos de Ulises.

Si las sirenas hubieran sido capaces de tener conciencia, en ese mismo minuto se hubieran aniquilado. Pero ellas continuaron siendo lo que eran. Nada se produjo, nada, salvo el alejamiento de Ulises.

Una variante a lo anteriormente escrito ha sido igualmente propuesta. Ulises, si debemos creer a esta otra versión, era un personaje de tal manera astuto y retorcido que ni siquiera la misma diosa del Destino pudo traspasar su armadura. Acaso había advertido de un modo cabal –aunque tal cosa sobrepase toda humana comprensión– que las sirenas eran silenciosas, y sólo había opuesto a ellas y a sus dioses el comportamiento empleado como un escudo.

CONEJOS BLANCOS (Leonora Carrington)

Es tiempo ya de referirme a los acontecimientos que comenzaron en la calle la Peste, número 40. Las casas de un negro rojizo, parecían ser las misteriosas escapadas del incendio de Londres. La casa situada frente a mi ventana, peinada al azar con un puñado de plantas trepadoras, tenía el aspecto descolorido y abandonado de una morada sobre la cual las plagas hubieran cabalgado, lamida después por las llamas y sobre la cual hubiera babeado el humo. No era así como me había imaginado New York.

Cuando me aventuraba a salir a la calle, el calor me provocaba palpitaciones. Decidí, por lo tanto permanecer sentada y dedicar toda mi atención a la casa de enfrente, sin dejar, cada cierto tiempo, de lavarme el rostro que se me empapaba de transpiración.

La luz nunca ha sido demasiado intensa en la calle de la Peste. Siempre la envolvía el recuerdo de un humo que turbaba y abrumaba la vista. Mas, a pesar de todo, era posible estudiar con atención la casa de enfrente, y hasta con precisión. Por lo demás, siempre he tenido buenos ojos.

Pasé varios días en acecho de algún indicio de movimiento allá en frente, pero sin aparente resultado. Finalmente me acostumbré a desnudarme con entera libertad ante mi ventana abierta y hacer animados movimientos respiratorios en el aire espeso de la calle de la Peste. Esto debe haber

ennegrecidos mis pulmones al igual que las casas. Un día, después de almuerzo, me lavé la cabeza y me senté sobre la media luna de piedra cercenada que me servía de balcón, para que el aire la secase. Acuñé la cabeza entre mis rodillas y observé una mosca azul que chupaba el cadáver momificado de una araña caída a mis pies. Al levantar la cabeza ví a través de mis cabellos derramados algo negro en el cielo, de una inquietante tranquilidad para que fuera un avión. Al separar mis cabellos, pude saber que era un enorme cuervo posado en el balcón de la casa de enfrente. Estaba encaramado en la balustrada y parecía escrutar hacia la ventana vacía. Después embutió la cabeza bajo el ala aparentemente para buscarse piojos. Unos minutos más tarde, me sorprendí bastante cuando la ventana se abrió de par en par para permitir el acceso de una mujer al balcón. Ella vació un gran plato lleno de huesos en el suelo. Con un breve graznido de perito, el cuervo saltó a la par interior del balcón y picoteó su poco apetitoso alimento.

La mujer, de cabellera negra y larga como una cuerda, limpió el plato sirviéndose de sus trenzas. Después me miró francamente y con una amistosa sonrisa. Le devolví la sonrisa y agité una toalla. Esto pareció envalentonarla, puesto que movió la cabeza con coquetería y me hizo un saludo muy distinguido, al estilo de las reinas.

—¿Usted tiene carne descompuesta que no le sirva?, me gritó desde el balcón.

—¿Tengo qué?, le grité a mi turno, preguntándome si mis oídos no me habían traicionado.

—¡Carne que hieda! Carne... ¡Carne putrefacta!

—Por el momento no, le respondí, pensando que ella se las quería dar de ingeniosa.

—¿Y al fin de la semana? Si tuviera para entonces, le agradecería muchísimo que me la trajera.

Después retrocedió hacia la ventana vacía y desapareció. El cuervo emprendió el vuelo.

Mi curiosidad con respecto a la casa y a su habitante, me obligó a comprar un gran trozo de carne al día siguiente. Lo dejé en mi balcón encima de un periódico y esperé las consecuencias. En un tiempo relativamente corto, el olor fue tan penetrante que me vi obligada,

durante mi trabajo diario, a taparme las narices con unos papeles. De cuando en cuando bajaba a la calle para respirar.

El jueves por la tarde, observé que la carne cambiaba de color. Así, después de espantar a una espesa nube de moscas azules, la metí en mi bolsa de provisiones, y partí para la casa de enfrente. Observé, al bajar la escalera, que la propietaria parecía evitarme. Me demoré un tiempo en encontrar la puerta de entrada. Se me reveló al amparo de una cascada de hiedras salpicadas de manchas, y daba la impresión que nadie hubiera entrado o salido por ella desde varios años atrás. La campanilla estaba poco acostumbrada a que se la sacudiera, y por eso, al tocarla, se me quedó en las manos. Irritada, dí un golpe en la puerta, la cual se hundió hacia el interior dejando escapar un macabro olor a carne podrida. El hall, casi sombrío por completo, parecía de madera tallada.

La mujer descendió la escalera con una antorcha y envuelta en un froufrou.

–Buenos días, buenos días, murmuró ceremoniosamente, y me asombré cuando la vi vestida con un antiguo y hermoso traje de seda verde. Pero, al acercarse, vi que su piel era pálida como la muerte y resplandecía como si estuviera salpicada de minúsculas estrellas.

¡Qué gentileza de su parte!, agregó tomando mi brazo con su mano resplandeciente. ¡Mis pobres conejitos se van a poner tan contentos!

Subimos la escalera y mi compañera caminaba con tanta precaución que pensé que ella sentía miedo.

La escalera desembocaba en una cámara adornada con sombríos muebles barrocos y con una felpa roja. El piso estaba tapizado de huesos roídos y de cráneos de animales.

–Es tan raro que tengamos visitas, dijo la mujer sonriéndose, ellos se han escapado a sus rincones.

Silbó dulce y bajo. Petrificada, vi alrededor de un centenar de conejos de nieve blanca salir prudentemente de sus escondrijos, con sus enormes ojos rosados fijos sin pestañar en la mujer.

–Vengan queriditos, vengan queriditos, los arrulló, metiendo su mano en mi bolsa de provisiones y sacando un puñado de carne podrida.

Con una profunda sensación de disgusto retrocedí hacia un rincón y la vi echar la carroña entre los conejos que se batieron como lobos para conseguirla.

–Una se encariña demasiado con ellos, continuó la mujer, cada animalito tiene sus propios rasgos. Usted se sorprenderá al comprobar la personalidad de cada conejo.

Los conejos en cuestión estaban ocupados en destrozarse la carne con sus agudos dientes de roedores.

–Cuando llega el momento nosotros nos comemos a estos conejitos, claro está. Mi marido hace un guisado sabrosísimo los sábados por la noche.

Fue entonces cuando un movimiento en un rincón atrajo mi atención y verifiqué que había una tercera persona en la pieza. Cuando la luz de la antorcha de la mujer tocó su rostro, vi que su piel brillaba como el oropel en un árbol de navidad. Vestía una bata roja y estaba sentado completamente rígido, y de perfil a nosotras.

Parecía tan inconsciente de nuestra presencia como asimismo de la de un gran conejo blanco que se había agazapado en sus rodillas, masticando un enorme bocado de carne.

La mujer siguió mi mirada y cloqueó:

–Es mi marido. Los niños tienen la costumbre de llamarle Lázaro.

Al oír este nombre familiar, volvió su rostro hacia nosotras y vi que llevaba una venda en sus ojos.

–¿Ethel?, interrogó una voccecita menuda. No quiero ninguna visita en la casa. Tú sabes bien que te lo he prohibido expresamente.

–Vamos, mi pequeño Lázaro, no te irrites, dijo con lastimera voz. No me prives de una brizna de amistad. Hace más de veinte años que no había visto ninguna cara nueva. Y además, ella ha traído carne para los conejos.

La mujer se dio vuelta y me hizo un gesto para que me aproximara.

Me sentí embargada de terror y quise huir lejos de esas horribles criaturas de plata y de esos conejos blancos carnívoros.

–Pienso que ya debo irme, pues es la hora de cenar.

El hombre de la silla estalló en una carcajada tan penetrante que hizo saltar, aterrorizado, al conejo desde sus rodillas, y desaparecer.

La mujer aproximó su rostro al mío, tanto que su aliento enfermizo pareció anestesiarme:

–¿No quiere quedarse y llegar a ser como nosotros?

Me tambaleé y eché a correr, sofocada de terror. Una infernal curiosidad me hizo mirar por encima de mi hombro cuando alcancé la puerta y vi que la mujer agitaba su mano por encima de la balustrada, y vi que mientras la movía, sus dedos se desprendieron y cayeron al suelo como aerolitos.

(De *Conejos Blancos*, 1952)

NADJA
(André Bretón)

(Extractos)

¿Quién soy? Si por excepción tuviese que remitirme a un adagio, en efecto, ¿por qué todo no se limitaría a saber *con quién ando*? Debo confesar que esto me desconcierta, ya que tiende a establecer entre algunos seres y yo unas muy singulares relaciones, imposibles de evitar y más inquietantes de lo que uno pensaba. Este adagio dice mucho más de lo que quiere decir, hace representar a mi existencia el papel de un fantasma, aludiendo evidentemente a lo que era preciso que yo se cesase de ser para ser *quién soy*. Tomando de una manera apenas abusiva en esta acepción, me da a entender el adagio que lo que tengo por manifestaciones objetivas de mi existencia, manifestaciones más o menos deliberadas, no es lo que sucede, en los límites de esta vida, en cuanto a una actividad cuyo verdadero campo me es completamente desconocido. La representación que tengo del “fantasma”, en lo que éste tiene de convencional en su aspecto y en su ciega sumisión a determinadas contingencias de hora y lugar, vale ante todo, para mí, como imagen cabal de un tormento que puede ser eterno. Acaso mi vida sólo sea una imagen de este género, condenándoseme a volver sobre mis pasos cuando creo que exploro hacia adelante; condenándoseme a tratar de conocer recién aquello que debería perfectamente reconocer, a aprender una débil parte de lo que he olvidado. Esta introspección sobre mí mismo no me parece falsa, salvo en cuanto ella presupone de mí mismo, en cuanto sitúa arbitrariamente sobre un plano anterior una figura acabada de mi pensamiento que no se tiene ninguna razón para acordarla con el tiempo, y en cuanto ella implica, en ese mismo tiempo, una idea de pérdida irreparable, de penitencia o de caída, cuya falta de fundamento moral no debería, a mi juicio, soportar ninguna discusión. Lo importante es que las aptitudes particulares que lentamente me descubro aquí en tierra no me distraigan, para nada, de la búsqueda de una aptitud general que me sería propia, pero que no he recibido. Más allá de toda clase de preferencias que reconozco en mí, de afinidades que siento, de atracciones que sufro, de acontecimientos que me suceden, y únicamente a mí; más allá de cantidad de movimientos que me veo ejecutar y de emociones que únicamente yo experimento, me esfuerzo, en relación a los demás hombres, en saber en qué consiste, o, más bien, qué tiene de propio mi diferenciación. ¿No es en la medida exacta en que tome conciencia de esta diferencia que se me revelará lo que, entre todos los hombres, yo he venido a hacer en este mundo y cuál es el mensaje único que traigo conmigo para poder responder de su suerte con mi cabeza? (...)

(...) Nunca había visto unos ojos iguales. Sin vacilar le dirijo la palabra a la desconocida, esperando, convengo en asegurarlo, lo peor. Ella sonríe, pero en forma muy misteriosa, y hasta diría como *en conocimiento de causa*, por mucho que entonces no lo pudiera saber. Se dirige, según pretende, donde un peluquero del Boulevard Magenta (digo: pretende, porque casi al instante yo dudo y ella, más tarde, debía reconocer que caminaba sin objetivo alguno). Me habla con una cierta insistencia acerca de sus dificultades de dinero, por esto parece más bien que lo hace como una excusa para explicar la gran pobreza de su atavío. Nos detenemos en el terraza de un café cercano a la Gare du Nord. La observo más detalladamente. ¿Qué es lo que tienen de extraordinario estos ojos? ¿Acaso hay en ellos reflejos simultáneos de oscura miseria y de luminoso orgullo? Este es también el enigma que plantea el inicio de la confesión que, sin solicitársela, y con una confianza que podría (¿o bien no podría?) considerarse como completamente sincera, ella me hace. En Lille, ella es originaria de esa ciudad, de la que se fue hace unos dos o tres años, conoció a un estudiante que ella quizás amó y que la amaba. Un buen día ella decidió abandonarlo, cuando era la cosa que él menos se imaginaba, y esto “por miedo de causarle molestias”. Fue entonces cuando se vino a París, desde donde le ha escrito con intervalos cada vez más espaciados, sin nunca comunicarle su dirección. Aproximadamente un año después de esto, se encontraron por casualidad: ambos quedaron muy sorprendidos. Tomándola de las manos, él no dejó de decirle cuán cambiada la encontraba, y, mirando sus manos, se asombró de verlas cuán cuidadas las tenía (ahora no lo están, de ningún modo). Maquinalmente entonces, ella a su vez miró una de las manos del estudiante que éste tenía entre las suyas y no pudo reprimir un grito

al ver que los dos últimos dedos estaban inseparablemente juntos. “¡Estás herido!” Fue preciso que el joven le mostrase la otra mano que presentaba la misma malconformación. Después de esto, muy emocionada, ella me interroga largamente: “¿Es posible? ¡Haber vivido tanto tiempo con una persona, haber tenido todas las ocasiones posible de observarla, haberse preocupado de descubrir sus menores particularidades físicas, así como otras, para no haberse dado cuenta de esto! ¿Usted cree..., usted cree que el amor puede hacer estas cosas? El se enojó muchísimo, ¿qué le parece?, después nada dije, esas manos... Entonces dijo algo que no entendí, donde se metía una palabra que no comprendo, algo así como: “¡Griboulle! Voy a regresar a Alsace-Lorraine. Sólo allí las mujeres saben amar. ¿Por qué, Griboulle? ¿Usted no lo sabe?” Como se puede suponer, yo reaccioné muy vivamente: “No importa. Pero considero idiotas esas generalidades sobre Alsace-Lorraine, ese individuo tiene que ser un perfecto idiota, etc. ¿Así que partió y usted no ha vuelto a verle? Tanto mejor”. Ella me dice su nombre, el que ha escogido: “Nadja, porque en ruso es el comienzo de la palabra esperanza, y porque él no es sino el comienzo”. (...)

(De *Nadja*, 1986)

SELECCIÓN: MANIFIESTOS, ENSAYOS Y ARTÍCULOS

Sin embargo, a pesar de tan funestas esencias libertadoras, la libertad humana está en primer plano, ningún pesimismo, ningún sistema fracasado, ningún contubernio engañoso, puede postergar este debate. Mi esperanza mayor, hoy como ayer, veinte años después de aquel alucinante 1938, cuando nos planteábamos algunos poetas en el seno de la mandrágora tal problema como base inicial de cualquiera actividad lírica (y el lirismo es el desarrollo de una protesta, según sabemos), hoy como ayer, mi esperanza mayor es conseguir reavivar el fuego de esta pregunta: ¿El hombre, necesariamente deberá ser la presa constante del hombre, o llegará un día, en que rotas las cadenas de su servidumbre, el hombre podrá alzarse magnífico y libertador, para dar a la vida su más claro enunciado total, superadas ya todas sus antinomias, y no solamente el enunciado parcial de su liberación económica, política o religiosa?

Braulio Arenas, fragmento de “La Mandrágora”, 1958.



MANDRÁGORA, POESÍA NEGRA

La libertad, siendo nuestro único dominante poético, gravita con feroz censura por encima de nuestros actos, sin interesarse por la comprobación de una conciencia demasiado finalista o excluyente. Quizás nosotros podemos tener la noción del espacio recorrido en una breve certidumbre de la poesía, si cerrando los ojos retrocedemos al mundo regular de las encantaciones alucinantes, para recoger ahí, con miradas ávidas de misterio, las manifestaciones transitivas de su realidad. Y si fuera posible cerrar los ojos, con la misma resolución con que se toma un útil de labranza o un cuaderno, se pisaría la tierra firme por primera vez o se escribiría directamente del natural. Estos ejercicios ópticos, que en cierto modo pueden evitar la pereza o el hambre, sirven para correr por un rayo de luz con afán retrospectivo. Entonces ya no se sabe si se escribe o se mira, dejando a la mano el cuidado de reproducir un informe ajeno, pero que nos pertenece. Casi seguramente estos informes pertenecen al género de los traspasos obligatorios, al cambio de una vida por otra. El hombre entonces, o el poeta, se ve en la necesidad de ser dirigido, de ser absorbido, de ser inspirado por un representante suyo que actúa en su propio interior.

Y es sin embargo, por intermedio de semejante servidumbre poética que se trata de adivinar de soñar o de escribir lo que se ha soñado, lo que se ha adivinado. El hombre con desesperación, planea su propia fuga, y, de semejante tensión sus sentidos, deliberada o inconscientemente, nace la llama arrebatadora del dictado profético, es decir, de la poesía. Donde se ve solamente el desborde de la naturaleza interior del hombre o donde se habla de desarraigados internacionales, yo amo a los que el tormento de un enigma obligó a preferir las encantaciones, la poesía o el sobrenatural terror, como medios simples para conseguir arribar a los primeros atisbos de su verdadero ser. Más allá de eso existe el límite infranqueable del silencio y la palabra.

Es para ustedes entonces, verdaderamente camaradas situados en el nudo de las antinomias precisas de la realidad y la poesía. Y casi yo puedo agregar que está por ustedes, los que sobreviven, realizada una de las primeras ideas que haya ambicionado yo, la de desenterrar con el propio esfuerzo, con la propia imaginación, esa ave marina, esa planta nupcial que da la muerte al que se apodera de ella, la fascinante hada de los suburbios, la que canta canciones de infancia a la puerta de los prostíbulos y al pie de las horcas, y que sin embargo sabe, con un gesto apartar esa mediocre realidad que la rodea, para dar la vida, la poesía, y el amor a los que cojan con verdadera desesperación frenética un útil de labranza o un cuaderno para arrancarla o describirla, y es con ustedes que puedo exhibir y hacer girar -riesgo y fascinación aparte- esa planta nupcial, símbolo eterno de la poesía negra, la planta de la MANDRÁGORA.

Arriba de nosotros sólo reluce esa lámpara ferozmente defensiva, cuya eterna coloración obliga a los ojos a contemplar una quimera proporcionada por sus rayos -que para nosotros es de la realidad- una última manifestación de vida- que para nosotros es el primer fulgor-, un fenómeno de orden alucinatorio que no deja en paz ninguna de nuestras pasiones. Es ella la luz sin descanso de la poesía. Yo amo entrar a la zona de semejante paraíso llevado por el imán que se orienta desde mi sueño hasta los centros inexplorados aún de sus capas más profundas. Un determinado sueño no podría sino favorecer las altas conquistas de lo irreal desperdiciadas hasta ahora.

MANDRÁGORA se publica en el preciso momento que la frase de Mallarmé alcanza su más refulgente claridad: "Se debe por ejemplo asombrarse que una asociación entre los soñadores, que residen ahí, no exista en toda gran ciudad para subvencionar un periódico que anote los acontecimientos bajo la luz propia al sueño".

Que el impulso de la sumersión en el hondo sueño sea la voz de partida, la voz de alarma. Ahí nuestra vida se desarrollará en una vuelta a través de una estatua, de un árbol inmenso. Hemos perdido el hilo conductor, el cuerpo auditivo, en la misma puerta de entrada. Sin provisiones, con sed y hambre moral, se recorre el desierto donde los camellos petrificados huelen a la distancia los horizontes sin aduar, sin oasis. Esas figuras privadamente amorosas que nosotros vemos huir a cada corriente del agua, pueden ser reproducidas si nos albergamos provisoriamente en cualquier castillo errante. El sentido físico de la inestabilidad no es por cierto aquel que nos domina cuando intentamos la empresa poética de recoger algunos albores de esa luz irreconocible.

Para referirse a la poesía es necesario que se apodere de nosotros ese furor sagrado inaprehensible por la memoria. Esto es lo que la hace ser dueña de un campo más ilimitado que los de la realidad; (yo confieso que semejante afirmación no contradice la tesis dialéctica que yo defenderé siempre, la que se refiere a la primacía de la materia sobre el pensamiento) y por esa razón coloco en primer término, y como base de su sustento no menos evidente, el sentimiento de vida y muerte, el terror cósmico de la imaginación, el impulso instintivo de cortar los puentes, y la obediencia ciega a la ley del destierro dictada por uno mismo. Y aunque si ni siquiera ella mereciera ser acatada, bien la podemos soportar por ser la única traída desde el país de origen. Es el desierto la no menos frecuente de las agonías, de las contiendas. Y si yo defiendo la validez del terror como sentido poético, es porque él nos permite vivir en pánico, es decir, vivir alertas, vivir despiertos, vivir acechando lo desconocido a cada segundo.

Un aglutinante margen de realidad devora al misterio en lucha constante. He aquí una estrella boreal y un demonio tóxico que tratan de fusionarse, de mirar al pasado y al porvenir con la boca llena de profecías. Es la fábula constante de Tirésias. La poesía es nictálope, ya se recuerda. El placer entra ahí por derecho propio; la menor valla puede aumentar su poder destructor.

La simple noción de semejante realidad hace retroceder al hombre hacia los ocultos sentidos de los fenómenos irreales. Un día, esta perpetua oscilación de los caracteres de la vida habrá de llegar a su punto de máxima ruptura, y se luchará dentro y fuera del organismo humano, como en una suerte de reflejo sobre natural. Hasta ahora fracasaron ruidosamente las conciliaciones. Se volverá, pues a elegirlos nombres vanamente queridos y aborrecibles de poesía, libertad, unidad y placer, dándoseles otros significados; es decir, una clasificación verdadera. La conciencia no firmará ya nunca esos decretos de su capricho y de su tiranía. Y si aún se tratara de caprichos o movimientos inesperados de la razón, se podría ver ahí una suerte de inesperada renuncia. Pero no siendo el gran juego, para la realidad, otra cosa sino la orden imperativa la adulteración y la masacre de la imaginación, se habría de aceptar combatirla incluso con las armas que están a su servicio. Contraviniendo el principio matemático se puede afirmar que la poesía pesa más que la memoria que desaloja.

Pero la irrealidad, la magia, la pureza, el placer, la poesía, el terror, la libertad, la vida y la muerte, deben permanecer como enigmas constantes propuestos a los hombres. Que vuestra mano de media noche tome convulsamente el lápiz veloz y no haya alivio para vuestros sentidos durante esa faena manual de la poesía. Que unas alas se arrebaten vuestras espaldas, que unas huellas se apoderen de vuestros pies, y que el fuego incendie la epidermis de azufre del corazón para dejarnos en una libertad interior. Suponed que todo ha terminado ya, y que en un páramo de hielos se alza de improviso la imagen acusadora de vosotros, en toda su desnudez con sus horribles quimeras, con su pasado de ángel y demonio fugaces, con todo el fuego y todos los arco iris en la superficie. Aún en la soledad se temblaría, hombres- Aún en la opinión del hielo se buscaría censuras. Pero el poeta trabaja ahí sitiado por el hielo y el fuego con sus instintos de superficie, con sus visiones sobrenaturales y afrodisíacas. Tantos siglos de trabajo congelado le dieron la orientación y la videncia. Con regularidad caen sobre él las fuerzas desarraigadas del universo, pero él eligió la peor parte. Que vuestro lápiz corra por el pergamino del cerebro -un puño golpea ahí con desesperada mudez. Nada importa que vuestra poesía sea el vocabulario del durmiente. He aquí el terror, la muerte por asfixia, la mujer amarrada a los cuatro horizontes y desgarrada físicamente. He aquí el nombre repentino de POESÍA con su fugacidad desgarrante, Ella es NEGRA como la noche, como la memoria, como el placer, como el terror, como la libertad, como la imaginación, como el instinto, como la belleza, como el conocimiento, como el automatismo, como la videncia, como la nostalgia, como la nieve, como la capital, como la unidad, como el árbol, como la vida, como el relámpago.

Esa mujer que se desprende de la poesía, como una pluma del ala de una gaviota, cae al océano con apresurada serenidad, recorre los bajos fondos submarinos en afanoso trajín, y vuelve a la ribera convertida en la estatua de Alucinaciones.

Busquemos en su aire, en su luz, que el placer propaga como la más absorbente de los cielos,

como el imán del terror. La posibilidad de los instintos que brotan puramente de su tierra de origen, se engrandece en esta libertad única. Seguramente la efervescente daga de la irrealidad, que recorre en implacable vigilancia las venas de los hombres, fue orientada a los centros nerviosos para exasperarlos y hacerlos tenderse con miradas y oídos activos, en un trabajo de compensación, donde se cambia terror con amor, sangre por poesía.

Un semejante grado de voluntad sin voluntad, una resolución franca y feroz, que arrastra todas las leyes convencionales de los hombres y anula estas de la naturaleza, lleva a la poesía negra a su más alto límite, donde lo moral y lo inmoral, el crimen y la vida honesta, son palabras sin ideas, juego eterno, dualismo tenebroso y automatismo sin control. La vida misma se sale de la estatua que le asignaron por residencia, y vuela quemando las fronteras de la razón, en un viaje ciego pero alucinatorio, llevando tras de sí a un muñeco de huesos y carne que nada sabía de la faz esotérica del subconsciente. Es un viaje de encantos que, afortunadamente, dura todavía. Esa guerra civil interior, en la que los vencidos vences, rechaza los armisticios.

He hablado cinco o seis veces aquí del terror. Si se pretendiera escribir un poema bajo ese imperativo es necesario, durante el transcurso que dure su escritura, tener presente la definición de él: “El terror es el sentimiento instintivo del hombre, que la empuja a buscar, alejándose de toda preocupación inmediata, la raíz genérica su destino en las fuentes secretas del subconsciente, y encontrar ahí valiéndose del hilo conductor de la poesía, la relación estrecha entre su vida y los fenómenos del sueño, de la videncia, de la locura, etc., que se escapan a un control diario, empleando para ello, y como soluciones POÉTICAS, todos los recursos que tenga a su alcance, como ser el delirio, el automatismo, el amor, el azar, el crimen, y en general, todos los actos sancionados por la ley, por la medicina y por la religión”.

El terror puede convertirse en un simple hecho anecdótico, más natural que la quema de un árbol por el rayo, si los hombres pretenden erigirle en símbolo de encrucijada diurna. Es preciso resguardarle de esas ficciones que son finalidades demasiado útiles o atrayentes. Se le prefiere cuando dotado de los bebedizos sentidos del subconsciente, de los lapsus, de la maravilla, de la libertad, de la justicia, de la moral, de la subversión, se transforma en el ropaje más sensible, más nervioso, más alucinante, tanto que no es imposible desvestirnos de él, sin ponernos al desnudo completo, sin que haya la menor epidermis por defensa. No es el descanso después de la pelea, como se comprenderá. Antes bien, es preciso paralizar las cascadas para no aprovecharse de la electricidad por segunda vez, sacudir nuestro cuerpo hasta la náusea para que vuelen todos los pájaros anunciadores. ADENTRO SE SANGRA CON TRABAJO, he dicho en otra parte. El hombre, perdido, deslumbrado, desterrado del paraíso, (¿de qué paraíso?) proscrito por sus semejantes, llegado al punto de fusión de la muerte y poesía, no repara en medios para seguir adelante. Es la aparición de un espectro en una

vía pública. Arriba de nosotros ya no relampaguea esa lámpara ferozmente defensiva de las dudas terrenas. Yo juro que esto se hace por necesidad. Es fácil poner en evidencia los antecedentes de la Poesía Negra, si miramos hacia los fenómenos del SURREALISMO, el único enunciado que haya tenido hasta hoy la fuerza capaz de asimilar todas las manifestaciones del inconsciente y rendir al hombre un servicio liberador.

¿Ese estímulo, ese sonar de llaves, no es lo que me convence ahora que nada me está prohibido, y me permite esperar todo de un mundo de grandes reparaciones?

Del misterio, que es al desorden lo que es el sol a una mancha de tinta, el surrealismo extrae la resolución de las antinomias del sueño y la vida, del terror y el placer. Pues, por mucho que hasta ahora se haya pretendido afianzar un sueño en la vida, dándole patente de transeúnte, siempre su acento será extranjero y su mirada será de recién llegado a una playa desconocida. Todos los bellos intereses de la realidad estarán en peligro -cuando hubiera sido tan simple una coordinación de ellos- y en oposición a los del sueño.

¿Entonces, de dónde proviene esa feroz necesidad de hacer coincidir los pasos de la vida con las huellas de lo que se cree ser, equivocadamente por cierto, una falsa memoria? ¿Quién es el que duda de sus propias armas y da ventajas ajenas? Por supuesto que no es el sueño, ni la Poesía Negra, quienes, desinteresadamente, se han prestado para que se los convierta en símbolos, de un símbolo, los que han permitido un empleo deformante. “Aun en sueño yo prefiero caer”, asegura con toda la oportunidad André Breton.

Sí, caer de un sueño a otro y otro, como por una suerte de caja de repetición, para encontrar en el fondo de ella -envuelta en telas negras y que son sin embargo fosforescentes- una pequeña planta nupcial, MANDRÁGORA MÍA.

(En revista *Mandrágora*, N°1, diciembre de 1938)

LA MANDRÁGORA*

Alucinante decíamos en 1938, alucinante repetimos veinte años después, alucinante mandrágora, ven ahora a darnos el resumen de la poesía, tú que en todo momento has estado dispuesta a darnos el resumen de la juventud.

A tus pies arrojamos los trofeos de nuestro viaje: la mercancía de la realidad, los objetos del sueño. Opaca y mísera mercancía, sin más consistencia que la ceniza del cigarro; fulgurantes objetos, cristalizados en el más puro enunciado de la existencia.

¿Y qué podemos decir de nuestro viaje? Interroguemos, interroguémonos.

La almohada podrá decir las veces que la franqueamos; el sistema del mundo, las veces que lo combatimos. La mujer podrá decir las veces que la amamos, porque en esta ley de la poesía el exceso de amor sólo es castigado con algunos besos. Los países podrán decir las veces que borramos sus fronteras; el incendio, las veces que provocamos sus llamas, la encrucijada de la vida, las veces, que el placer nos dio su madeja intacta.

Nada risueño nos ofrecía el exterior, pero teníamos a nuestro haber el humor surrealista y la ironía romántica, los que fueron para nosotros pedernales preciosos para frotarlos contra la piel de una realidad depravada. Y es con las chispas que arrojaron estos pedernales que hoy vengo a exigir cuenta minuciosa de las tinieblas.

Nunca como ahora, y desde ángulos tan diversos, el hombre había sentido necesidad tanta de hacer tangible su libertad, o, por lo menos, aquello que él ha creído que era su libertad.

Y nunca como ahora, por lo menos en lo que va corrido de vida bajo mi camisa, el hombre había esgrimido tan certeras y críticas armas para sostener la conmovedora justicia de su derecho.

El ha reclamado una “salida” a toda costa. Su oído avizor le hacía conocer, desde lejos, los diferentes sonos de las cadenas de la esclavitud. Libertador, implacable y orgulloso, nunca como ahora el hombre había dicho más veces no a los parásitos del sometimiento cotidiano. La avidez de la libertad ha llegado a constituir ahora, en el momento mismo que parecen cerrarse más seguramente las cadenas, ha llegado a constituir, digo, el movimiento de valores más estable en la plaza del mercado, en la cual, diariamente, el hombre reclama su transacción más alta.

Y nunca como ahora se habían visto más solícitos sistemas libertarios ir de puerta en puerta ofreciendo sus cajas de cartones, atadas con pomposas cintas. Aún más, ha sido necesario como requisito previo, y para la seguridad de la venta, que la palabra libertad estuviera la primera en toda

*Este texto fue leído por Braulio Arenas ante cientos de escritores en el encuentro organizado por Gonzalo Rojas en 1958 y publicado en la revista *Atenea*. También este texto fue incluido en su antología titulada *Poemas* (1959).

mercancía. Al no verla escrita, el hombre hubiera rechazado airado cualquiera caja de salvación que se le ofreciera. Inútil es añadir que estas cajas nada contenían, todo su poder atractivo estaba en el exterior.

Cajas de cartones como una marea abusiva, siempre es necesario que salga la poesía para que el océano vuelva a restablecer el equilibrio. Idea justiciera, realidad implacable, la poesía abisma con su fuego este mundo de cartón. Es grotesco, pues, hacerla marchar al son de un rataplán político cualquiera, vuestra infame palabra libertad nada tiene que ver con la radiante palabra libertad que la poesía emplea. No sólo son irreconciliables, sino que la una, obligatoriamente, debe combatir a la otra.

Sin el requisito previo de su crítica al mundo, ninguna poesía que verdaderamente merezca ese nombre, puede ser valedera. Y esto no por un carácter opositor basado en la simple oposición, mas por la razón y la raíz de dar la batalla a todos esos fantasmas que han usurpado el nombre de lo real. Lo real es para el mundo presente la moneda legal del error. Y en tal medida, y tanto, que para lo que es real -la poesía- el mundo tiene las reservas mentales más coléricas. Dice por ti, por ti poesía vengadora, que sólo eres el manto ficticio de las apariencias, mientras que por la realidad, por esta realidad bruta y miserable, nos asegura que su presencia es la única verdad posible.

Nosotros podemos decir, y yo sueño en los instantes de “fusión” entre la poesía y la realidad (mandrágora alucinante, mientras el reloj toca las doce), nosotros podemos decir que lo único que nos ha interesado ha sido provocar la mayor cantidad posible de contactos entre lo que nosotros, y no el mundo, llamamos realidad con aquello que nosotros, y no la razón, llamamos poesía.

El “derramamiento” de la una en la otra. Entrar en la una y en la otra al mismo tiempo, como quien entra a dos mansiones superpuestas. Dormir y vivir a un mismo tiempo, amar para amar siempre, estar en la orilla del mar serenamente y estar en el barco en peligro al mismo tiempo. ¡Oh poesía, a ti, a la que un día de juventud proclamamos negra, negra para oponerla a un mundo negro, negra para que tu luz negra iluminara las tinieblas del mundo, oh poesía, sólo tú sabes lo que esta mandrágora ha sido, es y será!

Alucinante 1938, yo te veo presente en mi juventud, y en la de todos mis amigos. Todos ellos entrevieron una alta razón de la razón, la razón de la poesía, para exigir con ella cuentas de una realidad amenazante. Ir en rescate de una alta realidad (y entiéndase que al decir realidad me refiero a la vida superada ya de todas las antinomias que la cercenan actualmente), ir en rescate de ella fue el propósito inicial de nuestra empresa. Erigir la libertad en sistema fue nuestro pan cotidiano. Nada podíamos hablar en favor de un mundo que sólo nos presentaba una faz comprometida, y sin siquiera el menor asomo de una libración lunar, nada de una sociedad sobre la cual se iban a estrellar cotidianamente los deseos humanos. Nada podíamos hablar de ellos, sin emplear la razón de la poesía para transformarlos.

Empleamos estas palabras: amor, revolución y vida, para hablar en nombre de la poesía en

un “medio” que trataba de entorpecer nuestro camino con el dictado del buen sentido, de la farsa perenne, del espejismo utilitario, del apogeo del servilismo político y religioso.

Hilo conductor de la poesía, en el laberinto de la realidad, de esta realidad presente, tú has sido nuestro más precioso elemento.

Contigo atravesamos aquel maravilloso siglo XII, lleno de las voces de los trovadores que proclamaron el amor como la esencia más alta del conocimiento, voces inspiradas del cantar claro, del cantar clus y de la gaya ciencia.

Contigo atravesamos los libros de caballerías, verdaderos tratados de ciencia mágica, de filtros, para la alquimia del verbo, imaginación humana expandida en flor, llenos todos de los baladros de sabio, y con sus dos tablas redondas, con sus mujeres transformadas en hadas, y con sus hadas transformadas en mujeres, gracias al baño de gracia del graal.

Contigo atravesamos la centelleante escena inglesa, oh poética Anabella, oh duquesa de Amalfi desgarrada, una escena que exageró las facetas del diamante solamente para contener más luz, y para iluminar con ellas nuestros sueños.

Contigo atravesamos la región sagrada de nuestro espíritu (sagrada región en todo cuanto este término pueda contener de afirmación poética), región de la cual vivimos, y en la cual dejaremos nuestros huesos, “polvo serán, más polvo enamorado”, según el decir de Quevedo. Siglo de oro que viste la gloria de Aldana, de San Juan de la Cruz y de Bocángel, aún hoy vemos a unos poetas menesterosos ir a pedir unos centavos de Góngora al siglo de oro.

Contigo atravesamos, y con la despreocupación de quien se sabe dirigido por las manos del hada madrina, los sótanos tenebrosos de los castillos de Anne Radcliffe y Horace Walpole, sótanos que nos hacían sentir el sol meridiano, el sol permanente de nuestra existencia; pues es una observación bien sabida que en los dominios de la poesía no se pone la luz.

Contigo atravesamos el corazón mental de los románticos alemanes, y oírnos chisporrotear en la hoguera de la razón los corazones de Novalis, Arnim (de ese Arnim que fue uno de los primeros biógrafos de la mandrágora), los cerebros de Hölderlin y de Hegel.

Contigo atravesamos, y ahora nuestra expedición se interioriza cada vez más, las mansiones de Sade y Mallarmé, las de Rimbaud y Lautréamont, en las cuales hemos recibido la hospitalidad más espléndida.

Contigo atravesamos, y por último, el dominio de fuego del surrealismo, una vez más estrecho las manos amigas de Breton y Péret, las manos de Duchamp y Leonora Carrington, hada esta última tan extemporánea, y por extemporánea hada.

Hilo conductor de la poesía, tú nos has traído hasta el corazón mismo del laberinto de la realidad, y lo atravesamos sin perder ni la última de nuestras esperanzas.

Existe una convención tácita para atribuir a la realidad los más pérfidos errores. En nuestro tiempo, cuántos sistemas de salvación humana se levantaron para otorgar al hombre una salida. Pensemos por un instante en aquellos sistemas políticos, que pretendieron constituirse en la máxima expresión de la libertad humana, un instante de reflexión, y los veremos justificar los peores excesos de la esclavitud del hombre. Pensemos en el psicoanálisis, instrumento de liberación del alma como ninguno, ahora convertido en las manos de los epígonos de Freud en un instrumento de opresión, gracias a la famosa cuestión del “sentido de la culpa”. Pensemos en el existencialismo transformado por el payaso Sartre en una opereta en tres actos. Pensemos... o más bien dicho, no sigamos pensando en todos los sensacionales sistemas de salvación humana, metidos en espectaculares cajas de cartón, y adornados con pomposas cintas de colores.

Sin embargo, a pesar de tan funestas esencias libertadoras, la libertad humana está en primer plano, ningún pesimismo, ningún sistema fracasado, ningún contubernio engañoso, puede postergar este debate. Mi esperanza mayor, hoy como ayer, veinte años después de aquel alucinante 1938, cuando nos planteábamos algunos poetas en el seno de la mandrágora tal problema como base inicial de cualquiera actividad lírica (y el lirismo es el desarrollo de una protesta, según sabemos), hoy como ayer, mi esperanza mayor es conseguir reavivar el fuego de esta pregunta: ¿El hombre, necesariamente deberá ser la presa constante del hombre, o llegará un día, en que rotas las cadenas de su servidumbre el hombre se podrá alzar magnífico y libertador, para dar a la vida su más claro enunciado total, superadas ya todas sus antinomias, y no solamente el enunciado parcial de su liberación económica, política o religiosa?

La esperanza de 1938 no va a ser contradicha veinte años después, y hoy como ayer creemos que llegará un día en que el hombre será el dueño de su destino, de una vez y para siempre.

Creo, por lo tanto, que nuestra razón de vivir no está perdida. Vuelvo a pensar en mis amigos de la mandrágora. Vuelvo a recordar a Enrique Gómez empecinado en la poesía como una estrella empecinada en su luz, por mucho que afuera sea noche. Vuelvo a pensar en Jorge Cáceres y en sus afirmaciones, “a la llegada de los pájaros ellas son víctimas del sol, ese sol que tú respetas, sol de la costa”. Vuelvo a pensar en Gonzalo Rojas, solicitando un crimen a falta de poesía. Vuelvo a pensar en Fernando Onfray, y en su trillada fábula en pro de la abolición del colmillo. Y en tantos más...

Sí, nos comportábamos como salvajes, como poetas y esto porque teníamos esperanzas. ¿Cuántos de esos amigos de aquella hora, en la hora presente mantienen sus mismas esperanzas? Yo no lo sé, pero me asiste la esperanza que las mantengan todos.

Es así, a veinte años de aquel conmovedor suceso, al cual tal vez los comentaristas de la literatura chilena consideren como el suceso llamado mandrágora, es así como a veinte años, sin que la cicatriz se haya borrado, me vuelvo a los jóvenes poetas que arden por atravesar el puente levadizo,

y les digo que sin considerar nuestro ejemplo, sostengan en la palma de la mano esa brasa ardiente el mayor tiempo posible.

Y esto sin que por un momento piensen qué la quemadura pueda borrar definitivamente las líneas de su destino.

EL JUEGO DEL AJEDREZ

(fragmento)

(...) Como de un medieval torneo, cada uno de los jugadores va a enlazar la particular preocupación con la del adversario.

Convenciones y leyes y reglamentos habrán de respetarse, y en una forma casi exagerada, casi hasta el punto de poder asegurar que el tablero comporta la dimensión de un código internacional, con vigencia absoluta para aquellos que voluntariamente han aceptado su formulación.

Señalaremos, además, que su específico contenido se reduce a la del equilibrio en pleno, a una simetría del deber, por decirlo así, y será este principio el que esté presente en el ánimo de los jugadores que disponen a emprender la siempre renovada partida.

Así, sería del caso señalar que existe en el ajedrez un peligroso punto muerto, del cual ninguno de los participantes puede substraerse. Este equilibrio, esta simetría, debe romperse, es necesario que se rompa, sin contravenir las disposiciones del propio código.

Los jugadores, atacando la orden de la binaria responsabilidad, se esforzarán, pues, por romper ese estado latente de la partida, para transformarlo en un estado manifiesto, y cada uno de ellos tenderá su esfuerzo para anonadar a su enemigo con una imprevista, con una creadora interpretación de la real madeja.

(De *El juego de Ajedrez*, 1966)

VIOLETA PARRA

Violeta Parra canta a lo humano, canta a lo divino, canto a lo lago, canta a lo selva, canta a lo río, canta a lo montaña, canta a lo pájaro, canta a lo pastora. En una palabra, Violeta Parra canta a lo todo.

Sin mayor esfuerzo, como si dispusiera de un espejo de sílabas para su propio uso, canta la noche de los amantes y la estrella del alba, porque este espejo por ratos vacía su azogue: lo que vio en este mundo y también en el otro, que es este mismo mundo en razón inversa del cuadrado de su canto.

Canta, y de repente el resplandor que brota de su garganta se hace relámpago compacto, como postre de leche asada, y las estrellas que rondan su cabeza son otras tantas letras que forman la palabra valparaíso (así con minúscula), letras escritas literalmente (si se me permite la expresión) en el aire, letras de cola de cometa, de poesía más liviana que nuestro sueño.

Canta Violeta Parra, y el orden mágico de su canto nos restituye el canon de los pastores que saben cantar para romper el misterio de la nube y provocar la lluvia. Los usos, modos y costumbres de su canto saben más de la vida y de la muerte porque saben a amor. La simetría de su voz convoca distantes galaxias, y hace el paraíso a la medida de sus canciones.

Voz profética, voz medieval, voz antropológica, voz ética, voz de Violeta Parra. A su voz los puentes levadizos se bajan para que ella (su voz) se interiorice, y para que ella (Violeta) se exteriorice en hada, y escuche al mundo a través de su canto.

Ella ha dicho su canto y lo ha dicho con gravedad (y al decir de gravedad pienso, y esto es para mi tal vez, que gracias a Violeta sabemos cómo cantaron Leonoreta y Urganda), ella ha dicho su mundo y lo ha dicho con mundo. Y antes de terminar este homenaje, quisiera agregar esto que se me ha ocurrido a propósito de nuestra inspirada cantante: así como es posible que sea “precisamente” este vaso y esta agua los que nos permitan poner en práctica la teoría de la tempestad (la tempestad en un vaso de agua), es posible que sea la voz de Violeta Parra la que ponga en práctica la teoría de la belleza (en un espejo de sílabas la poesía intacta).

(De revista *Extremo Sur*, N°2, marzo de 1955)

BOCETO DE GABRIELA

Era una mujer callada, de valle adentro, un tanto adusta y fatalista, como lo son las campesinas de Elqui (la tierra donde nació) o como lo son todas las campesinas del mundo.

Muy amiga de los niños: recordemos su inmortal y sangrante dibujo de los piecitos “azulosos de frío”, y muy amiga también de las mujeres del pueblo.

Su corazón, digamos, su poesía, se los entregaba completamente. Sin embargo, no era muy dada a contar sus amores y sus aventuras, prefiriendo, más bien, hablar de flores y de pájaros, de montes y de cielos, de mares y de desiertos. De todos estos elementos escribía con propiedad, porque nunca se consideró extranjera en el universo.

Escribía, sí, sus poemas con un dejo de amargura, muy pocas veces con alegría plena, y algo de sal y de lágrimas nos queda después de su lectura.

Fue profesora, maestra más bien, no sólo para niños sino también para esos hombres que quieren deletrear el alfabeto de nuestra América.

Doctora en humanidad más que en humanidades, Gabriela supo también aprender, aprender calladamente la lección de todo lo justo, de todo lo doloroso, de todo lo humano de todo y lo divino.

El mundo se le ofrendó como un servicio. Ella supo responder a esa ofrenda, aceptarla y esparcirla, haciendo de su misma poesía una acción de servicio.

Servicio para su pueblo, para los niños todos del mundo, para las mujeres humildes, y éstas comprendían que por boca de la poetisa ellas esparcían su silencio de siglos.

Precisamente con un corro de estas mujeres campesinas ella había estado soñando en su niñez. Todas eran niñas entonces y todas querían ser reinas cuando grandes.

Esto acontecía en el Valle de Elqui, y después pasaron los años y una de ellas llegó a ser reina: Gabriela Mistral, proclamada reina de la poesía al recibir el Premio Nobel.

Por boca suya hablaron los niños y las mujeres de nuestra raza, y hablaron también nuestros desiertos y nuestros ríos, nuestros cielos y nuestros montes, nuestras flores y nuestros pájaros.

(De *Escritos y escritores chilenos*, 1982)

APÉNDICE

MI TESTIMONIO SOBRE BRAULIO ARENAS (Gonzalo Rojas)

Dicen que va cumplir sus cincuenta años, pero Braulio Arenas es el mismo inocente y el mismo endemoniado que conocí en 1937 en la fuente Iris, en el intensísimo Café de entonces: Estado con Alameda. Discutimos, claro que discutimos. Empezamos discutiendo, a la sangrienta luz de la Guerra Española y a los gritos de la calle; empezamos discutiendo con violencia sobre eso que más duele a los poetas: su oficio mismo de poetas. Cada uno dijo lo suyo con la entereza y el desparpajo de la mocedad:

–Lo que pasa es que usted es un provinciano sin imaginación.

–Y usted, un santiaguino hueco.

Pero Braulio había nacido en La Serena, uno de los más hondos países poéticos de Chile; a unos cuantos metros, en el tiempo, de Magallanes Moure, Carlos Mondaca y Gabriela Mistral.

Pongo en el aire la primera imagen suya: longilíneo, casi atlético, con sus ojos sin párpados, hiriente para ver hasta el fondo. Intenso, libre, áspero y alegre, pero tan claro siempre, tan temerario en su diamante.

Se divirtió largamente a costa de mis preferencias literarias y derramó sin piedad la sal sobre la mesa. Pareció agriarle mi confianza de muchacho, mi porfiada confianza de animal fuerte, algunos años menor que él, en el desarrollo y en la vida. ¿Hartazgo o lucidez, o falta de sufrimiento como el mío?

–Asco, parecía decirme a cada instante. Todo es un asco y una frustración. Las profesiones (¿qué estudia usted?), las religiones, la política. Aspirar. ¿A qué? Pero ¿podría decirme a qué diablos aspira usted?

–A la buena salud, le respondí. Rió roncamente. Y supo entenderme en un relámpago todo lo que iba implícito en mi proyecto de buena salud. Entonces, sin alarde alguno, apuramos nuestros vasos de cerveza.

En el viejo aprendizaje de los provincianos, Santiago me era una trampa y una aventura sin término. Por lo que se me imponía la vigilia en todos los órdenes. Tan terco e inflexible como mi interlocutor, defendía lo mío: mi formación severa de adolescente pobre, recién venido a la capital deslumbrante. Por eso se me dio tan nítida la luz auténtica de este otro provinciano camuflado y descubrí de golpe en él la buena veta de la hombría y de la poesía, con mi certidumbre de araucano y de minero.

Siempre fue Braulio el escritor, el escritor con siete y diez horas de escritura al día. Ya antes de 1938 entregó algunos testimonios en prosa y en verso, pero sólo desde ese año cobró primera

dimensión y nombre resonante.

Mandrágora estalló ese invierno como la dinamita de una semilla poética sin precedentes en el país. Todas las otras empresas creadoras aparecían limitadas por el individualismo inherente a la faena estrictamente literaria, y hasta las tareas colectivas como la Colonia Tolstoyana y en el Grupo de Los Diez se nos daban como experiencias frustradas de escritores de aldea.

Mandrágora: extraña alianza de unos cuantos rebeldes que intentamos la renovación del oxígeno total, como nuestros antepasados los románticos alemanes y los surrealistas franceses. Ver claro de día y de noche, estar siempre despiertos a la más lúcida realidad. No sólo ser poetas sino vivir como poetas responsables, sin avidez literaria de ninguna especie. Ni la fama ni la gloria ni, mucho menos, el dinero. Nada con la publicidad vergonzosa, ni con el sucio oficialismo de los premios. ¿Qué premio podríamos esperar, de qué tribunal? La vuelta al principio, al origen. La ida y la vuelta al mismo tiempo, como el sol; sin abstracciones ni miedos a los irrisorios aparatos de la realidad.

Porque lo que estaba en tela de juicio era la realidad misma. Por eso, cuando al cabo de veinte años –en 1958– Braulio Arenas revisa públicamente aquellos postulados, desde la experiencia del viaje posterior de cada uno de nosotros, descubre muchas de las confusiones en las que fuimos atrapados, pero descubre también el sentido de esos gérmenes desafiantes. ¿Qué se perdieron –como pérdida personal– muchos de los poetas que integraban el grupo, en el sentido de que su obra personal no tuvo mayor audiencia? Pero: ¿quién habló nunca de audiencia ni de éxito individual entre nosotros? Nuestra empresa intentó ser una “egrégore” –cuerpo y alma orgánicos de muchos individuos, comunión en la que cada uno trabaja y respira para todos–, como lo intentó antes el surrealismo en su primera hora. Por eso nos pareció siempre tan mísero el estruendo literario de los excitantes y cínicos Beat Generation, con sus drogas y sus discos publicitarios.

Ni la fama ni el dinero. Ni la jefatura ni el predominio de nadie sobre nadie. Ni, por supuesto, la blanda fraternidad de los buenos muchachos, donde cada uno quiere cobrar algo. Imagen fantasmal de un mundo a la intemperie, Mandrágora no alcanzó la dimensión constructiva ni en lo político ni en lo poético, pero fue síntoma indudable de un estado de cosas, de su flujo y su reflujo. Prueba de tal inconsistencia fue la brusca dispersión de sus miembros y el golpe de timón de Braulio Arenas hacia el océano surrealista del almirante André Breton, en 1941.

Porque, aunque no lo quisiéramos –ni él lo quisiera acaso– Braulio Arenas fue nuestro capitán indiscutible, tanto en la publicación de nuestras hojas mandragóricas, precursoras de la bomba atómica, como en los actos poético-terroristas. Recuérdese el famoso episodio del Salón de Honor de la Universidad de Chile cuando Braulio arrebató a viva fuerza el discurso que Neruda leía como despedida del país ante la admiración de sus oyentes, alcanzando a arrojarlo en pedacitos al toro de

ese público por encima de un piano, segundos antes de ser devuelto a su butaca por el aire, merced al despiadado punch de un nerudiano boxeador, harto elocuente.

¿Qué fue entonces nuestro grupo y qué pudo significar para el poeta Arenas la experiencia de Mandrágora y posteriormente la del surrealismo militante?

Respondo: todo tendrá siempre su progenie, su desarrollo. Huidobro, el maestro a pesar suyo (“Yo no soy maestro de nadie”), nuestro Vicente fascinante, estimuló a muchos jóvenes con su creacionismo a forjar un movimiento de irradiación poética hacia el mundo. Eduardo Anguita, el huidobrista más ortodoxo, inventó su grupo David, mientras Arenas, Cid, Gómez-Correa, de mayor inclinación al surrealismo internacional que al creacionismo, prefirieron otra salida de más honda tradición.

Quien pudiera arrancar la mandrágora que crecía al pie de los patíbulos y en lo sombrío de las selvas sin caer muerto allí mismo, obtendría de golpe el amor, el honor, la fortuna, y el poder al mismo tiempo. Buen símbolo, como se ve, para poner en marcha un gran estilo de pensamiento y de acción.

Más que la mano, la imaginación de Braulio le dio un sello singular a este método de vida mandragórico, de implicaciones morales, sociales y poéticas y hasta me atrevo a pensar que Arenas fue más lejos que Huidobro en la proposición de un pensamiento poético de Chile para el mundo, que no tuviera las limitaciones del talento personal. André Breton pareció entenderlo claramente, dando su espaldarazo a esta primera filial del surrealismo en nuestra América.

Años más tarde, en 1953, en un primer viaje a Francia, me fue posible tratar personalmente al gran Breton, y antes de decirme nada me preguntó por Arenas. Parece increíble, pero el más vigente de los poetas chilenos posteriores a Neruda en París no ha logrado nunca un pasaje, por modestia y rigor, para visitar la patria poética donde ha crecido su nombre, desde hace veinte años.

Pienso en la fidelidad de Braulio a la estrella de su poesía, y me es difícil reencontrar un caso semejante entre nosotros. Otro poeta, sin esa estrella, se hubiera deslumbrado fácilmente por cualquier posición confortable, o se hubiera perdido en la tiniebla y en el bosque de los irracionalismos en boga. Pero lo salvó siempre la grandeza de su ánimo y el surrealismo se le dio como un humanismo, pese a todas las tormentas.

Cabe, por cierto, la conjetura de si Arenas fue un surrealista cerrado al modo de César Moro en el Perú, o si se abrió –en su caudalosa lectura tan intensa hoy como en su infancia–, a la observación del fenómeno poético en la dimensión múltiple de todas las corrientes. ¿Quién podría negar la vastedad incalculable de su registro como lector y aprendiz de lo inmediato, siempre deslumbrado ante el proceso de la realidad?

Visión ascética del mundo, en todo su torbellino, con un ojo inmediato que va siempre al fondo del juego; estrategia de ajedrecista en el uso de la imaginación y la palabra, y un aura de humor

donde lo visible se junta con lo invisible, lo que va con lo que viene: ¿Quién podría negar en él su responsabilidad de testigo y constructor entre los hombres?

Braulio le debe a Concepción el encuentro con Chile. Seguramente hubiera llegado por sus pasos al descubrimiento real de la tierra, libre de reticencias surrealistas, pero fue ese vuelo a los orígenes –que hoy está escrito con el nombre de Primer Encuentro de Escritores Chilenos– lo que puso definitivamente a Braulio frente a sí mismo y a su pueblo.

¿Cómo olvidar su conmovedor testimonio leído aquí, en Concepción, en enero de 1958? En un singularísimo proceso de conversión a Chile, afirmo que desde esa fecha se impuso la madurez en este largo adolescente que crecía y crecía sin comprometerse con la dolorosa y preciosa realidad de los chilenos. Que se me entienda: no se trata de una conversión a la poética social al uso, sino de una creciente participación con las cosas desde las cosas mismas, estas cosas, estas materias, también descubiertas en su obra por la Mistral y por Neruda después de su primer viaje alrededor de su laberinto.

Me gusta este largo crecimiento. Los poetas son niños en crecimiento tenaz.

Viejo lector de Braulio, no me extraña *La casa fantasma* ni sus últimos cantos al sur de Chile, pues soy capaz de ver la extensa abierta y fuertemente unida desde sus primeras composiciones de 1932, como un solo gran estilo capaz de capturar la realidad y hacer más claro este mundo.

El otro día, en el taller de Escritores, volvimos a dialogar, ante un público de jóvenes esta vez, en un acto de resplandor surrealista. Convinimos en que habíamos sido fieles al punto de partida. No discutimos como en 1937, porque ahora estábamos en la misma línea de fuego de la provincia del mundo de Chile.

(En *El Mundo y su Doble*, segunda edición de 1963)

ENTREVISTA A BRAULIO ARENAS POR JORGE TEILLIER (SELECCIÓN)

- JT: ¿Qué acontecimiento histórico le hubiese gustado presenciar?

BA: La crucifixión de Nuestro Señor Jesucristo.

- JT: ¿Qué héroe de la vida real es su preferido?

BA: Orellana, el descubridor del Amazonas.

- JT: ¿Qué heroína?

BA: Mariana Alcoforado, Monja Portuguesa.

- JT: ¿Qué ciudad del mundo le gustaría conocer, y por qué?

BA: Birmingham, de Inglaterra, acaso por un sueño que tuve el 7 de mayo de 1931.

- JT: ¿Qué ciudad, o lugar de Chile, le gustaría conocer?

BA: Petorca, en recuerdo del romance de los siete ladrones.

- JT: ¿Si no viviera en Santiago, en qué ciudad de Chile le gustaría residir?

BA: En Mendoza.

- JT: ¿En qué pintura, o cuadro, le gustaría habitar?

BA: En un cuadro de Rubens, naturalmente.

- JT: ¿Cuál es su medio favorito de transporte?

BA: La cama.

- JT: ¿Qué significado tiene para usted el ajedrez?

BA: El ajedrez ha sido para mí una taxativa demostración del enigma propuesto por el espacio-tiempo einsteniano.

- JT: ¿A qué maestros del ajedrez admira?

BA: A todos los creadores, a contar del sacerdote Ruy López.

- JT: ¿Qué libro le gustaría ver filmado?

BA: *Hebdomeros*, de Giorgio de Chirico.

- JT: ¿Cuál es su obra de teatro preferida?

BA: “Las tres hermanas”, de Anton Chejov.

- JT: ¿Correspondió el París que usted vivió al París de su imaginación?

BA: Todas las ciudades son idénticas a nosotros mismos. Así si nosotros cambiamos, las ciudades cambian con nosotros.

- JT: ¿En un artículo aparecido en la Revista de la Sociedad de Escritores (1959), Teófilo Cid niega la existencia de la Generación del 38, calificándola como un invento de Miguel Serrano.

¿Cree usted en la existencia de tal generación?

BA: Las generaciones literarias tienen un alcance meramente informativo, tal vez de carácter didáctico generalizador. En 1938, casi todos los escritores vivían de la esperanza de un cambio político (el Frente Popular), más que de un cambio de estructuras en la poesía, la novela o el teatro. Esto dicho con la excepción del movimiento Mandrágora.

- JT: ¿Cree usted que el movimiento Mandrágora tuvo apoyo en una tradición literaria y vital chilena?

BA: Los movimientos revolucionarios en poesía intentan una transformación de los conceptos tradicionales. Sólo andando el tiempo, algunos de sus integrantes se insertan en la órbita de la tradición.

- JT: ¿Hasta qué punto ejerció Huidobro influjo en la Mandrágora?

BA: Para nosotros, Huidobro fue un excelente poeta y un gran amigo. Sin embargo, nuestras diferencias eran extremas.

- JT: ¿Qué intereses comunes unían a los miembros de Mandrágora?

BA: Creo, principalísimamente, que nos unía un ferviente deseo de incorporar la poesía chilena a las grandes líneas del pensamiento poético internacional, representado dicho pensamiento liberador por el surrealismo. Así lo reconocieron André Breton, Benjamín Péret, Marcel Duchamp, Max Ernst, Jacques Hérold, Víctor Brauner, Aimé Césaire, entre otros, quienes llevaron nuestros poemas y dibujos a sus revistas y salas de exposiciones.

- JT: ¿Cómo definiría en una frase a Jorge Cáceres?

BA: Jorge Cáceres: el relámpago producido sin necesidad de rayos ni de truenos.

- JT: ¿A Enrique Gómez-Correa?

BA: El viajero, el errante, el Melmoth de la mandrágora.

- JT: ¿A Teófilo Cid?

BA: Un curioso cóctel de la sociedad de los amigos del crimen (léase libertinaje): estoico como no se podría pensar mejor en Marco Aurelio, dandy en el más estricto sentido de Baudelaire.

- JT: Según Gonzalo Rojas el Encuentro de Escritores de Concepción (1958) y su estada en esa ciudad fueron fundamentales para su evolución poética. ¿Es así efectivamente?

BA: En gran parte, sí. Dicho año fue importante para mí especialmente por el contacto con la provincia chilena, y por tanto, con la adquisición de un mayor conocimiento de nuestra expresión nacional. A la verdad, si examino mi obra literaria, puedo señalar cantidad de años capitales. 1945, por ejemplo, en el que dije adiós al surrealismo (con algunas recaídas) para consagrarme a una manera poética más estructurada: el *Discurso del gran Poder*, entre otras obras.

- JT: ¿Son autobiográficas sus novelas?

BA: Sí en la medida de la afirmación de Flaubert de que todos los personajes se parecen a sus autores.

- JT: ¿Cuál es el libro o poema de autor chileno que le hubiera gustado escribir, y por qué?

BA: Me hubiera gustado escribir la octava final de *La Araucana*. (Para mí, Ercilla es un poeta chileno):

*“Y yo que tan sin rienda al mundo he dado
el tiempo de mi vida más florido,
y siempre por camino despeñado
mis vanas esperanzas he seguido,
visto ya el poco fruto que he sacado
y lo mucho que a Dios tengo ofendido,
conociendo mi error, de aquí adelante
será razón que llore y que no cante.”*

(En Revista *Árbol de Letras*, 1968)

BIBLIOGRAFÍA

Poesía

1. *El Mundo y su Doble*. Santiago: Ediciones Mandrágora, 1940.
2. *El Mundo y su Doble*. Segunda edición. Prólogo de Gonzalo Rojas. Santiago: Ediciones Altazor, 1963.
3. *La Mujer Mnemotécnica*. Santiago: Ediciones Mandrágora, 1941.
4. *Luz Adjunta*. (Elegía a Vicente Huidobro). Santiago: Ediciones Tornosol, 1950.
5. *La Simple Vista*. (Reproducción del manuscrito e incluye tres fotografías de E. G. Shoof). Santiago: Ediciones Donde los Poetas, 1951.
6. *La Gran Vida*. Santiago: Ediciones Le Grabuge, 1952.
7. *El Pensamiento Transmitido*. (Incluye dibujo de Jacques Hérold). Santiago: Ediciones Gradi-va, 1952.
8. *Discurso del Gran Poder*. Santiago: Ediciones Le Grabuge, 1952.
9. *Discurso del Gran Poder*. Segunda edición. Concepción: Ediciones Revista Atenas, 1961.
10. *Discurso del Gran Poder*. (Incluye hoja volante con notas del autor). Tercera edición. Santia-go: Editorial La Noria, 1985.
11. *Versión Definitiva*. (Incluye tres dibujos de Juana Lecaros). Santiago: Ediciones Falansterio, 1956.
12. *Poemas 1934-1959*. (Antología que incluye poemas inéditos). Premio Municipalidad de Santiago 1960. Santiago: Ediciones Mandrágora, 1959.
13. *La Casa Fantasma*. (Texto de solapa interior por Jorge Teillier). Santiago: Androvar, 1962.
14. *Ancud, Castro y Achao*. Santiago: Ediciones Altazor, 1963.
15. *Pequeña Meditación al Atardecer en un Cementerio Junto al Mar*. (Ilustraciones Ludwig Zeller). Santiago: Ediciones Orfeo, 1966.
16. *En el Mejor de los Mundos*. Antología 1929-1969. Santiago: Editorial Zig-Zag, 1970.
17. *Una Mansión Absolutamente Espejo Deambula Insomne por Una Mansión Absolutamente Imagen*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1978.
18. *Versos Diversos* (Poesía Inédita). Concepción: “Separata del número 450 de la Revista Ate-nea”, 1984.
19. *Memorándum Mandrágora*. Concepción: “Separata de la Revista Atenea N° 452 de la Univer-sidad de Concepción”, 1985.
20. *Memorándum Chileno*. Santiago: Editorial La Noria, 1987.

21. *La Mandrágora y otros Libros*. Ordenación, Prólogo, Notas y Referencias Bibliográficas de Jaime Quezada. Santiago: Editorial Pehuén, 1998.

Principales Novelas:

1. "Firmamento de Mónica". (Novela corta). Concepción: Revista *Atenea*, N°136, 1936.
2. "Adiós a la Familia". Primera versión. Concepción: Revista *Atenea*, N° 144 y 145, 1937.
3. *Adiós a la Familia*. Primera Edición. Santiago: Ediciones los Cuatro Elementos, 1961.
4. *Adiós a la Familia*. Segunda Edición. Santiago: Editorial Pacífico, 1966.
5. *Sólo un Día en el Tiempo* (Adiós a la Familia). Tercera edición. Santiago: Editorial Zig-Zag, 1984.
6. "El Castillo de Perth". Primera Versión. Santiago: Revista *Multitud*, 1939.
7. *El Castillo de Perth*. Primera Edición. Dibujos de Enrique Lihn. Santiago: Editorial Orbe, 1969.
8. *El Castillo de Perth*. Segunda Edición. Barcelona: Editorial Seix Barral, 1982.
9. *El Castillo de Perth*. Tercera Edición. Tokyo, Japón: Through Tuttle-Mori Agency, 1990.
10. *La Endemoniada de Santiago*. Primera Edición. Caracas, Venezuela: Monte Ávila Editores, 1969.
11. *La Endemoniada de Santiago*. Segunda Edición. Santiago: Editorial La Noria, 1985.
12. *Los Esclavos de sus Pasiones*. Santiago: Editorial Nascimento, 1975.

Principales Traducciones de Braulio Arenas:

1. Alcoforado, Mariana. *Cartas Portuguesas*. Santiago: Ediciones Los Cuatro Elementos, 1945.
2. Anónimo. *El Cantar de Rolando*. Traducción, Prefacio y Notas de Braulio Arenas. Santiago: Nascimento, 1977.
3. Anónimo. *El Cantar de Roldán*. 2 vols. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1984.
4. Arenas, Braulio. *Actas Surrealistas*. Traducciones. Santiago: Editorial Nascimento, 1974.
5. Breton, André. *Nadja*. Traducción, prefacio y notas de Braulio Arenas. Santiago: Editorial Universitaria, 1986.
6. Buñuel, Luis y Dalí, Salvador. *Un Perro Andaluz*. Santiago: Ediciones Le Grabuge, 1952.
7. Carrington, Leonora. *Conejos Blancos*. Santiago: Ediciones Le Grabuge, 1952.

8. Kafka, Franz. *El Silencio de las Sirenas*. Santiago: Ediciones Le Grabuge, 1952.
9. Lautréamont (Isidore Ducasse). *Poesías*. Buenos Aires: Editorial Poseidón, 1945.
10. Rimbaud, Jean Arthur. "Una Estada en Infierno". *Multitud*, N° 30, 31 Y 32, 1939, pp. 83-103.
11. Sade, Marqués de. *Estatutos de la Sociedad de los Amigos del Crimen*. Santiago: Ediciones Mandrágora, 1955.

Algunas obras de Braulio Arenas (diferentes géneros)

1. *El Juego de Ajedrez o Visiones del País de las maravillas*. "Ensayo". Santiago: Editorial Lord Cochrane, 1966.
2. *Escritos y Escritores Chilenos*. "Artículos y ensayos". Santiago: Editorial Nascimento, 1982.
3. *La Situación Física del Castillo Kafkiano*. "Ensayo". Santiago, 1980.
4. *En el océano de nadie*. Santiago: Ediciones Le Grabuge, 1951.
5. *El Cerro Caracol*. Santiago: Ediciones Falansterio, 1959.
6. *Los mozos de Monleón*. "Relatos". Tirada de 50 ejemplares numerados. Madrid, 1971.
7. *Escritos Mundanos*. "Monólogos y cuentos". Santiago: Editorial La Noria, 1985.
8. *Samuel*. "Comedia en dos actos". Santiago: Editorial Universitaria, 1970.
9. *Morales Jordán*. "Ensayo sobre Morales Jordán que incluye láminas del pintor". Santiago: Ediciones Barcelona, 1976.

Referencias Críticas

1. Anguita, Eduardo. "Un año de Poesía Chilena". *Atenea* (Concepción), N° 178, abril de 1940, pp. 130-133.
2. Bascuñán, Homero. "Braulio Arenas en La Casa Fantasma". *Las Últimas Noticias*, 15 de septiembre de 1962.
3. Del Solar, Hernán. "Braulio Arenas: El Mundo y su Doble". *La Nación*, 3 de enero de 1964.
4. Burgos Stone, Héctor. "Reseña del Discurso del Gran Poder". *Atenea* (Concepción), N° 392, abril-junio de 1961.
5. Concha, Edmundo. "Braulio Arenas, o los Saltos Mortales en Poesía". *Las Últimas Noticias*, 27 de enero de 1962.
6. Gligo, Agata. "Braulio Arenas, Premio Nacional de Literatura". *Paula*, 18 de septiembre de 1984.

7. Rojas, Gonzalo. "Mi Testimonio sobre Braulio Arenas". Atenea (Concepción) N° 399, Enero-marzo de 1963.
8. Teillier, Jorge. "Los Poetas de los Lares". *Boletín Universidad de Chile*, N°56, mayo de 1965, pp. 48-62.
9. Pfeiffer, Ernesto. "Braulio Arenas: desde la Mandrágora al Lar". Tesis para obtener el grado de Licenciado en literatura. 2008.
10. Rivas, Martin (Luis Sánchez Latorre). Five o'clock tea con Alone. *Las Últimas Noticias*, 28 de octubre de 1961.
11. Donoso, José. "Braulio Arenas, Surrealista Redimido". *Ercilla*, 10 de octubre de 1962.
12. Fuente, Efraín. Dos Libros de Braulio Arenas (Discurso del gran Poder y Adiós a la Familia). *Las Últimas Noticias*, 11 de abril de 1962.
13. Bergh-Müller, Klaus. "De Agú y Anarquía a la Mandrágora: Notas para la Génesis, la Evolución y el Apogeo de la Vanguardia en Chile". *Revista Chilena de Literatura*, N° 31, 1988, pp. 33-59.
14. Contreras, Marta y Escobar, María Eugenia. "Discurso del Gran Poder, de Braulio Arenas. *Atenea* (Concepción), N° 434, Agosto de 1977, pp. 71-90.
15. Poblete Varas, Hernán. "Braulio Arenas: La Casa Fantasma". *Atenea* (Concepción), N°398, 1962, pp. 171-79.
16. Lafourcade, Enrique. "Los Setenta Años de un Animal Literario". *El Mercurio*, Domingo 3 de Abril de 1983.
17. Dussuel, Francisco. "Reseña de Ancud Castro y Achao". *Atenea* (Concepción), N° 399, mayo de 1963, pp. 209-211.
18. Lihn, Enrique. "Braulio Arenas, el escritor que debiera sobrevivir". *Revista Apsi*, N°255, 1988.
19. Ortiz, Hilda. "Contribución al Estudio del Surrealismo en Chile". *Mapocho*, Año IV, Vol. 13, 1966, pp. 30-52.

NOTAS

- 1 Vicente Huidobro. *Obras completas* (2 tomos). Compilador Braulio Arenas. Tomo I. (Santiago: 1964) p. 653.
- 2 Braulio Arenas. *Memorándum Chileno*. “La Serena 1927”. (Santiago: 1987), p. 10.
- 3 Hilda Ortiz. “Braulio Arenas: Vida y Obra”. Tesis. (Universidad de Concepción: 1963), p. 4.
- 4 *Memorándum Chileno*, p. 11.
- 5 Mauricio Serrano (Braulio Arenas). En: Revista “Don Fausto”, 27 de mayo 1929, p. 15.
- 6 Braulio Arenas: “Braulio Arenas, Premio Nacional de Literatura” (Entrevista de Agata Gligo). 18 de septiembre 1984, p.19.
- 7 H. Ortiz, “Braulio Arenas”, p. 14.
- 8 Aparece escrito dos veces en el texto.
- 9 *Ibid*, p. 40.
- 10 Stefan Baciú. *Surrealismo Latinoamericano, Preguntas y Respuestas*. Entrevista a E. Gómez-Correa. (Valparaíso: 1979), p.25.
- 11 Hernán Ortega, *Arquitectura del Escritor Enrique Gómez-Correa*. (Santiago: 1999), p. 42.
- 12 *Ibid*, p.35.
- 13 *Ibid*, p.25.
- 14 H. Ortega. *Arquitectura del escritor...*, p. 161.
- 15 B. Arenas, *Escritos y Escritores Chilenos*, p.231.
- 16 Revista *Mandrágora* N° 1. (Diciembre 1938): pp. 2-5.
- 17 André Breton. *Manifiestos del Surrealismo*. (Buenos Aires: 2000), p.20.
- 18 *Ibid*, p.49.
- 19 Braulio Arenas. “Mandrágora, Poesía Negra”. Revista *Mandrágora*, N°1, (Diciembre: 1938): p. 5.
- 20 *Ibid*, p.4.
- 21 Braulio Arenas. “Entrevista con Braulio Arenas” (realizada por Jorge Teillier). *Árbol de Letras*, N° 10, (Septiembre: 1966): p.6.
- 22 Teófilo Cid. *Hasta Mapocho no más*. (Santiago: 1976), p.20.
- 23 “No pasarán”. Número 1. Revista *Mandrágora*.
- 24 El primer número de la revista, dice debajo del título: Pintura, Filosofía, Ciencia, Documentos. Esto recuerda a la revista Multitud, entre otras que circulaban por esos años.

- 25 Carta enviada por S. Freud el 26 de diciembre de 1932. En: André Breton. *Los Vasos Comunicantes*. (México D.F: 1968), p. 156.
- 26 Braulio Arenas. "Aclaraciones". Revista *Mandrágora* N°4. (Julio de 1940), p.3.
- 27 *Ibid*, p.3.
- 28 Benjamín Péret, le hace una sugerencia a Jorge Cáceres para que busca su propio registro y no repita los poemas surrealistas. Ver: Carta de Benjamín Péret a Jorge Cáceres, en: Jorge Cáceres. *Obra Completa*. (Santiago: 2005), p.487.
- 29 Enrique Gómez-Correa. "Testimonio de un Poeta Negro". Revista *Mandrágora*, N° 7 (No registra año ni mes), p. 12.
- 30 Braulio Arenas. "Actividad Crítica". Revista *Leit-Motiv* N°1. (Diciembre de 1942): p.6.
- 31 Braulio Arenas. "Actividad Crítica". Revista *Leit-Motiv*, N°1. (Diciembre 1942): p. 8.
- 32 Braulio Arenas. Revista *Leit-Motiv*. "La entrevista". N° 2-3, (Diciembre 1943): p, 5.
- 33 Lautréamont. *Poesías*. (Buenos Aires: 1944).
- 34 Jean Arthur Rimbaud. *Cartas de la vida literaria de Arthur Rimbaud*. Traducción de Braulio Arenas. (Buenos Aires: 1945).
- 35 Constatamos que lo escribió, por lo que menciona el autor en su ficha bibliográfica publicada en "El árbol de Letras".
- 36 Braulio Arenas, *En el Mejor de los Mundos*, p.109.
- 37 J. Teillier (entrevista a Braulio Arenas). Revista *Árbol de Letras*, 1968.
- 38 Gonzalo Rojas. "Mi testimonio sobre Braulio Arenas" en: Braulio Arenas. *El mundo y su doble*. Segunda edición. (Santiago: 1963), p. 3.
- 39 J. Teillier, "Los poetas de los lares", p. 48.
- 40 *Ibid*, p. 49.
- 41 Andrés Gómez Bravo. *El club de la Pelea*. Los premios nacionales de literatura. (Santiago: 2005), p. 297.
- 42 Entrevista realizada por el autor a Fernando Emmerich, el día 23 de noviembre de 2007.
- 43 Braulio Arenas. *Memorándum chileno*. (Santiago: 1987)
- 44 Enrique Lihn. Revista *Apsi*, núm. 255, 1988.

COLOFÓN

Este libro se imprimió en 500 ejemplares. Siete de ellos son diferentes, y llevan una letra del nombre "Braulio" y están firmadas por el antologador.

La memoria pesa tanto como el sueño que desaloja.

Braulio Arenas

“Más que la mano, la imaginación de Braulio le dio un sello singular a este método de vida mandragórico, de implicaciones morales, sociales y poéticas y hasta me atrevo a pensar que Arenas fue más lejos que Huidobro en la proposición de un pensamiento poético de Chile para el mundo, que no tuviera las limitaciones del talento personal. André Breton pareció entenderlo claramente, dando su espaldarazo a esta primera filial del surrealismo en nuestra América.”

Gonzalo Rojas

“Dadme un puente y un río/ una pastora y unos cuantos álamos/ Y el resto será mío”. Si Arenas no hubiera hecho más que estos tres versos, se hubiera ganado ya el derecho que lo recordáramos eternamente. Y por cierto que hizo mucho más (...) Además estoy en deuda con él porque fue la primera persona que tomó en serio el canto de Violeta; al escribir un artículo en la revista Extremo Sur el año 1954.”

Nicanor Parra

“La acción y la obra de Arenas y sus amigos ha sido cubierta por una montaña de inepticias, indiferencia y silencio hostil. La historia espiritual de América Latina está todavía por hacerse”.

Octavio Paz

Braulio Arenas



Universidad del Desarrollo
Universidad de Excelencia

